Luis Berasaluce Galbis

Entre azules

INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA JUAN GIL-ALBERT
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ALICANTE

LUIS BERASALUCE GALBIS (Biar, 1925).

NOVELDA.- Primer decenio, comunión y formación elemental. 1936-1939. Gran paréntesis personal. Casi mil días perdidos. Tres años nómadas, de niño de la guerra, entre Barcelona, Marsella, San Juan de Luz, San Sebastián, Berástegui, Salamanca, Candelario, Málaga y Álora. Desarraigo, amigos de ocasión, sorpresa y desorientación.
MADRID.- Veinticinco años siguientes y seguidos. Adaptación difícil. Bachillerato, Derecho, Milicias, matrimonio, familia numerosa y múltiple colaboración periodística en, *El Español* (García Serrano), *La Hora* (Gabriel Elorriaga), *Don José* (Antonio Mingote), *Triunfo* (José Ángel Ezcurra) y, sobre todo, muy copiosa, en el semanario *Juventud* (Jesús Fragoso del Toro), con Jaime Campmany, Cándido, (Carlos Luis Álvarez entonces), Manuel Alcántara, Salvador Jiménez, etc.
NOVELDA Y ALICANTE.- 1965, regreso al origen. 25 años en la dirección empresarial, seguidos de una vuelta a la actividad literaria y artística, pintura y escultura, con tres exposiciones, Novelda y Madrid, individuales, y Anglet (Sur de Francia), colectiva. Periodismo en *HOY* de la provincia de Alicante, *ABC* edición alicantina en tanto que la hubo, *La Prensa*, columna diaria hasta su cierre, *El Mundo* y *Las Provincias*, de Valencia, ocasionalmente, y, en la actualidad, en *El Periódico* de Alicante, colaboración fija desde su reciente aparición como diario local.
Dos libros en espera de destino: *En aquel tiempo* y *Trinidad de la palabra*.
No mucho: algunos árboles, cuatro hijos y, publicado, este primer texto, de momento. Lo mínimo, dicen. indispensable para ser hombre. Menos da una piedra.

Entre azules

Luis Berasaluce Galbis

Entre azules

INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ALICANTE

Ilustración de la cubierta: obra de Vicente Quiles

© Luis Berasaluce Galbis, 2001
© Edita: Instituto Alicantino de Cultura «Juan Gil-Albert», 2001

Impresión: INGRA impresores

I.S.B.N.: 84-7784-393-7
Depósito Legal: A-533-2001

A ELLA Y A TI

Índice

Prólogo 9
Alicante 17
El ruido del sainete 21
El árbol de Alicante 23
Luis Francisco Esplá 27
Navidad, Padrenuestro y Alicante 31
La Santa Faz de Turín 35
La Santa Faz 39
La Dama 43
El hombre levantino 49
Mediterráneo 53
Novena de Miguel 57
El almendro 61
Con Dios, José Mari 65
Ángel de la guarda alicantino 69
El mar de medio luto 73
Trinidad de la palabra 77
Jorge Juan 81
Alicante y primavera 85
Miguelismo 89

Manzanares y Esplá 93
La playa innumerable 97
Tabarca asignatura pendiente 101
Atípico villancico 105
Azorín, imagen sepia 109
Renovado bautismo 113
San Nicolás 117
Ramos para Gabriel 125
1998: peregrina al cuadrado 129
Alicante, horfandad otoñal 133
Compañero del alma, compañero 137
Alicante, metáfora azul 141
Oración a la Santa Faz 145
Protocolo de la uva 149
Huele la vida 153
La luz 157
Valenciano y honor del diminutivo 161
Miró, solo 165
La paella 169
Atardecer en Novelda 173
Olimpo de la habanera 179
¿Hogueras? 183

Prólogo

En 1965, cuando Luis Berasaluze Galbis (Biar, 1925), tras una estadía en Madrid superior a veinte años, regresó a tierras alicantinas y tomó asiento en la luz de la venerable Lucentum, tuvo la convicción de haber recobrado el paraíso.

Hablamos de Novelda –infancia y juventud–, orbe profundo de perdurables y entrañables emociones maternas, de sentimientos derramados como perfumes a los pies de su «novia bíblica, María Magdalena», y de amaneceres estéticos enhebrados en torno a esa «metáfora de arcilla» que es la singularísima torre triangular.

La esencia de lo edénico se le desveló en los atardeceres estivales: «Es el momento en que las montañas son azules y el ocaso arde, suavemente, rosa. Las cigarras fatigan sus últimos rasgueos. Se abren los jazmines rizando, al principio, sus cinco petalillos que luegon fingirán una pequeña estrella desplegada (...) Nunca hubo tanto olor en menos flor (...) Todo va entrando en una paz de tonos marengos, acallada la brisa, suicidado el viento. Las hojas fijas, mate el agua y común el verde, en una desaparición paulatina de matices».

Lo paradisíaco noveldense se va desprendiendo dulcemente del orden de la Naturaleza para ir transmutándose, a ritmo pa-

ralelo, en espíritu: umbral precedido de un desmayo de los sentidos y de una ascensión del alma hasta descansar en la región del fecundo silencio.

Con dicha fortuna de vivencias sentimentales, estéticas y religiosas de sus albores, la mañana del escritor maduró por los viales melancólicos y doloridos del Madrid convalenciente de una guerra civil y abocado de improviso al infierno de una hecatombe mundial.

Mas, paradójicamente, aquellos tristes años fructificaron en fértil cosecha literaria. Recordemos: *La familia de Pascual Duarte* (Cela, 1942), *Nada* (Laforet, 1944), *Alondra de verdad* (Diego, 1941), *Poemas del toro* (Morales, 1943), *Sombra del paraíso* (Aleixandre, 1944), *Pasión del verbo* (Conde, 1944), *Hombre de Dios* (Valverde, 1945), *La sombra del ciprés es alargada* (Delibes, 1948), *Ángel fieramente humano* (Otero, 1949), *En la ardiente oscuridad* (Buero, 1950), *Los cipreses creen en Dios* (Gironella, 1953), *Paz y concierto* (Celaya, 1953), *Los pobrecitos* (Paso, 1956), etc.

Mientras se sucedían las turbulencias sociales, el nombre de Luis Beresaluze adquiría relieve, por cauces universitarios, en las páginas de algunas publicaciones –*La Hora, El Español*–, especialmente en las del semanario *Juventud*, creado por Jesús Revuelta y dirigido por Jesús Fragoso del Toro con el apoyo, entre otros, de Pedro de Lorenzo, José García Nieto y Jesús Juan Garcés y dirigido por Jesús Traposo del Toro.

Pero aquel Madrid, vivido «entre nostalgias, añorando el escote de la arena», notario de sus ansias y triunfos en aulas y redacciones, penetró, caló de tal modo en la sangre del joven escritor que alcanzó el honor de patria, constituyéndose en «mi otra playa del alma, mi otro tirón del cuerpo».

Por ello, la vuelta a su cuna, a su cielo y a su suelo supuso un soñado retorno al mar, al «latido azul del corazón del mundo», es decir, en su caso, «encontrarse en lo hondo el niño chico, que abrió una vez sus ojos como lagos para que todo le cupiese dentro. Es volver a ser hombre enamorado».

Y, ante la recobrada estampa de inefable hermosura, Beresaluze vertió sobre la espuma ánforas líricas: «Te saludo otra vez, gracia infinita. De nuevo te acaricio con los ojos y empapo en ti los fondos de mi alma. Me sumerjo en lo azul de tu mirada y vuelvo a ser un niño y casi un ángel, mojadas por las lágrimas las alas. Sólo tú eres perfecto, mar inmenso».

Así como el autor de *Años y leguas* confesó que el mar era la superficie de todas sus «exaltaciones» y que «la conciencia de su vida se clarifica y tiembla dentro del tránsito delicioso de la conciencia del agua», de igual modo el autor de *Entre azules* manifiesta su dilección al «mar que soy yo mismo en el intento de serlo».

Su amor a Alicante es pleno goce de mar: «mi orilla acogedora, el ocaso de la ola estremecida en que consisto, dentro de mi pulso (...) Alicante es la orilla de mis olas. Mis olas, la querencia de Alicante. Metáfora geográfica y templada, silogismo local del bienestar, ecuación de la luz, poema del agua». De donde nuestra ciudad se particulariza por su conjunción de *ratio* y *verbum*.

Un poeta de estirpe lucentina, Rodolfo Salazar Navarro (1880-1937) acarició el pensamiento de publicar un libro con el título *Del País Azul*, empresa llevada ahora a cabo por nuestro querido amigo, quien nos ofrece la «Ciudad Luz» salazariana en plenitud de azules: «Alicante es la ciudad luz. Azul al costado. Azul a lo alto. Móvil azul gris la gaviota. Vibrante azul plata en los peces. Azul es la sonrisa de la eterna primavera. Azul hacia

nuestro clima excepcional donde todo el tiempo es bueno. Azul hasta en la grata libertad de nuestra piel no hostilizada. Alicante es la geografía del azul (...) El mar es un texto azul. El cielo, un azul contexto. Y, en ese contexto, Alicante, una fantasía real, también hija de la luz y de la bendición especial, azul de azules, del Creador encantado con su obra».

En la riquísima sensibilidad de Beresaluze, cultivada en huerto neomodernista, el color es una cualidad dotada de carácter. Así, «se relaciona el rojo con la ira. El verde, con la esperanza. El negro, con el dolor y el luto. El blanco, con la inocencia. El gris, con la mediocridad. El rosa, con la ternura. El morado, con la pena –el violeta es al fin un azul entristecido–. Y el azul, precisamente el azul, con la pureza. El color de los colores». Y tan portentosa es esta *summa summarum* del vergel cromático, fundamento de la venustidad lucentina, que, «entre nosotros, los alicantinos, la vida huele a azul».

Bien se advierte cuán sugestivo y opulento es el mundo sensorial de Beresaluze, aquí, tan sólo enunciado: «sabor a pueblo obrero», «verde clamor», «azul a rabiar», «olores biográficos. Olores históricos (...) Olores antropológicos. Los olores de nuestra varia circunstancia (...) En el agua y la tierra olemos a principio, a anterioridad, a origen, a continuidad». Y tan es así que «el estilo del escritor es el olor de sus palabras».

Si Alicante es símbolo y emporio del azul, el alicantino es «remestizo y tolerante, hospitalario, sabio y afanoso», capaz «de unir, a la industria de su genio, un digno entendimiento del servicio».

Situándonos en la esfera de una mayor comprensión conceptual regnícola, el alicantino es un levantino «que mercadea con los árabes y los fenicios, que reza como los judíos, que plei-

tea como los romanos y que filosofa y hace belleza como los griegos».

Este pueblo ha ido forjando a lo largo de la historia un esplendoroso retablo humano, ante cuyo tesoro el autor de *Entre azules* fija su mirada escrutadora en algunas figuras arquetípicas, verbigracia, Carlos Arniches, «sainetero prolífico y observador infatigable de los modos de relación y comunicación de aquel poblachón manchego, lleno de palacios y tabernas, [que] dio en la creación de un lenguaje de estilo popular, de un argot, al principio, teatral, más o tanto, integrado por palabras como maneras o modismos, que infundió carácter y casticismo verbal a los madriles y peculiar sonido y entonación a sus expresiones, un tanto condescendientes y chulescas».

Ante la figura patética de Miguel Hernández, Beresaluze, todo un manantial de ternuras, utiliza sus mejores recursos retóricos: «Te tengo presente, hombre de barro, amigo de moreras, sobre un fondo inclinado de pimentón extendido, agavillando rayos incesantes, entre palomares y jazmineros, entre olivos y sombras (...) Miguel, el varón bueno, el poeta exacto, tallador de palabras, orfebre claro, arcángel de la rima, alas labradas, perfumador de surcos, versos de arcilla, estrofas entre piedras, poemas de tierra hendida, poesía de cardos bruscos trascendidos en nardos, joyas del gusto.

Miguel tomillo, hinojo, morera, seda, cohombro y tomatera, pan y cebolla».

De claros y cabales trazos quevedescos es el retrato que Beresaluze nos regala del último Azorín que él veía pasear entre las plazas madrileñas de Cibeles y Neptuno, y del que traemos este rasgo: «tenía una cara particularmente gótica y alargada. Una cabeza mística y agrecada. Sin carne. Piel y ojillos sobre su estructura craneal, evidentemente más rica de arriba a

abajo que de oreja a oreja (...) Era la cara de un espíritu. Una cara sin músculos, casi una radiografía capital de sí mismo».

Al lado de la geométrica fisonomía azoriniana se encuentra «nuestro retrato natural, paisajístico, ciudadano y moral», de Gabriel Miró: «A través de sus ojos de estatua se ven olores y se huelen colores y la tierra mojada aroma el aire como el incienso de un templo universal, oficiado enamoradamente con la liturgia de la palabra. Miró es un modo ético y estético de ver Alicante».

Contemplados los tres –el oriolano, el monovarense y el lucentino–, uno junto a otro, en un mismo nivel, nuestro admirado poeta biarense consigue la siguiente e inmejorable síntesis de intuiciones estéticas, ofrendada al pie de la máxima *Alicante, en alto; el español, en el cielo*. Dice: «Azorín microfotografía lo mínimo y callado, en blanco y negro. Miró refleja lo envolvente y deslumbrador a todo color, metiendo en la reproducción brisas y olores, como en una tercera dimensión plástica. Y Miguel transfiere una visión ocre y sangre, de honradez doméstica y grandeza de alma. Hablan tres idiomas distintos en una misma lengua».

Sí, pero, además, ejemplarizan tres concepciones del hombre distintas y que vienen a coincidir con la tesis orteguiana de *Vitalidad* (sensación, Miró), *Alma* (emoción y pena, Hernández) y *Espíritu* (razón, Azorín).

Otras figuras del retablo son Jorge Juan, «cuya ética era el número y la estela su estilo», y los toreros Luis Francisco Esplá y José María Manzanares: éste, el «maestro»; aquél, el «magisterio», ya que «no es lo mismo enseñar que estar doctorado, ni ser profesor que enseñante».

«El toreo de Manzanares es lírico. El de Esplá, épico. Manzanares torea por metáforas (...) Esplá, por silogismos y ecua-

ciones (...) Esplá es liturgia en movimiento, y Manzanares, mística al ralentí».

Amén de cuanto antecede, nos parece acertadísima la simbología trinitaria vegetal del pequeño y diáfano universo alicantino, cifrada en la palmera, «gala verde de mi tierra», «filosofía vegetal, parábola y fantasía»; el almendro, «bautista de la primavera», y la vid, entraña de la uva, «fruto en celo, preñado de teología».

Poeta por la gracia de Dios, su caudal contiene joyas clásicas, destellos modernistas y deslumbramientos filiales de la greguería ramoniana. Pero, sobre todo, la lectura de este libro de fervores alicantinos y alicantinistas patentiza superabundantemente la pasión, el amor a la palabra, «la más preciosa realidad humana», en definición de Miró.

Tejida raigalmente a la llamada estética, se dan en el espíritu de nuestro escritor la emoción y la certeza de lo trascendente ontológico, religioso, base de su personalidad como hombre y artista, palmaria en la «Oración a la Santa Faz», en la que se encuentra esta súplica: «Haznos construir el Reino que propugnabas guardando la espada, sacando el pan y el vino, abriendo bien los brazos y ensanchando la sonrisa; conviértenos en especialistas del buen ejemplo, en repartidores de amor y en obreros entusiastas de la paz».

A las preces de la «Oración» añado, permítaseme, esta otra: Custodia el don de la palabra creadora en nuestro hermano Luis Beresaluze Galbis.

Que así sea; ruego que enlazo con mi felicitación y gratitud.

VICENTE RAMOS
(XII-2000)

Alicante

Entre el Este y el Sur, sede vacante. Dicen que Dios se siente a gusto en Francia, pero ha situado aquí la primavera, esos veintidós grados de promedio, como un enamorado de Alicante, de su sal, de su sol y de su suelo. Tropical miniclima acariciante, palmera esbelta, cabellera al viento, flor de la mar, espuma de brillantes...

Que Dios está feliz en Alicante, sin chauvinismo alguno, lo proclama la teología del tiempo, el salmo confortable de los días, la parábola dulce, el soto ameno, la gasa de los dedos de la brisa, beso dulce del viento embelesado.

A espaldas del biombo fortalecido de Santa Bárbara, en que halla el duro Norte hostil fracaso, el mar delante, tibio y sonriente, fábrica de caricias en sus olas, por las que mucho se alejó y nos vino. Tanto Alicante remitido afuera y tanto visitante asimilado. Alicante, un empalme de caminos, por el que entró, con cosas, el fenicio, con leyes y herramientas el romano, el griego inquieto, con teoremas ciertos y exactas formas entre dorsos bellos, el judío, transido de oraciones y el moro agricultor y habilidoso, llenándonos de acequias para mares pequeños. El godo, con la energía bruta de sus modos. Todos ellos, a cruzar con lo ibero y lo celta y con lo ru-

bio, sus sangres, pensamientos y saberes y producir un ser alicantino múltiple, remestizo y tolerante, hospitalario, sabio y afanoso, capaz de convertirse en fabricante de mármoles, calzados y juguetes y de unir a la industria de su genio, un digno entendimiento del servicio.

Rompeolas vivo del Mediterráneo, azul y blanco su color emblema, como la mar y el surco de la espuma, igual que el cielo en que pastan las nubes. El blanco es un azul quintaesenciado y el azul toda una blancura en bruto, que aún no ha alcanzado el cenit de lo albo. Alicante entre blancos y entre azules, es, hasta en eso, un concepto lavado, como una geografía de lo limpio, un utópico «topos» distinguido, en que la ética se hace suelo y brisa, el derecho, intercambio respirado, la belleza deber de hombres gentiles y el amor un regalo compartido, en un pueblo que hermana a su vecino.

Amo la luz y el aire de Alicante y les rezo, al nacer, cada mañana. Agradezco a los cielos ese instante y el lugar en que puedo agradecerlo. No quiero habituarme a la rutina, acostumbrarme a este milagro grande. Despierto en Alicante cada día, me asomo con mis ojos, casi en sueño, al ensueño del mar y la bahía y solo digo, recogido y hondo: «Gracias, Señor, por esta otra ocasión y porque tiene su lugar aquí, donde yo se que Tú pusiste el alma, de una manera singular y dulce, uno de los seis días de tu porfía.» Lo hago, sumando a la oración un beso, abrevando hermosura entre tus aguas, pastando teología con la mirada, asimilando lírica y plegaria.

No me canso, Alicante, de sentirte, como una distinción que da la vida y un privilegio enorme y saludable, tibia intemperie, anochecida suave, honor del aire libre, luz amiga. Desagradecimiento mi silencio, reventaría si no te lo dijera.

Alicante es mi orilla acogedora, el ocaso de la ola estremecida en que consisto, dentro de mi pulso. La orilla es una línea divisoria, que une mar, tierra y cielo, un estatismo firme que alcanzar, visitado por soles y por vientos. Alicante es la orilla de mis olas. Mis olas, la querencia de Alicante. Metáfora geográfica y templada, silogismo local del bienestar, ecuación de la luz, poema del agua...

El ruido del sainete

Ya hemos sobrepasado, bastante, el medio siglo de la muerte de Carlos Arniches, un alicantino con pinta de señor antiguo, raya en medio, bigote clásico, mostacho, y gafitas quevedescas, que descubrió el Mediterráneo de su gran realización personal y literaria en la capital de España. El descubrimiento consistió, precisamente, en enseñar a la gente de Madrid a hablar madrileño. A hablar como madrileños. A la gente de Madrid, que es de muchos otros sitios, como él mismo, pero que se amadrileñan para siempre. A hablar, al menos, como madrileños de sainete. De sus sainetes. Ya se sabe que la vida imita al arte y este, la condiciona y determina.

Sainetero prolífico y observador infatigable de los modos de relación y comunicación de aquel poblachón manchego, lleno de palacios y tabernas, dio en la creación de un estilo de lenguaje popular, de un argot, al principio, teatral, mas o tanto, integrado por palabras como por maneras y modismos, que infundió carácter y casticismo verbal a los madriles y peculiar sonido y entonación a sus expresiones, un tanto condescendientes y chulescas. El fenómeno cuajó, y su público, los espectadores de sus comedias, acabaron hablando como oían a los actores, que es como deseaba que lo hiciesen un alicantino que llegó a la capital con tan peregrina idea.

No solo les escribió la letra, parabólica, populo-metafórica y callejero-pedante y suficiente. Les inventó, también, el tono, con el añadido de una castiza entonación o musicalidad, displicente y descarada.

Ahora, en nuestro verano compartido sobre la playa de Madrid, en que nos hemos constituido, nos resulta gratamente posible reconocer, en el soniquete un tanto perdonavidas del turista que se tuesta a nuestro lado, jugando uno un poco a profesor de Pigmalion de vía estrecha, la fonética, mas que propia, adquirida, que marcó a fuego sobre estos hermanos nuestros mesetarios, el talento de Don Carlos, hijo predilecto de Alicante y que con mayor motivo, debía haber sido, también, en cierto modo y parte, padre adoptivo de Madrid. Por lo menos de un Madrid, el que él creó y recreó...

El fontanero y la portera, el petimetre fanfarrón y el horterilla cursi hasta la ternura, responden, todos, en su locución, a la impronta de ese pentecostés postizo con que lo matizó este levantino socarrón, inventor de modismos de dicción. Desde Arniches, Madrid habla de otro modo. De un modo que hemos dado en considerar más madrileño y que, en realidad, le es tan ajeno como el chotis, esa melodía que le vino, creo que de Escocia. O como Chamberí y Chamartín, nombres que le dejaron, como recuerdo de su paso ominoso, los franceses, y hoy parecen la crema de lo gato, verbenero y fetén.

Don Carlos puso de pie unos tipos entrañables y sencillos, menestrales y de clase media, recreando un poco en caricatura una sociedad muy integrada en la calle, en el barrio, en una especie de vecinal Verbena de la Paloma, sin orquesta pero con musicalidad, la de aquellos personajes que hablaban como escuchándose, retóricamente amanerados y definitivamente encantadores. Y además, mas madrileños que la Cibeles. Madrileños según el esbozo fonético y locucional de don Carlos, el que vino de Alicante.

El árbol de Alicante

Tenemos un árbol propio, el que milita en el palmeral de Elche, que resume toda nuestra singularidad en la heráldica vegetal, desde ese bosque atípico declarado Monumento de la Humanidad. Más local que ningún otro, el olivo, el algarrobo, la higuera, el pino frondoso, emblema de nuestro cielo, rostro de nuestro paisaje, rival del laurel de Apolo. Arco amarillo, cimbreante, en el homenaje a Cristo, altivo clamor a lo alto de palmas de acero verde, con su filo y con su punta como puñales sin cuento, volcánica hoguera enhiesta, una explosión en la cima, las hojas como estiletes hiriendo el vientre del cielo. Gran llama verde en la copa de simétrico estallido, tronco adusto, atormentado, como una angustia del suelo, fuerte ardimiento allá arriba de ramas entrecortadas, estelarmente dispuestas, razón del rayo y el viento. Un árbol que no es un árbol y que no deja de serlo.

Como copiosa cabeza en un cuerpo empobrecido, trabajado y viejo el cuello, casi metálica la hoja, larga, punzante y plegada, fingiendo estirado diedro. Semana Santa continua desparramada en estrella, como un reventón de verde bien amarrado a la tierra. Arbol raro la palmera, botánico ardor tremendo, un rompimiento en la copa, de Pascua varada y al-

ta, dolor bajo, arriba fiesta. Arbol de rotas umbrías como alfombras deshiladas, asimétrica melena donde el pájaro no acude ni la paloma se asienta, las hojas como cuchillos apuñalando a los cielos. Metáfora contra el viento, código de mil señales entre la brisa y el tiempo. Sin perfumes y sin flores ni caducidad en invierno, mas que árbol un estandarte, señales en las alturas en las que se besa el aire, cien alas de juventud al tronco viejo amarradas, cautivo en sus cicatrices como rombos resecados, ásperos, filamentosos, que fueron un día el arranque de renuevos que ya han muerto, luciendo antes su esplendor, ostentoso y altanero.

Palmera alicantina, heraldo de Elche, honor de nuestra tierra, blasón gigante. Alta alegría del tronco, hostil y grave cicatriz colectiva, reseca y muerta, de un ayer que fue fresco y hoy hiere al ojo. Medio árbol medio torre de almenado homenaje, las palmas levantadas como gritos de alarde y el tronco, tan ajado, retorcido desastre. Palmera de junto al mar, la misma arena a los pies, y el agua azul, de desierto, evangelio de belleza asentada en lo más feo. Tienes el ser de lo airoso, haces vuelos, peinas brisas y si el oxígeno tuyo no cobija a la fatiga, mete orgullo en la mirada, pone altivez en el gesto y arranca del secarral una sonrisa de ensueño, inverosímil y bella, altiva y estremecida.

Gala verde de mi tierra, tanto piropo en lo alto como improperio en el suelo, paradigma de la vida, alzando lo más hermoso sobre lo vil como asiento, filosofía vegetal, parábola y fantasía. Lo que ofrecieron a Cristo, con el olivo, el domingo, en el Alicante aquel del otro lado del mar, donde también la palmera tiene tanto que contar, arrancando de la Biblia y entrando en la cristiandad.

Cementerio tosco el tronco de un sin fin de ramas muertas que recuerdan rombos prietos, agrietados y salientes, co-

mo lápidas de corcho clamorosamente secas. Cuanto más alta, mas datos de lo que fue una vez verde. Mas muñones de sus palmas y más áspero el ascenso, levantado tacto recio, amachetada columna abrasada y obstinada, fósil largo en cicatrices como costras destrozadas.

Arbol mediterráneo, árbol de Elche, árbol que ni es casi árbol, alta plegaria. Arbol que no da sombra, que se la finge al suelo, como urdimbre afligida, esqueleto de sol. Arbol que llora en la tierra su sonrisa superior. Rústica afrenta del ojo que en lo alto se descansa. Cuello en el que hace de piel la pura falta de ramas, la nostalgia de su verde y el trabajo vil del hacha. Litúrgica expresión verde, lastimado tronco herido y peinada cabellera entre los dedos de un ángel. Arbol seco, árbol fresco, esmeralda del desierto. Arbol moro, árbol cristiano, Evangelio puesto en pie. Arbol con que bate palmas la clorofila al Creador.

La palmera junto al mar, con los pies entre la arena, Alicante costa blanca, azul que todo lo envuelve, hoguera de hogueras verdes, municipal bosque leve, selva de abruptos plumeros que quitan el polvo al cielo, para que esté más azul, más alicantino y limpio, como el mar que nos concierne. Chimeneas retorcidas que coronan humos verdes. Invulnerables columnas de capiteles airosos. Arbol con el que uno sueña cuando está lejos de aquí, sintaxis verde del alma, anagrama de la costa, nuestro símbolo civil.

Mediterráneo arañado, tan orgulloso y gentil, homenaje levantino, brochazo verde en lo añil. Altanera sequedad sin decaimiento en lo yermo, rastrera tierra, alto cielo, gracia y pecado reunidos en una sola criatura, el pedestal más humilde para la más bella altura...

Luis Francisco Esplá

No es la destreza en su caso un supuesto profesional. Diestro es, generalmente, sinónimo de torero, un calificativo haciendo las veces de sustantivo, de pura sustancia incluida en su concepto, adjetivo segregado por la propia práctica de trabajador de la Fiesta. Cuadra, pues, a todo el que se viste de luces. En Esplá, la destreza se adjetiva de modo singular: Es diestro porque lo es, porque es mas diestro que los otros, porque tiene, profesionalmente, en el oficio, más destreza.

Hay toreros fajadores, dominadores, artistas, de pellizco. Hay toreros hondos y superficiales. Profundamente rondeños o alegremente sevillanos. O secamente castellanos. Y hay toreros, simplemente, toreros. Toreros porque torean. Porque, por encima de todo, practican y sienten el oficio como una liturgia que hay que desarrollar técnica y protocolariamente, como Dios manda. Hasta vistiendo. Más toreros que nadie en la plaza pero en absoluto figuras fuera de ella, donde se calzan los vaqueros de ciudadano normal y se aúpan en la moto sin sueños de cortijos ni ganaderías para la retirada, o se dedican a pintar o escribir, o llenar de bichos el chalet para que se diviertan los «nanos». Hombres curiosos, deportistas, activos, absolutamente desintonizados del mundillo de los to-

ros, ese universo social en su torno, generalmente tan asqueroso. Que ambas cosas se den en una sola y misma persona, es bastante singular. Yo no he visto a nadie, en plena actuación, a la hora de jugar a jugarse la vida, más pendiente de todo cuanto ocurre en la plaza, ni que parezca, fuera de ella, mas desentendido de las cosas colaterales al oficio, ramplonas, interesadas, llenas de bastante miseria humana, halago, peloteo, gorronería profesional y amigueteo. De «sobrecogedores» y tifus vario. Nada de duende. Todo en él es claridad sin misterio. Nada de pellizco. Seriedad profesional y oficio bien aprendido. Sensibilidad sin sensiblerías. Con un toreo más hondo que profundo, más tenso que brillante, más práctico que florido, pese a su gran variedad espectacular y riqueza de repertorio. Más atlético que desmayado, mas entretenido que ensoñador, mas real que fantástico, más artista y hasta, artesano, que artificial. Maestría y majeza. Maneras sin amaneramiento. Toreo de olé seco en lugar del «no se pué aguantá».

Sin posturas ni ademanes para el cartel de toros. Con actitudes machas, suficientes, solventes y añejamente sabrosas, que dicen otra cosa al paladar del buen aficionado. Sin ese casi amariconado narcisismo que llaman los taurinos «gustarse a sí mismo».

Torero para toros toros. Guardiolas, Victorinos, Cuadris, Cebadas. No se qué podría hacer con un encierro de Moura, por poner un ejemplo de toros flojos y caedizos, aunque cabrían en el grupo casi todos los llamados comerciales. Luis Francisco ha de lidiar luchando con la fiera. Si no hay fiera se nos evapora Esplá, que no se hizo, en la placita de su padre, para oficiar de ATS de inválidos de mucho caché. Necesita la colaboración, si no de la brusquedad, al menos, de la violencia. De la incomodidad de la raza. Del genio y la cas-

ta. Torero inteligente, hombre listo, listo de cabeza, muñecas, pies y todo el cuerpo. Y necesita toros que entender, que es lo que se hace con la inteligencia. Toros para interpretar. Problemas que resolver. Hay toreros y toreros. Está el pegapases, el adornado a toro pasado, el cuentista de la leyenda del perfume, el perfilero con el muletazo a medio hacer. Está el pesado con temple, recuérdese al gran Dámaso, que tiraría hasta de un armario. El del temple sin clase. El de la clase sin continuidad. Y está el torero espectáculo, variado, divertido, seguro, preparadísimo, que interesa en todo lo que hace porque todo ello tiene fundamento y está llevado a cabo con el corazón, sobre un par de buenas piernas, una gran preparación física y ordenado por una cabeza en la que hay muchas mas cosas que la montera, que por cierto, no se quita, muchas veces, mas que para brindar.

Luis Francisco va a su aire. Su toreo no le permitiría torear tres veces en un mismo día ni cien corridas al año. Ni puede ni quiere. Un torero como él se tiene que dosificar. Ni salirse del escalafón ni quedarse de farolillo rojo. A lo suyo, bien cobrado, cuidando las formas, e interesando siempre. Sin quemarse. Ir a las principales ferias, tres veces a Madrid, donde, probablemente, sea el torero mas respetado, un poco a Francia, donde también es distinguidísimo y que los demás se estrellen contra el ranking. Y vayan a América.

Extraordinario banderillero pero, sobre todo, gran lidiador y torero con las banderillas. Los maestros que practican el segundo tercio, necesitan que el peón de confianza les sitúe el toro en el terreno mas o menos deseado. Él, se queda solo en el ruedo, con la fiera, y usando los palos y el cuerpo como engaños para el cite, pone al toro en el emplazamiento que le conviene para cada par, reuniéndose exactamente donde le interesa, a veces en un lugar prefijado concretamente si-

tuando la montera en el suelo y saliendo airosamente por el lugar y del modo preciso. Sobre todo en la preparación de los pares para evacuar por los adentros, realiza un trabajo de orfebrería previa, lleno de sugestión y encanto. El par, casi, es lo de menos, a pesar de su vistosidad y emoción. El trabajo preparatorio, un tratado de tauromaquia, con un sabor clásico y eterno verdaderamente fascinante. Con Luis Francisco Esplá el segundo tercio alcanza valoraciones de una brillantez y colorido excepcionales, en las que no se sabe qué admirar mas, entre la emoción, la técnica, la alegre destreza y ese modo de llenar el ruedo como de un expectante y casi angustioso estado de gracia.

Responsabilidad, destreza, alegría, personalidad y solvencia. En definitiva, un torero. Sin golferías ni «taurinismo»: Al margen de la prensa del corazón. Un hombre en toda la extensión de la palabra, que torea. Que se dedica a torear. Un alicantino que vale la pena...

Navidad, Padrenuestro y Alicante

Padre Nuestro que traes la Buena Nueva, otra vez, a mi tierra de Alicante, desde ese cielo que surca la Estrella donde estás, desde un siempre sin fronteras. Santificados sean todos los nombres con que Te aluden en el Libro Santo y, en el orbe cristiano de tus hijos, te cita cada labio enamorado: Mesías, Jehová, Jesús, Manuel, Cordero; Salvador, Redentor, Corazón Santo y, sobre todo, Cristo, Cristo Niño.

Que venga a nuestras tierras levantinas, a esta esquina del mar Mediterráneo que repite la opuesta de tu Hijo, tu Reino, que es el Suyo y es el nuestro, tu Reino entre las Pascuas señalado: la de nacer, de ahora, navideña; la de morir, primaveral, de luego.

Tu Reino en estas costas de Levante, un Reino junto al mar y junto al fuego, que se opone, aprendiz, a nuestro invierno, sin nieves, sin escarchas y sin cierzo, porque lo hiciste medio primavera, mínimamente gris y ceniciento.

Que entre nosotros se haga lo que quieras, lo mismo en nuestras tierras que cultivan tus vides, tus almendros, tus olivos y la palmera esbelta, tan hebrea, que en nuestro cielo tan parejo al Suyo, tan claro, tan litúrgico y azul. En esta tierra y

cielo que son nuestros y tanto nos recuerdan a los Suyos, los de tu Hijo, también mediterráneo.

Danos, Señor, tu pan junto a tu vino, el que trae la energía de cada día y el que nos da tu cuerpo los domingos, el pan de a diario, sostén del camino y el eucarístico de tu liturgia con el que recordamos en la misa tu última cena rodeado de amigos.

Perdona la torpeza con que andamos, biología del milagro entre tropiezos, animales capaces de poesía, haciendo el mal a ciegas al hermano y prometiendo luego compensarlo.

No dejes que escuchemos las serpientes, como hizo nuestra pobre madre Eva, nuevos Ulises ante otras sirenas; tennos sujetos en las tentaciones, cada vez más urgentes, más obscenas.

Y líbranos, Señor, de todo mal que se añada al común que nos hacemos, cada día, por torpes y ambiciosos, malos amigos y peores hermanos.

En las aguas del mar Mediterráneo, disuelve el mal que pudiera mancharnos; líbranos de su efecto indeseado y haznos buenos, siquiera en estas fechas en que acogemos a tu Hijo de nuevo y a nuestro modo, levantino y serio, celebramos que nos llega otro año.

Navidad y Padrenuestro son dos cosas entrañadas en nuestro ser pequeño, dos sensaciones, dos aprendizajes, con mucha madre y gran ternura dentro.

Quién no vuelve estos días a su infancia, sumergido otra vez en las instancias en que mamó el primer Padrenuestro, no ha madurado instinto en sentimiento ni hecho abstracción de lo concreto y denso, en la lírica dulce del Adviento.

Padre Nuestro que está en todo el cielo y en él, sobre el segmento de Alicante; santificado seas en nuestras costas, he-

cha a tu voluntad sobre la nuestra, recogido tu pan con nuestras manos, perdonadas por Ti nuestras ofensas, a salvo de ceder a tentaciones y librados del mal por tu remedio...Y el de tu Madre de este mismo nombre, que hemos hecho patrona y aún paisana...

Padre Nuestro, local y levantino, más Padre en Navidad que viene el Niño para constituirse en nuestro Hermano, Padre Pascual de los alicantinos: Tráenos trabajo, paz y mucho amor.

Y no nos dejes nunca de tu mano... Mano de Padre y Espíritu Santo. Mano de Hijo y mano de Hermano...Mano de Cristo, con señal del clavo...

La Santa Faz de Turín

La Santa Faz y efigie completa de Cristo «de cuerpo entero», que Juan Pablo II ha venerado por tercera vez un 24 de mayo, en la última «ostensione» de la sindone por lo que queda de siglo. La Iglesia no entra en debate sobre su autenticidad. Pese a lo que digan el carbono 14, el estudio del polen y sus posible variaciones como consecuencia de los tres incendios sufridos, indirectamente, por el lienzo de José de Arimatea. Pero el Papa, sí. El Papa cree en ella y la venera. Y yo, más papista que el Papa, creo en ella y en él. Por eso intento magnificar el episodio y los relaciono con la iconoteología, que hermana en cierto modo, a estos efectos, a nuestra ciudad y la de Turín, salvadas las distancias morfológicas y dimensionales, y, sobre todo, las relativas a oportunidad y producción: Alicante venera una imagen sufriente de Dios vivo, la marcada en el tejido de la buena y santa Verónica, y Turín, la impresa en virtud de milagrosas emanaciones, ondas energéticas o simple efecto de superposición y contacto con los humores, exudaciones o vapores, Dios sólo sabe de qué género, de un Hombre divino, muerto.

El Papa cree en la sindone. En su autenticidad. El Vicario de Cristo lo ve en este lino chamuscado que, soportando

viajes, episodios, incendios y diversos depósitos y guardas, descansa hoy en San Juan de Turín. Debo grandes e interesantísimas revelaciones sobre la sábana al doctor Anastasio Martín Muñoz, salmantino de saberes y alicantino en vivires personales y profesionales. Castellano de voz recia y pausada, como para cantar gregoriano, con tonos de granito golpeado y campana románica. Curioso amante y feliz divulgador de cuanto concierne a nuestra seductora reliquia. Y más que espero deberle y recibir, de su amable disposición, desde mi esponjosa avidez. El gran autógrafo de Cristo muerto, firmado con la sangre, humores y emanaciones de un Hombre que era Dios. Nuestro póster de más de nueve metros cuadrados, efigie anterior y posterior de un Cristo hermoso, fuerte, alto, bien constituido como correspondía a la excepcionalidad de su divina condición humana.

Es curioso que el Papa, que cree en la sindone, haya escogido el día 24 de mayo de 1.998, que conmemora de la Ascensión de Cristo a los cielos, para bajar, una vez más, al sencillo plano de la fe del carbonero, él, tan impolutamente blanco, sobre el rostro rosado y los mínimos ojos azules, llegando hasta donde la propia Iglesia que preside y regenta, no ha osado acreditar. Más santo que Santidad, más eclesial que eclesiástico, más fedatario y hombre de fe que dogmáticamente aséptico, como la Institución. Si bien la Iglesia, no comprometida, guarda la reliquia y la «ostensiona» a la veneración de los fieles, algo que no podría hacer con el simple objeto de una superstición. Hay que leer entre líneas... Me gusta este polaco. Este hombre bueno, valiente, trabajador, el del cansancio infatigable y los temblores del parkinson bajo la nieve de Sarajevo, a la intemperie, entre los extraviados por la incomprensión y dañados por la guerra. Este ángel que antes que grandísimo filósofo. y teólogo excepcional, fue po-

eta, actor, esquiador y montañero. Este hombre que proclama, no hace mucho, a San Juan de la Cruz, patrono de los poetas. este pentecostés ambulante, que para hablarle a cada hombre en la voz de su corazón, se ha hecho superpolíglota, en un gesto de cortesía universal absolutamente impagable. Este hombre de Estado, de su Estado Vaticano, que ha derribado muros y desaislado países, para que donde había totalitarismo y hambre y enfermedad, se estrene la relación fraternal en que cree, por encima de bloqueos, castros y politicrastros. Un Juan Pablo que escribe mejor que Juan –el que mejor lo hacía de los cuatro evangelistas–, y viaja más que Pablo, aquel superápostol posterior, escribidor y andarín que llevó los productos de Dios por todos los mercados espirituales del orbe.

Me gusta su vocación Mariana, su valentía frente al aborto, su condena de los nacionalismos, su amor por la familia de la que dice: «En ella el hombre aprende el secreto de la paz, experimentando el calor de ser bien recibido y ejercitándose día a día en la disciplina de los afectos». Vaya tres oraciones y qué prodigio de belleza verbal, conceptual y sintáctica en la última, la de la disciplina afectiva. Disciplina de los afectos. Parece un contrasentido genial. Disciplina y afecto. Sublime desnaturalización del carácter coactivo, enérgico, exigente, duro y correctivo de lo disciplinario, hasta dejarlo reducido a un ejercicio social de ternura y amor, de beso en lugar de látigo, de sonrisa sustituyendo a la rígida advertencia. Y sobre todo, ese Papa tan dado a la madre que le hace parecer casi más representante en el mundo que de Cristo, de la Virgen. Esto, a los portadores de mucha madre, de mucha madre del Cielo y de la tierra, de la de Dios y de la que lo llevó en el vientre, nos asume y religa de manera especial.

Muy interesante figura la de este Karol, que vino del frío para inundarnos de calor. Esta ancianidad invencible, que sana desde su enfermedad, remedia desde su ternura, une lo separado y hace que se entiendan los enfrentados por el fanatismo político y la insolidaridad social. Ha sido una bendición histórica para Europa, el mundo y la Iglesia. Y su largo pontificado, el más duradero del siglo XX, se considerará siempre como la entronización más profesional de un pontífice auténticamente levantador de puentes donde antes había muros de incomprensión. Pontífice máximo, en toda la extensión de la palabra. Hombre puente entre nosotros y el Cielo, que tan bien intenta representar desde su vicariato transcendental. El gran polaco, buen hijo, buen Padre, Santo Padre, buen hermano, maestro de lo bueno, lo bello y lo verdadero...

La Santa Faz

Santafaceño medular, la acompañé descalzo en las dos últimas peregrinaciones. La penúltima, por gratitud. La última, en solicitud de una gracia, casi un imposible científico, alcanzada, gracias a Dios, por un tiempo superior a la media. Este año me correspondería casi ir de rodillas por la magnitud del favor. Fue como un trato con la Santa Faz a propósito de las tres virtudes teologales: Yo ponía la Fe y la Esperanza. Ella, la Caridad.

La Santa Faz es como la fotografía en el documento de identidad de Alicante. El código de barras de su espiritualidad. Un autógrafo de Dios que marca su amor sobre el azul que nos concierne y configura. El rostro del Señor trabajado por la pasión, esculpido por el dolor, impreso en aquel lienzo amistoso de la Verónica «vero-icón», (verdadero retrato) que plegado posibilitó las tres copias detrás de una de las cuales caminamos los alicantinos, hermana de las de Roma y Jerusalén. Sangre, sudor, humores fisiológicos de Dios muriendo en hombre. El gesto de Dios Padre, muriendo en el Hijo. El que vio por primera vez, nuevamente vivo y resplandeciente, aquella Magdalena apostada como un perro fiel ante la tumba de su amo, cuando el cariñoso «noli me tage-

re» (no te asustes) que los entrecruces de arameo, griego y latín han acabado vertiendo equivocadamente, a nuestros romances por «no me toques».

Esta entrañable fiesta nuestra es como un encuentro con Dios «cara a cara» una vez al año. Como renovarle el marco de fe a su retrato, quitándole al recuerdo, por el paso de nuevo por el corazón, las telarañas. Si la cara es el espejo del alma, la cara de esta fiesta nuestra referida a la de Dios, puede, buenamente, ser el azul reflejo de nuestra alma. Su espejo.

Pese al asfalto y el cemento, las industrias, los colegios, las clínicas, los concesionarios de automóviles y multi-restaurantes de comida basura, convertimos en un episodio bíblico una rara procesión civil y casi administrativa. Sobre caminos de Obras Públicas, un día de campo sin campo, sin paisaje en torno, ni polvo ni carros ni arroyuelos ni hierbajos.

El pueblo fiel detrás de una reproducción facial de lo Alto. Caminamos, como si tuviésemos dos milenios menos, con los mismos pies movidos por idénticos corazones. Seguimos al Señor porque nos gusta el espejo de su alma. Esa cara que veneramos, reproducida por el amor casi de reportero gráfico de la Verónica.

El rollito, la mistela y la caña verde coronada por el romero fresco, son la anécdota material, porque el estómago tiene sus exigencias y la fatiga aconseja báculo. Son los signos externos y rituales, gastronómicos y utilitarios, de una procesión multitudinaria que los políticos llamarían manifestación, en la que el Jefe carismático no habla; habla por Él, su rostro, escrito con la sangre el gesto dolido de su participación en la angustia de los hombres.

La mueca del Cristo «kamikaze» de Salvación, moridor por nosotros. La Faz del que vivió entre nosotros para poder

morir y murió entre nosotros para que viviésemos para siempre, haciendo de la vida camino y de la muerte puerta hacia la libertad. Gracias a la Cara que nos convoca y adoramos, la muerte ya no tiene cara ni realidad; es sólo el final de un túnel a cuya salida nos encontraremos con el rostro de nuestro Hermano, Amigo y Padre.

Lledó dijo una vez «todo texto es contexto». Yo añadiría: «Nadie escribe desde el vacío». Y aplicándolo a nuestro caso, podría afirmarse que el día de la Santa Faz, tiene en el rostro ilusionado y participativo de todos los alicantinos, un contexto referente y concernido. Un rostro apalestinado y evangélico en el que brilla el de Dios como un reflejo enamorado. Todo rostro es Su Rostro. Toda paz es Su Paz y todo amor el Amor Suyo. Por el amor de Dios, como solemos exclamar.

El sentimiento religioso, esa técnica contra el yo, nos lleva tras Él, convertidos en un amplio y numeroso nosotros, con su cara como estandarte. Como en virtud de un amor óptico, fisionómico, icónico y representativo. Amamos lo que hay detrás de una representación. Al Dios que firmó aquel lienzo con las huellas químicas del dolor de su rostro.

«La verdad es hija del tiempo», decían los romanos del suyo. Alicante va detrás de una verdad plástica que tiene dos mil años.

La Dama

La Dama, nuestra Dama, la gran señora ibérica, acaba de cumplir 2.500 años (cien de casi recién descubierta). Nació 500 años antes que Cristo y 500 después de la fundación de Cádiz, una ciudad un milenio más vieja que Elche. Es, pues, de una quinta intermedia entre Gades, el fin remoto del geográfico mundo clásico conocido y Jesús, el principio del nuevo mundo espiritual de la Salvación.

La llamó Dama, en París, Salomón Reinach. Nosotros la habríamos llamado señora o matrona o princesa o diosa. Pero se ha quedado así, amadamada, como consecuencia de su exilio de 44 años en la llamada Ciudad Luz. (Desde ahora voy a llamarla Señora; me apetece).

La Señora es un prodigio de frontalidad. No tiene más visión que la posible cara a cara. Carece de perfil. Es absolutamente antiegipcia. Todas las representaciones del bajo Nilo nos ofrecen figuras humanas o animales, laterales, de costado, con un solo ojo. La señora, vista de lado, no tiene frente, ni ojos, ni nariz. Lo tapan todo las dos rodelas laterales contenedoras del cabello. Para mirarla directamente a los ojos hay que situarse frente a ella. Le fue siempre, imposible, esa bajeza desconfiada de la mirada de reojo.

Toda la Señora, fachada, frente, sinceridad, cara a cara. Sin la mejor posibilidad de un escorzo sesgado. Por detrás, en la espalda, nada, un hueco, una antimochila, un vaciado circular y profundo correspondiente, se piensa, a la colocación de la urna. La Señora es, más que probablemente, la representación escultural de una joven y bella princesa ibérica con la historia de su breve realidad existencial, polvo, cenizas, a la espalda.

Una belleza con sus 2.500 años de muerte, a cuestas. Esos rodetes auriculares, escandalosa premonición de las ensaimaditas pilosas atravesadas por un alfiler, del tocado de las actuales valencianas, son como dos círculos viciosos que, forrando su pelo, se ha comido la línea de su rostro, visto con un giro de noventa grados, la regular grafía de su bello perfil imposibilitado para la posteridad por ese par de tartas monumentales, a uno y otro lado de su cabeza.

Es curioso que gracias a dos hombres, dos grandes generales denostados actualmente en sus patrias respectivas, Franco y Petain, esté hoy la Señora entre nosotros. El general que ganó en España y el general que perdió Francia, tachado, uno de fascista y el otro, de colaboracionista, son los parteros de este buen alumbramiento por el que venía de París, fábrica de los llamados a nacer, nuestra añorada criatura. Nada de griega ni romana. Absolutamente ibérica, sin contaminación externa. Prístinamente hispánica. Nos mira con unos ojos, levemente asimétricos, desde lo hondo del tiempo, como queriendo expresarnos nuestra más íntima verdad antropológica y familiar. Iberismo puro, iberismo autóctono, iberismo levantino en estado de naturaleza. Iberismo en gracia, rústica y casi naif, de Dios.

Un pedazo de buen gusto, nacido de las manos de un artista que nos prefiguraba hace 25 siglos. Que el Señor se lo

pague, porque lo tendrá a su lado, y lo merece por toda la emoción que hace revivir en nosotros. Esta especie de Eva nuestra, Eva local, Eva ibérica, madre común de todos los de nuestro linaje. Esta Señora ibérica que vivió medio milenio antes que Cristo, medio milenio, también, por tanto, antes que la ciudad que le ha dado su apellido, y que es, como metrópoli, del mismo reemplazo que Jesús.

La Señora frontal, la Señora directa, la Señora que todo lo ofrece por delante y nada por detrás, en su rara calidad de urna funeraria propia, tallada en piedra blanda, arenisca, de nuestras más próximas canteras, recuerdo de una joven difunta de alta alcurnia, probablemente una princesa, es como una Gioconda seria y suavemente altiva. Uno piensa a veces que si teníamos hace 2.500 años mujeres así, revestidas con joyas tan ricas y reproducidas por artistas tan sensibles y delicados, qué demonios vinieron a enseñarnos fenicios, romanos, cartagineses, griegos, judíos y, sobre todo, aquellos bestias nórdicos de los visigodos. ¿No estaremos, también, ante el caso de unas culturas indígenas aplastadas por el invasor, como se nos quiere atribuir a los españoles por nuestras actividades supletorias en América?

La Señora es un canto a la belleza, a la sensibilidad, a la poesía y a un sentido rico y ornamental de la vida de primerísima magnitud. Si los íberos eran capaces de hacer cosas como la Dama, ser ibero era algo muy importante. Y conocer tan poco de aquellos antepasados nuestros de tan ponderada dignidad, una auténtica desgracia de carácter histórico. La proclamación, en belleza, de lo que fuimos. El legado armónico de nuestras primeras generaciones. La paz, el sosiego y el buen gusto, convertidos en clamor expresivo para la posteridad. La Señora de Elche, de Alicante y de Valencia. La señora de nuestro levantino mundo ibérico, es nuestro máximo

florón iconográfico, nuestra más profunda, arcáica, enraizada, sacralidad profana, nuestra Virgen de cuándo aún no podíamos ser cristianos. De sus 2.500 años, solo conocemos sus últimos cien, en los que ha sido ilicitana, parisina, residente luego en el castillo de Montardeu, en la Francia meridional y después, en España, huesped, primero, del Prado y luego, definitivamente, del Museo Arqueológico Nacional, en Madrid.

Cuando Elche cumple dos mil años y la Dama cien de descubierta, sobre los previos 2.400 de inhumación, el tiempo no es ni existe pero se sucede. Las cosas ocurren en un orden, al que llamamos tiempo, que es, al menos, duración y distancia. La Dama es la más auténtica representación de la inexistencia del tiempo, de su falta de consistencia y rigor. El tiempo, esa cosa que va desde que unas manos prodigiosas la tallaron hasta hoy. Una barbaridad de segundos. Nada. La única realidad es la Dama y nosotros; el arte ibérico; el arte ibérico y el gozo que nos hace sentir por encima del tiempo.

Si todo lo que adorna a la Dama es de oro, nuestra joven antes de morir habría necesitado para moverse el concurso de un porteador de safari. Mucha coquetería, mucho afeite, mucho recamado y ornamentación, en esa riquísima figura que nos representará, íntimos y primigenios, hasta el fin de los días desde el principio de los nuestros, alicantinos e ibéricos.

Los fenicios no esculpen, importan obra de Oriente. Los tartesios carecían de escultores. Esta cultura ibérica del siglo V antes de Cristo es iconográficamente autóctona, espontánea y desvinculada de influencias mediterráneas y ofrece su máxima expresión de florecimiento en la Alta Andalucía, Murcia, Albacete y Alicante, en un aislamiento cultural «sui generis», independiente de Grecia y sus cánones clásicos. En La Alcudia de Elche se da un taller muy sofisticado respecto del resto, menos desarrollado en su elementalidad. Nuestro

arte ibérico es clasista, selectivo. Nada de escenas realistas de la vida cotidiana. Siempre, la representación de gente de alcurnia. La alcurnia de La Alcudia. La Dama es una expresión de aquel poder alicantino. Una primera dama, como se dice ahora de las señoras de los presidentes, de su tiempo.

El ojo derecho un poco asimétrico, tendiendo hacia arriba, como la comisura de los labios del mismo lado. Frente amplia. Nariz recta y gruesa, de escasas aletas. El mentón enérgico; la mandíbula recta y recia; los pómulos, suaves. La ornamentación, metálica, excesiva y recargada: tres collares concéntricos, acordonados, de los que cuelgan a modo de hojas, que los vinculan y relacionan de modo vertical.

Rodelas laterales tan altas como el rostro, con un cincuenta por ciento interior –como un donuts–, rodeado de tres círculos exteriores, cuadriculados. Y en la parte ancha, en lo que sería la zona de rodadura de esas ruedas, unos dibujos en X, como los vascones, y tres líneas paralelas de bolitas, de unas como perlitas muy repetidas, que también figuran en la díadema. De entre los rodetes y la sien cuelgan ocho cordones a cada lado, como aparatosos pendientes, con un final en forma de ánfora, que recuerda los remates de los bolillos de la randa. Y sobre la frente, como jugando a parabrisas de este rostro todo terreno con ruedas casi de tractor, relacionado con ellas y partiendo de su centro, la enorme diadema, como los turbantazos de Carmen Miranda, con tres filas de protuberancias esféricas, como perlas, paralelamente dispuestas, que acaban en la parte más próxima a las cejas en tres bandas estrechas, lisas, igualmente paralelas y, por la parte occipital, una como rampa de salida hacia la eternidad, disparada posteriormente.

La Dama es toda ornamentación con un mínimo de rostro, solo frontal. Sin sienes, oídos y apenas cuello. La mayor

aparatosidad fastual de una princesa recamada hasta la exageración. Para los iberos, la ostentación en riqueza de la singularidad social debía ser un imperativo reverencial absolutamente aplastante.

Una mujer con todo ese aparataje apenas podría moverse. Salvo que las revistiesen así excepcionalmente para entrar con dignidad en el reino de la muerte, para impresionar en el más allá, para epatar a sus dioses. Va revestida de un manto de cuello asolapado en varios pliegues y un tanto alzado atrás, como las chaquetas de los jacobinos. La señora tiene una mirada distraída. Mira sin ver, como cuando se está meditando y los ojos ahuecan la expresión. Mira hacia adentro, al futuro. Con desapercibimiento de lo inmediato, desde unos ojos almendradamente achinados, ausentes, relajados, en otra parte. Probablemente, en la parte del otro lado, del más allá. La mejor mirada para una bella joven muerta.

El de la Dama es otro «misteri» de Elche, un «misteri» laico, pagano, precristiano, un «misteri» misterio y misterioso. Obliga a conferir a nuestros rústicos antepasados de hace casi tres milenios un grado de sensibilidad misterioso. Y además muy localizado, encapsulado, sin contactos e influencias, entrañado en lo nuestro antes de que fuéramos, en su real cuna, un bosque inmenso de palmeras. Esas palmeras que han clamado, con sus manos verdes, por anfitrionar por unos días a la señora de tan remotas glorias. Nuestra Venus de Elche, nuestra Menina en piedra, nuestra Gioconda alejada y ausente. Ese busto que tal vez formase parte de una figura completa (hay opiniones) habla al presente y lo hará al futuro, de la grandeza de nuestros primeros tiempos como levantinos y amantes de la belleza... La Dama de nuestros sueños, de nuestro gran sueño de siglos...

El hombre levantino

El levantino es un crisol de sangres. Ser levantino es ser un poco, en la alícuota parte de cada aportación, egipcio, griego, fenicio, judío, cartaginés, romano y árabe, sobre el primigenio sustrajo ibérico. Es tener revueltos en el alma los posos de los más imaginativos y poéticos panteísmos, del fabuloso culebrón de dioses y héroes de la mitología. Y la impronta del maravilloso invento moral del monoteísmo, de la creación del Dios único, aportación semítica, árabe y judía, intuída en Egipto por Akhenaton.

Ser levantino es ser ribereño del mar de la luz y la claridad, vehículo de la cultura y de la historia, del rigor y la sensibilidad. Llevar la marca del mestizaje indeleble de la creatividad y el ingenio de unos pueblos que inventaron la Astronomía, la Aritmética, la Filosofía y el Derecho, y todas las artes clásicas y sonoras, con el añadido de un sentido casi religioso de la hospitalidad. Más ibero que celta, el levantino está muy lejos de las rigideces nórdicas del visigodo, ordenancista y disciplinado, organizado hasta la crueldad y muy cerca de la amistad risueña, del razonamiento paseado y peripatético, de la academia al aire libre, relacionada con la grata locomoción en que habla la lengua, piensa la mente y con-

ducen los pies, como elementos móviles también del discurso. El levantino aprende paseando y pasea meditando como sus abuelos atenienses, en un mundo y un clima que permite tales delicias.

Es un hombre con muchos «RHs», que diría el pobre Arzallus. Naturalmente abierto y comunicado, tejido de sangres, urdimbre de pensamientos y entramado de estilos y modos de ser. Donde el hombre septentrional, el godo, el germano, el vándalo y vandálico, te saludan con la otra mano en el puñal, el levantino te acoge con la mano libre sobre el corazón.

Hemos quedado un tanto a trasmano de góticos y románicos y ésa es nuestra pequeña desdicha cultural. Nos ocuparon mayormente y ayudaron a configurar, hombres que estudiaban las estrellas, pero construían con barro, como de espaldas a ese nórdico afán de supervivencia, consecuentes con lo efímero de nuestro viaje.

La gran maravilla, por ejemplo, del castillo de Novelda, monumento nacional, reside en la singularidad arquitectónica de su torre triangular, casi prácticamente una metáfora de arcilla.

En lugar de trabajar la piedra como los hombres del norte y la meseta, canteros de Galicia y Castilla, hemos preferido hacer de la tierra seca un jardín, inventando redes de irrigación, poniéndole sistemas circulatorios al campo, abriendo pozos y desarrollando la agricultura como una de las bellas artes. Los de la piedra central y norteña, dejaban hacer al secano y la lluvia mientras ellos labraban lo imperecedero.

El levantino es un hombre amante de las flores, un constructor de vergeles y jardines que ve al despertar todos los días como aparece el sol como una fecunda diosa desnuda y

amarilla, entre el ángulo horizontal de dos azules distintos. Es un hombre de sol y luminosidad. De claridades. Como el visigodo venía de las brumas de arriba y sus gélidas hostilidades. El levantino llenaba de razonamientos el ágora, cuando aquél se refugiaba con un poco de fuego, forrado de pellejos en sus grutas angustiosas.

El levantino es un hombre que mercadea como los árabes y los fenicios, que reza como los judíos, que pleitea como los romanos y que filosofa y hace belleza como los griegos. Que trabaja sin la enfermiza obsesión por la riqueza y el éxito del protestantismo sajón y sin la abulia meridional de alguno de sus ancestros.

Pueblo de flores, de paletas y colores, de huertanos y poetas. Y fábrica de músicos. El levantino entiende la vida como un canto a la vida. La falla, la mejor expresión de su capacidad de ilusión, trabajo, inversión material y generosidad, es un monumento a la nada. A lo efímero hecho fuego. El sacrificio de la falla organización, industria, belleza, dinero, orgullo gremial- es un retrato al fuego de su altruismo telúrico, ofrecido a los poderes de la noche y el misterio del devenir diario. Se quema en ella la alegría de ser capaz de hacerlo, a partir de un gran sentido realista y utilitario. Bellísima mariposa de madera y cartón que quema sus alas en una brevedad mistica.

Mediterráneo

Vuelvo al mar y lo abarco con mis ojos, que empaña un agua igual que la de la ola, tan salada pero más incolora... Al mar que es como el cielo de la tierra, cielo hermano y besado entre la espuma, diedro de vario azul el horizonte, bisagra de las aguas y los cielos, por el que tantas cosas nos vinieron... La astronomía, el trigo, la oración. La fe en un sólo Dios, Hombre y Hermano. El intercambio mercantil fenicio. Latín, arquitectura y Justiniano. Y el amor a lo bello y meditado... Mediterráneo, mar entre culturas, vehículo de la luz y la utopía.

Vuelvo al mar y me adentro en mis infancias, en la terca añoranza de veinte años en que fui mesetario entre nostalgias, añorando el escote de la arena, orlado encaje que las olas desgarran, lamiendo las orillas...

Latido azul del corazón del mundo, con su aspecto de cosa recién hecha. El mar te lava el alma de impurezas. Te aniña, te bautiza, te sosiega. El mar es un seguro de sosiego, una inversión espiritual del alma. Un amor al Amor de los amores: a Dios, al niño, al hombre y a las flores, como una gran conciencia de universo, que lo hace todo hermano y so-

lidario, con la firma de Dios puesta en las olas, entre estrofas de azul, versos de espuma...

La vuelta al mar es meterse en el pecho y encontrarse en lo hondo el niño chico, que abrió una vez sus ojos como lagos, para que todo le cupiese dentro. Es volver a ser hombre enamorado, ver los hombros salados de la amada, estar celoso de la azul caricia, hecha reflejo sobre el cuerpo bello. Volver al mar es rezar en silencio, creando la plegaria de la vida, darle gracias al cielo por hallarlo otra vez en su sitio y esperando, y decirle al Señor: «¡Qué bien lo has hecho. Cómo se nota que te gustó tanto y has creado la marea como un salmo que te canta y nos mece con cariño!» Salmo que suena a estreno y huele a parto y dice cosas que tan sólo entiende, quien se anula hasta ser naturaleza...

Cada mañana, cuando me levanto, miro al mar, lo constato; el está allí y yo sigo a su lado. ¿Qué más puedo pedir? Sería un descaro... Un mar para mis ojos y mi alma, un Bautista salado y amistoso. El buen gusto de Dios hecho materia, agua bendita azul, sal de la tierra... El caldo primigenio de la vida –elementos y tiempo y radiaciones–, útero acuoso del sinfín de especies, líquida madre del total viviente...

Te saludo otra vez, gracia infinita. De nuevo te acaricio con los ojos y empapo en ti los fondos de mi alma. Me sumerjo en lo azul de tu mirada y vuelvo a ser un niño y casi un ángel, mojadas por las lágrimas las alas... Sólo tú eres perfecto, mar inmenso. Sólo tú eres igual cada mañana.

Igual de bello, intenso y sosegado. Igual de vario azul y verde de alga, lo mismo de plomizo y plateado. Según te luzca el sol enamorado o te lo oculte ocasional nublado. Igual de recamado de reflejos, lunares de oro de tu añil tejido. Igual de bello, inmenso y sosegado. Igual de desigual y repetido.

Igual de indiferente y disponible. Igual que cuando niño, te hice mío.... Te saludo otra vez, rival del cielo, nervioso espejo de temblor y gracia, pautado ritmo del alba al ocaso, que trae sus flecos blancos a la orilla y retorna, cansado a su hondanar.

Vuelvo al mar que es la sangre del planeta y el corazón ensancha mis mareas, latiendo acompasado a su oleaje contra las costas de mi propio pecho, las costillas calizas de mi arena...

Costado azul de mi porción de patria, torcida caracola de mis ecos, toro azul recostado en sus sosiego o derrotando, fiero, entre las rocas. Piel de agua propia y aire de mi alma, sudor universal, honor del suelo, sembrado de reflejos su zafiro, como oro y plata removido e inquieto en la cadera azul de una gitana. Labio de espuma blanca en boca azul, como blasón de alicantina casta. Prenda de Dios, primor de los sentidos. Enorme agua bendita de mis sueños...

Novena de Miguel

Qué solo te dejamos, hermano, y cuán solos nos dejaste, desheredados de tu gracia futura. Cerca de ti, bajo el mismo cielo asustado de tanto horror y miseria, yo, niño, ignorando tus angustias desde mis hambres y tu muerte, fui entrando en la hombría y comunicando contigo. Con tu breve obra y los asombros que me sugería, cada vez más hondos y sentidos.

Te hermané en mi alma, compañero del alma, y quedé prendado de la leche flaca de los pechos de cebolla, vagando, sin ti, entre tus prodigios, sin pericias de luna pero con afición de estrellas. Me faltaba tu presencia, digna y humilde, que se murió desvalida y rota, tan cerca del mar. Acompañó mis penas la tristeza de aquel rostro paletamente chato, de peón o temporero, metido a pastor de metáforas, que nos dibujó Buero Vallejo cuando compartía contigo enclaustrados espacios. Me faltabas tú en la confusión de una victoria larga y extraña, amarga y homicida, ganada y perdida por los mismos hermanos en cuyo baño de sangre previo te equivocaste de sitio, buscando libertad, justicia y amor.

Moriste en primavera, casi en Semana Santa, como Jesús, y tan sólo como Él. Hace un cincuenta y cuatro por cien-

to de siglo de tu pasión. Mucho tiempo para el llanto. El tiempo expresado en porcentajes se ve de otra manera. Ha llovido mucho. Hemos llorado más. El Padre sabe por qué ocurren estas cosas, la del pastorcito de la Orihuelilla del Segura, de ese secano pre-murciano casi galileo y la del Pastor de silbos amorosos que cantó el clásico. Por qué muere joven quien puede hacer milagros. Dios me libre del menor propósito de irreverencia.

Cristo fue Hombre y relacionar sus cosas con un paisano de Alicante, con un hombrecillo del pueblo, laureado por los dioses, no desmerece al Hijo de María y levanta hasta los cielos a nuestro pobre muchacho, el de la vida prieta y la muerte dura, que pasó levemente por la existencia llenándola de hermosura, hablando a veces de hoces y martillos con la ingenuidad canallamente explotada del que mentara lirios, o lagartos o mariposas.

Te tengo presente, hombre de barro, amigo de moreras, sobre un fondo inclinado de pimentón extendido, agavillando rayos incesantes, entre palomares y jazmineros, entre olivos y sombras. Hace unos días, ABC Alicante reproducía gráficamente el homenaje de unas flores que ponían sobre el fragmento de roca que cubre tus despojos, alcalde, concejal de Cultura, un amigo tuyo y uno mío, de hace poco y para siempre, hombre alto de altos saberes, Vicente Ramos. Yo, inspirado, en cierto modo, en las prodigiosas nanas que te sugirió aquella carta de Josefina por la que conocías que amamantaba a tu segundo hijo comiendo pan y cebolla, te quiero ofrecer en un ramillete de torpes palabras esta interpretación mía del lilíaceo fruto posibilitador de aquella maltrecha lactancia, titulado «Pena verde»:

«Concéntricas esferas albirrosa,
A medias transparentes,
Impregnadas de llanto superpuesto...
Hortaliza moral, bulbo afligido,
Lágrima vegetal acorazada,
Que esconde su tristeza verde nácar
Bajo sedosa piel, fina y tostada.
Exudado sabor a pueblo obrero
Hecho cristal en la globosa ampolla,
Redondo reino del dolor inscrito...
Húmeda perla, estriada en esmeralda,
Joya vil, clorofílico quebranto,
Prima hermana del lirio inmaculado
De agua apretada en capas de orden blanco,
Fondo y pena, con pan, torpe cebolla...».

La pongo también a tus pies, pobre Miguel, modesta moneda de menor acuñación, pero a ti debida, en expresión tomada de tu colega Salinas. Si con ello te distingo, me honro, Miguel interior, Hernández terruño, que nunca cantaste al mar, alicantino raro, alicantino de adentro. Sorprende tu olvido temático de este gran motivo nuestro. Entre tantas cosas que te faltaron, hasta sin mar te quedaste. De haber vivido más, un día lo habrías cantado. El mar es infinito en sus sugerencias y posibilidades. Un mundo de poesía disponible. Y ahora, ese grandioso azul no tendría que llorar tu silencio, tu espalda desdeñosa. Descansa en paz, hombre de la pana y la alpargata, de la sangre y la cebolla, muerto casi a mi lado, cuando yo me adiestraba en vivir. Miguel del toro y la cuadra, del tomillo y la escarcha, del arrope y los besos. Del río y la tórtola, del sol y la azada. Del árbol podrido de pájaros. Descansa en paz Miguel, y gracias por todo.

El almendro

Pocos árboles tan mediterráneos como este ser vegetal, incontinente y precoz, que eyacula primavera entre el rigor del invierno, como de espaldas al orden natural de los ciclos, al cielo colectivo de los seres de la naturaleza, excepto el gato, que también se sale y cela, por las mismas fechas. Cuando la vida verde duerme su muerte o hibernación, el almendro adelanta su pascua, extemporáneo y nos anticipa una liturgia blanca y rosada, envidia de las nieves simultáneas. Cubre de esplendor la negra y estriada hostilidad de sus ramas, sorprendidas por una floración inoportunamente hermosa.

El almendro es una mancha rosa sobre el gris de las perspectivas. Un pincelazo brusco de Dios, como una llama sin fuego que hace refulgir el horizonte yermo de la naturaleza clausurada. Como los brillos de Sorolla sobre la piel morena de los niños en la playa. Un espatulazo de luz y color sobre las atalayas plomizas y sombrías. Nieve rosada en el cielo del árbol y nieve barrosa y rastrera en el quebrado suelo, absurdamente coetáneos. Sietemesina tropa de mariposas. Ferviente despiste helado en el septentrión de los fríos. Flor a destiempo. Metáfora aterida. Risa en lo viejo. Fórmula vegetal atemperada, Surrealismo botánico y casi mental. La al-

mendra, como su alma inscrita, almendra del almendro. El almendro hace un roto en el frío, una raja en el tiempo y lo llena de rosa y de polen, de anticipo en el viento. Como meterle una sonrisa al clima cuando éste está más adverso.

El almendro no puede esperar. Trae dentro su propia y coyuntural primavera y la estalla, imprudente y osado, contra todas las consignas de la naturaleza. Explosión de calor contra la posible helada en que morirían todos sus propósitos genésicos. Pero vete a pedirle prudencias la almendro. Peras al olmo, improbable. Paciencia al almendro, imposible. Mete su trópico disparatado entre los rigores del cierzo y que sea lo que Dios quiera. Se hace su ilusión de microclima privado y particular y lo cierto es que su salida de tono floral no deja de prosperar, casi siempre, adelante. Cuajada en la almendra, fruta púdica, exigente, clausurada, en sus moralidades, como ninguna. Primero una fruta verde y pulposa que acaba en aterciopelado morado seco. Luego, la coraza de madera picada en su corteza interior. Y, por fin, la arrugadita piel marrón de su definitiva, íntima y áspera lencería. Culminación vegetal de todas las castidades imaginables. Que ello corresponda con su irreflexivo floración fuera de tiempo, casquivana y ligera, es otro de los paradigmas de nuestro árbol. Infancia loca y madurez casi enclaustrada y penitente. Cosas del almendro, este almendro nuestro que es joven antes de tiempo y madura con toda solemnidad la materia que endulzará nuestras próximas navidades, cuando él ya esté de nuevo dispuesto a enloquecer otra vez y cubrirse de una nueva vida parafernálicamente bella, entre paréntesis del signo del universo. El almendro es el hijo pródigo del evangelio botánico. El garbanzo negro, si bien blanco y rosado, de la familia vegetal. Va a su aire. No cuenta con nada ni con nadie. Y nos toca cada año en el corazón por la vía de los ojos, como

un arcángel anunciador de la belleza que vendrá luego a inundarlo todo, cuando él ya haya llevado a cabo su temprana avanzadilla y asista a la global floración, cubierto ya de frutos en avanzado desarrollo y llenas de verde las clamorosas ramas donde anidaron sorprendentemente aquellas extrañas primeras flores de toda la creación. El almendro es la infantería de la flor. El bautista de la primavera. Un profeta vegetal. Luego viene Dios con su primer tiempo, lleno de mariposas, pájaros, brisas y encanto. Pero antes él, a cuerpo gentil, ha corrido con todo en su aventurado ensayo general. Sólo en el suelo, bajo el cielo y contra el hielo. El rustiquísimo almendro de las primaverales y más delicadas y hermosas flores del ejercicio natural.

Herida rosa del horizonte. Cicatriz blanda del alba. Vida entre la muerte. Porción de bello sueño en medio de una pesadilla. Resurrección apresurada, disparatada liturgia, pre-Pascua aventurada en el «tiempo ordinario». Capricho de Dios.

Con Dios, José Mari

No te diré como los políticos, «lo respeto, pero no lo comparto». Ni lo respeto, ni lo comparto, ni lo admito. Creo que no tienes derecho a irte. Que aún no lo has dicho todo. Que todavía te queda mucho por expresar. Que no es congruente ni justo que nos prives de lo que es legítimo esperar de ti, responsable como eres, de nuestra necesidad espiritual como aficionados.

Nunca has toreado tan despacio, tan a gusto, tan reposado, tan en sintonía con lo mejor de ti mismo, en plenitud de facultades físicas, técnicas, artísticas y de ánimo, tal vez lo más frágil, a veces, de tu personalidad.

Yo, como aficionado, como alicantino, no te perdono que hayas dejado de llegar a lo que cabía esperar de ti. Que como el criado descuidado de la parábola evangélica, no hayas desarrollado al máximo tus talentos.

Estabas, y sigues estando, incluso ahora más que nunca, llamado a ser una figura del toreo del relieve de Joselito, Belmonte o Manolete. De las que se cuentan con los dedos de una mano, de Pedro Romero acá. Tendríamos que engañarnos para decir que lo has sido.

Yo creo que no lo has sido porque no has querido. Porque a lo mejor no lo has podido querer. Querer no es sólo un acto de voluntad, sino también de potencia espiritual.

Comprendería que flaqueasen tus fuerzas físicas y que lo tomases en cuenta. Sólo entendería tu determinación sobre la constatación del declive de tus facultades.

No sé qué derecho me asiste a utilizar tu fabuloso presente como bola de cristal para inferir un porvenir que no se te puede imponer. Tu vida, tu familia, tu confort, son realidades de tu absoluta privacidad que nadie puede, ni de lejos, valorar en relación con tu continuidad profesional. Te debes a tu ganado bienestar. Pero también a la Fiesta, a la que no has dado todo lo que podías. Te debes a tus admiradores, que aún esperan mucho de ti. Y, sobre todo, al desarrollo de esos aludidos «talentos», que no pone Dios en todas las manos.

Nos quedamos sin ese muletazo tuyo, con la derecha o con la izquierda, mejor aún con ésta, luego de subir los hombros antes de la oferta del engaño, imposible de ligar, que yo llamo muletazo del Mediterráneo, en cuya disposición para el cite, embarque de la embestida en la bamba, desarrollo central o nudo y terminación alejadísima en torno a la cintura, sin esa bella e infinita sucesión de instantes que parece no tener final, en la que lo recto, tangenciando lo curvo, dibuja la metafórica geometría de tu más alada naturalidad. El muletazo en el que tanto te entregas y destrozas, que te exige volverte a situar casi trabajosamente para el milagro de su repetición. Que acabas despatarrado, ofrecido, partido y roto, como la hembra acabada de alumbrar una vida, porque lo has metido todo en él, intensamente compendiado y perfecto. Perderemos la majeza de tus ayudados por alto y por bajo, de tus trincheras inmensamente hermosas, y de esas raras medias verónicas que a veces subliman tu toreo de capa, por el

que parece que no te has interesado lo suficiente. No te moleste. Manolete, el monstruo, era vulgar con el capote... Que me perdonen tus fanáticos: no me vuelven loco esas chicuelinas llamadas de la escoba, que hizo más altas y airosas Antonio Bienvenida, y has llevado, para mi gusto, a un exceso de retorcimiento amaneradamente brusco. Nos quedamos sin tu austera sevillanía, sin tu rondeñez mediterránea, sin la limpia luz de tu concepto del muleteo, porque las has archivado temprano.

Te queda cuerda, José Mari, Eres más sabio que nunca. Tu afición se ha acrecido y sedimentado. Te has encontrado tanto a ti mismo como ni soñaste lograr. Estás en el camino de alcanzar lo que no quisiste o pudiste por sabe Dios qué causas. Es cruel que nos dejes con la miel en la boca.

Eres. Eres mucho. Pero yo no te querría recordar por lo muchísimo más que estuviste en la magnífica disposición de llegar a ser. No nos prives del don de tu claridad. No rompas tu luminoso espejo. No nos dejes entre la ordinariez, el mimetismo y los «ranking» de «pelúas», todos iguales, aburridamente clonados. No te ha llegado el tiempo. La tuya es una retirada acrónica, intempestiva y extemporánea. Una entrada en la historia precipitada y sin definitividad. Digamos que, extremando la reflexión y conduciéndola, casi, al terreno de lo ético, has cambiado el deber de seguir por el derecho de retirarte. Respetable, pero triste.

Dios te bendiga, José Mari, y haga felices y prósperos todos tus designios. Y ojalá que el primero de ellos te haga volver de tu decisión abandonista. Y te convenza para que sin prisas, sin estresamientos, procedas a la configuración de un razonable epílogo de tu carrera, administrado, selectivo, cuidado, muy bien retribuido y digno. Hay todavía mucho argumento en tu corazón, en tu frente y en el temple de tus pro-

digiosas muñecas. Mucha gracia en el Mediterráneo de tu inspiración.

No eres una magnífica frustración. Tampoco es eso. Pero sí representas el lucro cesante de una estrella de primera magnitud cuyo intenso brillo aún resulta posible en el cielo de la fiesta.

De cualquier modo, maestro, que Dios reparta suerte...

Ángel de la guarda alicantino

Un verso de Caballero Bonald, «la soledad me salva de estar solo», me ha hecho pensar, no se por qué, en mi ángel de la guarda. Yo nunca me he sentido solo. A lo mejor, es por mi ángel de la guarda, esa segunda piel que me envuelve, como una corteza impalpable tejida con los hilos del destino. Esa sombra que proyecto aun cuando no estoy puesto al sol, esa presencia en mi torno, que siento como un aliento tibio en el cogote. Yo, solo, me encuentro con mi compañía, una compañía en que, sin duda, está incluido, haciendo alrededor de mí, de otro yo, mi ángel de la guarda. Mi ángel de la guarda a quien solo dejo de notar cuando duermo, seguro que a mi lado, vigilando mi respiración.

Cada mañana acude a mí con su ramo de sangre, como diría Umbral, con su programa de pulsos para toda la jornada, espiga de proyectos y vaso de ideas, inspirándome el camino, báculo de mis incertidumbres. Con su ramo de sangre, desde un corazón compartido y me dibuja ensueños y me dicta horizontes y me seca las lágrimas de este valle de llantos. Y me apacienta el ánimo y reza con mis labios.

«La soledad me salva de estar solo», dice Bonald en su hermosísimo verso. Su ángel, por lo visto, se llama soledad.

A mí me salva de estar sólo la compañía de mi ángel, tan discreto y humilde que me ayuda a pensar que soy yo mismo quien se acompaña solo.Yo, en mi compañía.

Mi ángel está feliz en mi circunstancia azul. Es el ángel de un hombre levantino, de un privilegiado ser humano que vive frente al mar, entre el confort tibio, claro y luminoso, de una atmósfera acariciante y en una sosegada ciudadanía. Estar dedicado a mí es, en este momento, estar destinado en Alicante, distinción especial para este funcionariado del cielo. Eso, hasta para un ángel, debe ser una circunstancia de alto valor, aunque ellos estén hechos al Paraiso. Un ángel, cumpliendo su misión de custodia junto al Mediterráneo, ese mar clásico, vivero de los ángeles de todas las culturas, mitologías y religiones que han conformado el espíritu del mundo occidental. Yo no he vivido siempre en Alicante y es aquí y ahora, donde más me siento angélicamente concernido. Tengo un ángel en el clima, que agradece mi piel; tengo un ángel en la luz, en la transparencia y en esa inmensidad de belleza azul extendida ante mi vista, premio de mis ojos. Un ángel mojado, plano y resplandeciente. Un ángel de reflejos. Un ángel que se mira en su patria celestial.

Decía Ortega ser él y su circunstancia. Yo, modestamente, corrijo al maestro insigne. Yo soy yo y mi ángel de la guarda. Mi angelical circunstancia. Mi salud, mis ilusiones, mis trabajos y el tierno concierto espacial que los rodea, son como una cuña impersonal de mi ángel. Mi alma, pareja de la suya, quiere a veces remontarse con mi ángel y él, se recoge, modesto, sus plumas, para adecuarse mejor a mis limitaciones. Entonces, con los pies en el suelo, vuelo con sus alas. Y mi fatiga personal se aligera con su naturaleza. Trato de no resultarle un hospedaje incómodo, de serle un aceptable anfitrión. ¡Le debo tanto! Le debo el estar lleno de todo,

cuando, realmente, todo me falta. Si eso no me lo trae mi ángel, ¿quién me lo procura? Mi ángel, esa pequeña y privada sucursal de la Providencia divina. Mi ángel presente, mi ángel amigo, mi ángel fraterno, latiendo en mis muñecas y llevándome de la mano. Ha cuidado mis ojos para el interés de la mirada. Me ha hecho reparar en las mil pequeñas cosas que cantan a Dios en el gran concierto del universo. Me ha movido al amor por la belleza, a la voluntad por el pensamiento y a la pasión por la armonía. Me ha dispuesto, éticamente plástico. Ha modelado moralmente mi condición espiritual, mi ángel ético, mi ángel estético, mi ángel razonable, mi ángel angélico. Qué desvalido quien no sienta su ángel y cuan desgraciado quien lo haya perdido. Yo, sin mi ángel, sería un suicida. Con mi ángel, mínimamente, al menos, me siento una torpe criatura que en su mísera condición reproduce a su Creador. Corta y triste imagen y semejanza, que el bueno de mi ángel se empeña en pulir y adecentar. Cada mañana me lo incorporo como una mochila teológica y salgo a la vida lleno de esperanza. Mi ángel es como una ortopedia divina que me hace posible el tránsito. Trabajo en la viña del Señor, hago el Reino, a mi modo, y él me limpia el sudor y me cubre con sus alas imperceptibles.

Creo que nos entendemos maravillosamente. Porque lo tengo presente, porque pienso en él, porque quiero sentirlo cerca y a mí alrededor. Porque trato de devolverle la fidelidad que me profesa. Noto a mi ángel como a una doble presencia de Dios en mi y, en la escasa medida de mis posibilidades, deseo corresponder al Padre y a su enviado, al amoroso custodio con que me distingue. Yo soy la sombra de mi ángel. Él es toda mi luz. Cuantas veces habrá tenido que taparse la nariz para estar dentro de mí, sin asco, ante mis pequeñas flaquezas miserables de torpe pecador. Pero ahí sigue, leal, con-

tumaz, fiel, tirando de mí hacia arriba, intentando santificar mi pobre naturaleza.

Estoy en deuda con mi ángel providente, con mi guardaespaldas personal, con ese etéreo y delicado «gorila» blanco, transparente y con alas, con esa silueta evanescente aferrada a mis bordes, que pone el estilo donde yo pretendo el argumento, yo, cobijado en él y él utilizándome de coyuntural morada. Emparejados, hacemos casi de aproximado semidiós, en un definitivo acoplamiento interino, como si una suave gasa me barnizase periféricamente. Le estoy obligado y él, en cierto modo, lo estará conmigo o con quien lo destinó a mi lado. Porque le ha correspondido ejercer su angelismo amistoso y protector, nada menos que en Alicante. Traigo a mi ángel como una medalla difusa que se llevase alrededor del alma. Un ángel blanco y azul. Un ángel que ya es alicantino. Que es como ser mas ángel...

El mar de medio luto

Se hace raro un día gris junto al Mediterráneo. Es como si lo rubio se hubiera vuelto cano. El mar tiene un azul como entre verde y plomo y solo son iguales, de blancas y rizadas, las olas, más inquietas que cuando el sol las calma.

El mar de arriba, gris, casi negro y burraco, ya no mira al espejo del mar azul de abajo. El cielo ya no es cielo; está lanudo y denso como una tripa de asno. Y allá en el horizonte, el diedro ya no juega a binomio de azules, con un plano añil mate y otro plano grisáceo. No hay reflejos, no hay brillos, no hay deslumbres hostiles al ojo enamorado. Falta algo en el paisaje, blanco, azul y amarillo, rabioso en sus esmaltes. Todo tiene el color del agua en que se enjuagan los pinceles lavados, al volver a la caja, luego de la acuarela. Un color de agua sucia, descolor de colores, cromático recuerdo del polvo y la basura.

San Juan parece Holanda, o Dinamarca o Bélgica y lo que nos trajeron latinos y atenienses, fenicios y judíos, ofrece el gesto airado, hostil e inconfortable, de una barbarie goda, germánica y de frío.

Un día gris en la costa, esa que llaman Blanca, es como un despilfarro, dinero mal gastado, ocasión meteórica que

Dios no ha administrado, un día menos día, un crepúsculo largo, precoz y continuado, un día de cualquier parte, menos mediterráneo, pena del universo, paraíso invertido y proyecto frustrado.

La palmera se extraña y su verde clamor ya no encuentra en lo alto retórico destino para sus voces verdes en forma de cuchillo, atascado el azul, revestido de asfalto como un ancho camino. Tiembla la buganvilla y hasta duda el geranio, mientras se adapta, incómoda, la adelfa, al medio luto del entorno cambiado. Cementerio de arena la playa de la luz, los chiringuitos muertos, plegadas las tumbonas y yo, paseando solo, robinsón de mis sueños, sin encontrar mas huellas que las mías de ida, cuando voy de regreso.

El mar de los reflejos se ha hecho viejo en un día y ha convertido en plomo mi campo de zafiros, mis espumas de plata, mi liquidez de gemas como lunares móviles en la bata de una hembra de morenas hechuras, el vaivén de espejuelos de la luz reflejada, todo nácar y brillos, bajo el oro del sol. La calderilla vieja de este día nublado, todo lo ha empobrecido, malversado y desierto. Hoy es un día triste, muy poco alicantino, un día tonto y mostrenco en que el mar no es marino, en que el mar es marengo. Hoy es un día del Norte en nuestro Sur fenicio, hoy está triste el alma porque no está en su sitio.

Un tono funeral ha desplazado al aura del paraíso en que huelgo y un agüero ventoso a la brisa tan leve que besa, de suave. Todo está ceniciento, todo acolchado y muerto, todo cuanto brillaba, fastidio, pesadumbre, mogollón de tristeza, materia de un mal sueño.

El azul de la mar, el azul de los cielos, el blanco de la espuma, el oro de la arena, el sol radiante, en lo alto, como un

insulto recio, amarillo violento, casi un grito de fuego, todo como revuelto en el color sombrío del agua residual, del dolor y el desorden, de lo caduco y viejo. Mediterráneo gris, falso Mediterráneo, Mediterráneo apócrifo, mentido mar no nuestro, Mediterráneo adusto, Mediterráneo fiero, como un bello zafiro recubierto de hierro. Mediterráneo hermoso, amistoso y gentil, ahora distante y rudo, áspero y enojado, conjunto de colores disueltos en el gris.

La sombra se ha adueñado del área de la luz y el pájaro del agua, la gaviota quebrada, no destaca en un fondo de su propio color, hecha a escribir su vuelo entre azules inmensos, de paralelo amor. Hoy, la pobre gaviota, en un cielo entonado, entre un color gaviota, hasta vuela peor. Y uno experimenta una nostalgia próxima, sin lejanía, inmediata. Una nostalgia coja de propios ingredientes, falta de lo que la hace legítima morriña. Todo está ahí, es cierto, pero ya no es como era, ya no es eso, no es eso...

Trinidad de la palabra

Nos debe el castellano tres aportaciones excepcionales. Las palabras combinadas de tres alicantinos irreductibles a homologación provincial identificadora. Sin común denominador diferencial, como no sea desde el absoluto de sus distancias y la cantidad de belleza, que, usándolo, nos han legado.

Azorín, Miró, Hernández. El de Alicante, el de Monóvar y el de Orihuela. Los tres unidos por una línea que empieza en el mar y llega casi hasta Murcia, pasando por Monóvar donde se quiebra un tanto hacia Orihuela.

Azorín, el de los paraguas rojos que empieza «epatando», a un Madrid casi decimonónico, gordo y bien portado, y acaba en señor seco y tenue, momificado y pulcro, que se aficiona al cine diario como las beatas al rosario y dice de Gary Cooper que es el vivo retrato del campesino manchego.

Un hombre que acaba siendo su propio perfil, enflaquecido como su prosa, puro espíritu en el que hasta parece que sobra la carne de la tinta.

Miró, con sus ojos de estatua, de un azul claro e inexpresivo y la cabeza wildeana, orfebre de la prosa, enamorado

de la palabra, con pena de sacrificarla en persecución de la esencia.

Azorín quitaba sin piedad hasta quedarse en la médula del texto. Miró no sería capaz de sacrificar porción alguna de su hermosura, por prurito de selección expresiva. Para que brillase el hueso, no consideraba legítmo prescindir de la morbidez de la carne. Para Miró, el paisaje estaba lleno de cosas. Para Azorín, de minucias e interioridades. No precisaba ornamentarlas. Quería sólo la palabra. La nuda palabra. Y a empujoncitos. Descansando después de cada leve período. Se trata de dos entendimientos de la palabra como herramienta y materia. Azorín, como Jacometti, quita y arranca. Miró no añade, pero respeta y conserva, Azorín economiza. Miró invierte.

Expresándolo en estilos arquitectónicos, Azorín es románico por su recio apego a la realidad mínima y diaria –los orteguianos «primores de lo vulgar»–, y gótico por su afilada ascensión, desde casi el silencio de la parvedad al cielo de la máxima concreción y la pura esencia. Hasta en lo personal, románico en sus comienzos de monovero de buen año y gótico al final, espiritado y frágil.

Miró ni románico ni gótico, tampoco es barroco. Barrocos son Quevedo y Góngora. Miró, de ser algo, es plateresco y modernista, con ese regusto floral catalán, de desvaídas vegetalidades arborescentes. No añade. No enreda. No retuerce. Simplemente acicala cada reflejo del prisma de la realidad, enamorándose de ella. Tan enamorado que antes que desnudarla de nada, rompería la pluma con la que la honra y sublima. Dos señores, dos hombres de instalada clase media, dos grandes alicantinos y un doble prodigio, cuantitativa y cualitativamente inasimilables para la lengua española. Y en Orihuela, el pastorcito, el hombre sencillo y pobre, pueblo

pueblo, tocado por la gracia para hacer música con las palabras. Un autodidacta en quien germina la vida en forma de lirismo, desde la virgiliana rusticidad hasta casi el misticismo de la elegía al compañero del alma y la exaltación paternal del hambre y la soledad de las que se han llamado las nanas de la cebolla, que el no tituló así. Azorín ciudad. Miró campo. Miguel huerta. Azorín simple violeta. Miró rosa estallante, Hernández, geranio humilde.

Prosa esquemática, casi científica, destilada y transparente, Azorín. Prosa brillante, jardín de palabras, universo de luz, Mediterráneo a borbotones, Miró. Poesía terrenal, sencilla, próxima, doméstica, el grandioso obrerito chato, feo, de cabeza vulgar. Qué lejos del Miró hombre guapo, raya en medio, corbata de lazo, señorón metropolitano, o del amojamado espíritu, ya madrileño, que iba al cine y publicaba en ABC artículos como telegramas. Aspecto pobre y ordinario, calamitoso, enfermo, preso y muerto entre la miseria.

Alicante tiene en estos tres artífices del castellano, una porción enorme del honor de la lengua. En el que quitaba, en busca de la última almendra intelectual del texto. En el que bruñía, sin restar ni añadir, lo que hay, el monte, el cielo, el árbol, el pájaro, fabricando horizontes de belleza no igualada. Y en el que hizo de su breve vida una cruz de hermosísima sintonización con el pueblo y las cosas, pasándolas por el corazón y devolviéndolas sacralizadas, hechas expresión de amor y vida, de angustia y amistad, de horror y muerte. Trinidad gloriosa, Alicante en alto, el español en el cielo. Azorín microfotografia lo mínimo y callado, en blanco y negro, Miró refleja lo envolvente y deslumbrador a todo color, metiendo en la reproducción brisas y olores, como en una tercera dimensión plástica. Y Miguel transfiere una visión ocre y sangre, de honradez doméstica y grandeza de alma. Hablan

tres idiomas distintos en una misma lengua. Azorín, con pureza económica, pudor en el verbo, ética de la contención, fervor por el detalle, rey de lo mínimo. Miró, reflejo suficiente y apasionado, placer del ojo en el roce de la mirada sensual con cada elemento del entorno, paisaje horizontal expresado en voces que cantan, oran, dibujan y consagran. Perfume, sabor, reverberación. Miguel, la tierra y el amor, los callos del cielo estrellado de sus manos útiles, la dura faena y la caricia tierna. Jugo del trabajo y la sangre, el sudor y la angustia. Azorín espíritu. Miró naturaleza. Miguel materia trascendida. Azorín, afilado, vertical, era su prosa con sombrero. Miró llevaba en los ojos los del rostro y los del alma, los azules de su tierra y su cielo y su mar. Hernández, terrizo e interiorado, era como una ilusión a la sombra de una higuera.

Jorge Juan

Jorge Juan, el mejor de los nuestros, es un noveldero coyuntural. Hay un estar de paso, que no vincula con el espacio concernido, y hay un nacer de paso, que relaciona para siempre con el lugar del acontecimiento. Estar apareja una noción transitiva y nacer, una identificación para la eternidad. Se nace donde Dios le deja caer a uno en el universo. Jorge Juan nació donde su madre, en camino, se puso de parto. De parto biológico, en Novelda y providencialmente, de parte de nuestro lugar y paisaje.

Hay destinos de la sangre, los clanes interminables, entre nosotros, de Abades, Salas, Navarros, Seguras, Cantós, Sellés, novelderos por la empecinada acumulación de las generaciones, por la reiteración de los cromosomas, que determinan como somos, los cromosomas, arraigados y fieles a la tierra. Y hay destinos de la oportunidad, diríase que estos, mas destino que ningún otro, destinos por excelencia, debidos a la espontánea y no inducida acción del azar. A este segundo linaje de hado, debemos la feliz circunstancia de la filiación noveldera de nuestro ilustre paisano. Jorge Juan no es de Novelda porque lo proyectase, en cascada genética adaptada al terreno, la escala de sus antepasados. Jorge Juan fue

y es de Novelda, como los reyes dan rostro a las monedas, por la gracia de Dios, cuyos destinos, que también Dios los tiene y promueve, son inescrutables, según afirmación de los teólogos.

Jorge Juan, cuatro sílabas entre nombre y apellido, que también lo parece, título de Instituto de enseñanza media y patronímico de buque de la Armada, sabio entre mercaderes y empresarios, matemático donde se calcula a ojo profesional (el famoso «alfarrasar» agrícola, a estima ocular), y marino de secano. Icono en bronce para el pueblo llano, enfrentado a la fachada del Ayuntamiento, él, tan justo y milimétrico, ante un reloj municipal, cuando no parado, reñido con la hora exacta. Varado en medio de la Plaza Vieja, rodeado de palmeras como altas y acuchilladas rosas de los vientos, metálico como las anclas, equidistante del clero, la política, la judicatura y el voluntariado de la Cruz Roja. Es decir, entre las fuerzas vivas de la localidad, con algún que otro banco, nacional y extranjero, sumados al concierto.

Hay un Jorge Juan para la erudición y el ladrillo bibliográfico y hay un Jorge Juan sensación, sentimiento, pulsión y orgullo, más popular que ciudadano y más humano que científico. Es ese el Jorge Juan que me tienta en estas reflexiones que desearía lo más alejadas del documentalismo técnico y la constatación libresca. El Jorge Juan de carne mental de los novelderos sencillos de carne y hueso. Ese Jorge Juan jovencísimo a quien las autoridades académicas de su tiempo, confiaron la medición del mayor de los anillos horizontales del planeta, en Ecuador, la periferia de su preñez telúrica, para establecer, luego, el diezmillonésimo carácter del metro. Aquel Jorge Juan cuya ética era el número y la estela su estilo, en quien Novelda navegaba, acariciando el trigonométrico seno de las olas y estableciendo las coordenadas exac-

tas en que el cielo besa a la mar sobre el sorprendente lirismo del horizonte.

Para los noveldenses, Jorge Juan es una imagen en bronce, con levita y espada, una figura entre de Jovellanos y jacobino de la Convención, para pintada por Goya como el Conde de Aranda. La Ilustración con paletó y el afrancesamiento de los caballeritos de Azcoitia. Esto, en lo físico y figurativo, obviando su real dimensión como remontador de mareas de ecuaciones, espuma de saberes, metal de certidumbres y experimentador de osadas intuiciones. Me gustaría realizar una transposición imaginaria de Jorge Juan a nuestros tiempos inmediatos y localizarlo en las cosas que nos conciernen y han afectado. Habría aplaudido, esperanzado, la proclamación de la última República. Habría aceptado la necesidad quirúrgico/militar del Alzamiento para acabar con los errores y horrores en que aquella desembocó. Habría lamentado la excesiva extensión en el tiempo del posoperatorio de aquella traumática intervención histórica. Y muchas de sus revanchistas manifestaciones. Y, suarista en la Transición, deudor de su pragmática y arriesgada tarea de puente, votaría hoy PP sin grandes entusiasmos. Seria un ciudadano liberal, monárquico por realismo, que no por realeza, y europeísta a ultranza, como buen hombre de la Ilustración, nacional y no nacionalista, español no periférico. Sería socio del Casino, pasaría el verano entre nosotros, de vaqueros y Lacoste y amaría a la enamorada de Cristo que nos patronea, participando con sus paisanos en todos los actos festivos en su honor. A lo mejor, hasta se tomaba, a mediodía, alguna paloma.

Se acomodaría mal, él que venía del deterrminismo newtoniano y la evolución darwinista, a la indeterminación caótica y fractal de la física actual, que admite tanto azar como

el que mueve, caprichosamente, los átomos en un gas. A la incertidumbre de Progenine o la contingencia de Weisemberg para el que «cuanto más comprendemos el universo, menos parece tener significación». Al rigor ultramatemático de don Isaac el de la manzana, frente a la indeterminada superposibilidad de efectos para cada causa del tercer postulado de la Termodinámica. Dios desparramándose por la entropía. La enorme mutabilidad de las evidencias, frente a la evidencia irreductible de la inmutabilidad.

Apeado de pedestales y fundiciones, seria un noveldero más, hijo de la Santa, amigo del blanco y negro, un lujo, para su pueblo, favorecido por la selección que un día practicó la Providencia en el sentido de nacerlo entre nosotros. Sabio «honoral» (vaya adjetivo), como dice la letra de su himno, musicado, creo, por el maestro Ramis. Marino racionalista y calculador, navegante de números y estrellas e interprete de cartas como escenarios para el acompasado baile de los compases. Caminador de nortes sobre sendas de agua.

Lleva como apellido un nombre propio, el del apóstol listo de la tropa de Dios. Apellido/nombre o patronímico que se da, bastante, en Novelda, su pueblo. Un amigo extinto, «Cofia», Raimundo y el ambicioso e inquieto Joaquín, «Caneo» de mal nombre, el de los suministros industriales, lo llevan. Ello le habría permitido ser en USA, Jota Jota, que suena a petrolero de Texas. Mejor que el Chordi Choan que le habría otorgado nuestro ínclito catalanismo desnortado. Pero todo esto, habíamos quedado, era imaginario. Jorge Juan murió a tiempo, en el suyo, de no vivir estas bobadas...

Alicante y primavera

Hace quince mil millones de años empezaron el espacio y el tiempo, y entre ese par de conceptos, lo que somos, todo. Durante microsegundos ardimos a diez mil millones de grados, cuando aún no había ni galaxias, ni estrellas, ni moléculas ni átomos, ni siquiera núcleos de éstos, pero en aquella salsa infernal estaba ya el proyecto de materias de las que hoy mismo estamos constituidos nosotros y nuestra alma. Y el de nuestro vehículo azul, este planeta susceptible de primaveras, y esta tierra nuestra, Alicante, también azul. La primavera es el comienzo telúrico de las cosas físicas. El año empieza en enero, en invierno, el año administrativo, sobre un mundo naturalmente muerto. Pero realmente nace en primavera, con el estallido de todo cuanto vive. En esa primavera que, muchos años de gracia, en Alicante, se nos anticipa, incontenible y precoz. Cuando nacen los pájaros, brotan las flores y el aire se pone dulce y suave como los dedos de una doncella.

No toda España es la «casa de la Primavera», como dijo de Alicante aquel gallego calvo de perfil buído y prosa brillante que se llamó Wenceslao Fernández Flórez. Entre nosotros, junto al Mediterráneo, prácticamente cualquier tiempo

es primavera, si nos salimos del ámbito de lo político, en que también conocimos prolongados inviernos.

La Primavera es la sonrisa del clima, la amistad del sol y la caricia del aire. Dios se ofrece plásticamente hecho olores, sonidos, tonalidades y delicias de la naturaleza, en primavera. La primavera es como un anticipo o recuerdo del paraíso. Un renuevo de aquello que perdió el tonto de Adán. El edén no se entiende si no es como una continua primavera. Fertilidad fecunda, madre planetaria, amor devenido horizonte. Quien no vive cada primavera, otra vez enamorado, es un ciego de la sensibilidad y un manco del espíritu. La sangre ya no se altera, se hace mayor, pero el alma vaya si se hace otra...

Primavera es el trigo matizado de amapolas, en esa plástica y paisajística primera edición de la Eucaristía, en lo más precozmente alegórico del simbolismo litúrgico, como goterones de sangre sobre el grano futuro, aún verde, que será la carne de Cristo, junto a las vides ya retoñadas para el complementario elemento de la transubstanciación.

Mi primavera es como un mundo de hombre: la tierra, madre, la atmósfera, novia, y el ámbito, beso. Como una inmensa y respetiva geografía de belleza y ternura. Es regazo, sabe a sonrisa, huele a tibieza y se siente caricia. La incitación, el reclamo y el celo del universo hembra que te entra por todos los sentidos. Como un estado de excitación genésica, envolvente, múltiple y armonioso. Mi Alicante azul es todo primavera. La primavera es azul y el azul es primavera. La primavera es mi patria. Mi patria chica y mi patria personal. Yo nací un 8 de mayo, como Jaime Campmany, el Dante y Joselito El Gallo. La patria de mis ojos, mi piel y hasta la corteza íntima de mi alma. Soy, como alicantino, una suerte de titular de una primavera dentro de otra. Un poco como aque-

llo que nos enseñaban en el bachillerato, del «teatro dentro del teatro», cuando tocaba Tamayo y Baus. Primavera en el paisaje, en la sangre y hasta en la nueva realidad de nuestra vida pública.

Felicidad de la materia, ética de la sintonización con el entorno, mística del arrobo de las sustancias, oración infinita de la creación en pleno... La tierra, dispuesta, se siente visitada por la inspiración y la gracia. Santa Teresa decía: «Todo es nada». En la primavera, nada es todo, cada mínima porción de nada es un todo de interesada hermosura, destello, reflejo y trascendencia. Todo se convierte en general arrobamiento, en aquello que San Vicente Ferrer llamaba «rabiamiento». Que nadie nos venda más humaredas. Salgamos de nuestra condición pardala. Que el criterio de nuestra nueva ciencia política consista en la honesta adecuación a la verdad posible e indispensable. Y que lo veamos. Viva la primavera... Primavera, «Luz de luz», como llamó a Dios Plotino. Manivela y bisagra de las puertas del aire. Verso único del tiempo en el que se contiene todo el universo. Madrigal de urgencia a la obra de Dios. Bendito paréntesis entre rigores, atemperado, frío y atibiado calor.

Miguelismo

Era Miguel como un diamante puro enterrado en el barro, flor que no cuaja en fruto, destino austero de segunda mano. Miguel era como una rosa espléndida con capullo de cardo, una prieta alcachofa jugando a corazón, gris hasta en lo más rojo y casi metálico el solapado de sus ceñidos pétalos. La maravilla gris de un destino atenuado.

Ruiseñor en jaula de hombre, apagado y opaco. Un pastor bueno, con gorro de miliciano, y el averiado mauser en lugar de cayado. Estatura pequeña, de mal alimentado, con la hermosura chata del hombrecillo honrado, toda la aristrocracia por dentro, avergonzada...

Miguel era un invierno mal injertado en Mayo, herida primavera, final anticipado entre hierros enfermos y vómitos de grana como rubíes maltrechos en fiebre salpicados... Obrero de mil lunas, huertano de prodigios, entre el Segura fértil y el próximo secano, trabajador honesto, hombre de poca cosa...

Rayo que no deslumbra, de apagado y de blando, sin aparato eléctrico, curvilíneo, atrapado, con su violencia macho hecha caricia frágil y canción delicada la ocasión del vil taco. Miguel, que transcendía las cabras en gacelas, la pana

de la púrpura sobre abarcas neumáticas, escribiendo en lo suelto de la tierra, las marcas paralelas del caucho residual de viejos michelines.

Miguel, Shakespeare palurdo y aldeano, donde aquel cisne, del Segura pato, más ceñido al terreno y a la vida, mate el brillo del vate pueblerino. Orihuela su Atenas y su Delfos, poeta desclasado entrándole al Parnaso por la puerta de atrás. Sin aparato, Alberti, Federico sin folclore, Salinas ciego de luces, Guillén de cántico bajo, redondo y como de a diario, Unamuno sin tragedia, Cernuda en alpargatas, Aleixándre privado de alejandrinos, Gerardo pardo y plano, paisano, apaisanado, Juan Ramón en camiseta, con mono en vez de batín, Machado machacado, sin caspa ni sombrero...Querubín entre ángeles, arcángel real de aquel veintisiete burgués de tantos ojos claros (Gerardo, Aleixándre, Rosales). Veintisiete incompleto, treinta y seis lleno, cuarenta y dos mortal, Miguel eterno, raro Miguel unánime, hombre en su cielo previo, fuera del tiempo... Garcilaso con roña, nada italiano, gorrión que canta hermoso, ruiseñor ordinario, desclasado el plumaje de su primor sonoro... Antología de trapo, poemas secos, romances del amor y de la muerte, cuna de la palabra más señera. Pobre de no pedir, pobre discreto, humilde dignidad de proletario, rico de sueños, automecenas justo y suficiente, que se financia solo lo más bello...Miguel del sitio y de la tierra propia, entre el ajo y la ñora, barro de pimentón, pálido de estrechuras, cateto universal, pueblo del pueblo. Miguel del algarrobo de retorcidas cintas, Miguel sombra de higuera, hortiga que acaricia, de terciopelo el tacto, capullo sin ser rosa, viejo sin tener años, flor con deber de fruto, arrancada a destiempo para entrar en el luto...

Miguel entre esplendores devaluado, Miguel luciendo brillos en lo apagado.

Miguel el hombre bueno entre los malvados. Poeta hecho soldado sin bélico atributo. Soldado hecho político, sin ningún pulso público. Político de emblema, fuera de cacho... Miguel de los migueles de pocos años, frustración de la gloria, dios entre harapos, inspiración del viento, voz del arado, canción entre la brisa, razón del campo, del campo aún no santo pero marcado, tristeza de la muerte, pasión de saco. Miguel el varón bueno, el poeta exacto, tallador de palabras, orfebre claro, arcángel de la rima, alas labradas, perfumador de surcos, versos de arcilla, estrofas entre piedras, poemas de tierra hendida, poesía de cardos bruscos trascendidos en nardos, joyas del gusto.

Miguel tomillo, hinojo, morera, seda, cohombro y tomatera, pan y cebolla. Miguel entre la umbría y la solanera, la colina suave, la hostil chumbera. Oliendo a tierra húmeda, campo inundado, lluvia recién caída, polvo mojado... A cosa natural, limpia y sencilla, amaneceres puros, ocasos claros, horizontes violetas, albas de raso.

Miguel que ve capullos en la alcachofa, que cuaja de magnolias la agreste higuera y ve semanas santas brillantes, plenas, satinando la piel de la berenjena. Miguel que hace universos entre hierbajos, universos de versos. Miguel, ciprés chaparro en pobre cementerio. Botijo en cristal bohemio y tinaja de Sevrers, brillo en los más opaco, luz entre lo apagado, mata que da sin cuido, milagro manso...

La navaja de su voz se hacía daga florentina cortándose el pan del verso, cuando llora la cebolla lágrimas de lirio excelso, cuando muerde el alpicoz y la sandía le sangra por la húmeda comisura un agua rosa dulzona. Como un geranio roto, como un jazmín ajado, Miguel sabe a tomate mordido junto al río, a panocha tostada, amarillos los dientes que ha ennegrecido el fuego, a pelo de membrillo, a granada agrie-

tada, como vulva oferente de una legión de clítoris, pan, aceite y tomate y aceitunas amargas.

Delfín cateto, príncipe hortelano, hombrecillo menudo de palabra apolínea, juglar rústico y tenso, insigne bardo pardo. Miguel, cuyas cebollas, manan caminos lácteos, éticas de la estética, humana eucaristía. Miguel a orillas de todo, a orillitas, a orihúelas, de la gloria, del mito, del milagro, austero rostro obrero de albañil o mecánico, rostro de soles múltiples y rocíos tempranos, de patata arrancada, como dijera Alberti, seda de esparto, Garcilaso villano, vate de sindicato. A orillas de mi alma y junto a mi recuerdo.

Miguelismo he llamado a este llanto de hombre, a este honor que te brindo, desordenado y tibio, Miguel Hernández nuestro, Miguel Hernández mío...

Manzanares y Esplá

Jugando un poco a Plutarco local y taurino, uno ve así las vidas, evidentemente no paralelas, de nuestros dos grandes toreros alicantinos coetáneos.

Manzanares sería el maestro. Torero de toreros lo han llamado, calificación que no me llena. Manzanares el maestro; Esplá, el magisterio. Que no es lo mismo enseñar que estar doctorado, ni ser profesor que enseñante.

El toreo de Manzanares es lírico. El de Esplá épico. Manzanares torea por metáforas, versifica con los engaños, llena la plaza de flores más que técnicas, sugestivas y encantadoras. Esplá, por silogismos y ecuaciones, cubriendo de espectáculo y fervor el pragmatismo y la eficacia. En Manzanares se asiste al sosiego de la creación, al desmayo del trance, a la casi extenuación de la belleza. En Esplá, al dinamismo espectacular de la lidia, llena de variación, repertorio y esplendidez atlética. A la tensión graciosa contra suma violencia, a la seguridad, la garantía y la solvencia. Esplá es liturgia en movimiento y Manzanares, mística al ralentí. Están, han sabido estar, con una selectiva y distante discreción, no reñida con el compañerismo, pero, en cierto modo, como a distintos niveles y, por lo tanto, sin posible competencia, gra-

cias a Dios, al margen de todo tino-pacorrismo de incontrolada pasión popular. Son como dos conceptos del toreo que van por libre, absolutamente distintos, extraordinariamente interesantes y del todo complementarios. Casi podría decirse que Esplá es lo que falta a Manzanares para haber llegado a ser lo que, por lo que sea, no ha podido o no ha querido o no ha podido querer, y que Manzanares, un toque de «manzanarismo», es lo que habría hecho falta a Esplá para brillar a cotas de apreciación artística que se le han negado, etiquetado nada más y nada menos que como gran maestro, lidiador, técnico, profesional, pero sin ese mínimo pellizco de inspirada duda y sorpresa que distingue a los ungidos para la más alta sugestión seductora de los aficionados.

Técnico, variado, atlético y profesional, Esplá. Sosegado y oficiante en gracia, Manzanares. Ambos capaces de apasionar y hacer vibrar al espectador por distintos registros. Manzanares invita a una comunión espiritual que no suscita Luis Francisco, y éste te introduce en una teoría del poder, la técnica y la destreza, desarrolladas sobre la urdimbre de una riqueza de recursos que no se dan, no ya en José Mari, sino ni en la inmensa mayoría de los compañeros del escalafón. José Mari unge la plaza y la vuelve loca. Esplá sabe estar en ella mejor que José Mari y como nadie. La llena de peste a torero. Y la vive en todos sus tercios y momentos, pendiente desde el paseillo al último arrastre, de cuanto acontece en el recinto que es su taller, su estudio, su escuela, su asunto profesional.

No estamos ante el caso del artista y el artesano. Sería estúpido generalizar hasta ese reduccionismo, simplista e injusto. Se trata de dos concepciones artísticas y técnicas de distinta naturaleza. Manzanares hace más bellas las cosas; Luis Francisco las hace más bien. En principio, Manzanares

estaría vinculado con la calidad y Luis Francisco con la cantidad. Cantidad cualitativa en Esplá y calidad cuantiosa en Manzanares. La belleza es corta. La destreza es larga. Así como la destreza no es fea y la belleza es hábil.

Manzanares es plástico donde Luis Francisco es práctico. Esplá les anda mejor a los toros, anda más suelto con ellos, se sale con más desenvoltura de los lances y encuentros. Tiene un toreo de pies y brazos y, sobre todo, de cabeza, más solvente, diversificado y dinámico. José Mari los espera, los cita, los recibe, los embarca, acompaña y despide, detrás de la cintura, en un muletazo fuera del tiempo, en que juega como eje personal, inamovible, lleno de profundidad y luz.

Simplificando hasta casi lo pueril, Manzanares hace las cosas más hermosas y Esplá las hace mejor. Esplá es el toreo de la personalidad comunicativo, alegre y participado. Hace las cosas que no hacen los demás. Es más clásico y ortodoxo. Sabe a rancio en su juvenil frescura y movilidad. Está en la plaza como los otros no saben estar. Se cuida de detalles que para los demás ni cuentan. En definitiva, hace del rito una profesión, y de la profesión una liturgia. Completo, variado, suficiente y capaz. Manzanares, más recogido en la pretensión, más descuidado en las formas protocolarias y clásicas, es, en lo que produce, intenso, profundísimo y monumental. Hace estremecerse los cimientos del alma. No divierte ni distrae. Emociona y arrastra. Conmueve hasta casi el delirio. En Luis Francisco hay más circo y en José Mari más sentido sacrificial. Bambino pone inteligencia en donde el de Santa Cruz rebosa sentimiento. Repito que dicen que es un torero para toreros. Y que no me gusta. Para mí, el torero para toreros podría ser precisamente Esplá. Manzanares sería un torero para ángeles.

La playa innumerable

La tierra hace un bostezo con una boca extrema, tenaza abierta al este, alineada, uniforme, que va desde El Campello, con sus montes al norte, a las colinas breves tendidas hacia el sur, del Cabo de Las Huertas, que cierra el horizonte, grandiosa horquilla azul bajo un cielo de azogue, el «caeroleus» latino, el índigo más digno, el añil de los dioses. Espacio ancho y largo abierto a frescas brisas, el mar mucho más mar que en ninguna otra bahía, y la playa mas playa, el espacio más hondo, el viento más valiente y lo alto más hermoso. Las nubes como oleaje de otro mar cenital, con un cobalto hermano, purísima lo excelso y casi nazareno lo ultramarino raso.

La playa de San Juan, mi horizonte y mi gozo. Hay calas prodigiosas, cálidas albuferas, golfos encantadores, como lagos abiertos. Hay millones de enclaves en que el mar y la tierra producen maravillas confortables y amables. Pero un playón tan fuerte, una bahía tan grande, un abrazo a la mar tan recio y entrañable, solo se da en San Juan, en San Juan de Alicante, en la bahía más amplia de esta mar, nuestra madre, limpia línea de agua sin accidente alguno, recta invariable y tensa como trazada a cuerda, labio de arena enorme sonrién-

dole a la espuma, beso de geografía infinito y mojado que le da el suelo seco al liquido salado, telúrica violencia con valor de caricia. Mar rinconcito ameno en tanta cala chica y en San Juan, un abismo, como un roto en el mapa y un desgarro en la costa, en que el alma se sume y disfruta, atrevida, su perfil de grandeza.

La playa de las playas, la Biblia de las olas, el Este que se pierde hacia Cristo y la Historia, entre el eco continuo del murmullo que cantan, zafiro el cementerio y nácar en la boca, miles de caracolas.

Cuando yo ya no cuente, me gustaría ser parte de este agua y esta arena. Tener tan vasta cripta y ser tan poco en ella. Perderme al sol y al mar, seguir siendo en lo que amo, como algo natural, natural la ceniza, otra vez mineral. Y que esta sea mi playa hasta la eternidad. En ella, la materia, mínima y residual y el alma muy arriba, en la cuarta estación de un viacrucis de estrellas que te encuentre a la madre, la primera gran playa, personal, de la vida, la playa del regazo, la canción y el arrullo, la playa de los ojos y palabra primeras y, abajo, la postrera, descanso y cabecera.

Mi playa de San Juan, tan imponente y macho, tan brava y tan cabal, nada domesticada y tan poco social, tan fuertemente bella, impresionante y seria, tan dignamente mar. Tan azul y tan blanca, tan como un estandarte tendido en los confines, del blasón de Alicante. San Juan de norte a sur, con España al oeste y al este la cultura, la religión y el arte, la justicia, el saber y el sagrado latín que sirve para hablarle, como lo estoy haciendo, en este alto romance, la mejor de sus ramas, el castellano espléndido del Cid, que también hubo en estas playas lances...

San Juan mi casa actual, San Juan mi panorama, San Juan la luz que me hace abrir, cada mañana, los ojos a sus aguas, mi escenario soñado durante mucha vida, mi hogar de estas jornadas que Dios procure largas, siquiera la mitad de las que discurrieron con otros horizontes detrás de mis ventanas. Mi San Juan de Alicante, mi rincón de azul prieto, suavizado en el cielo. Mi ecológico encanto, mi teología pagana, Dios inscrito en el centro. La lágrima más grande que ha llorado el planeta, el costado más amplio de la «millor terreta», este San Juan que te hace más plenamente hombre, mas fuerte alicantino, más humilde en el teatro de una naturaleza aplastante y amiga, pequeño ante su exceso, mayor al comprenderlo y dar gracias al Cielo por solo merecerlo.

San Juan, playa de playas, universo de arena, inmensidad de brillo como noche invertida, con millones de estrellas, batallones de espuma en legiones regladas, que rugen cuando chocan sus espadas de sal. Alicante y San Juan y de San Juan, al cielo. Con perdón de Madrid, que tampoco es mal suelo, mi otra playa del alma, mi otro tirón del cuerpo...

Tabarca asignatura pendiente

La isla de Tabarca es como un grano que le ha salido a Alicante al sur, en medio del mar. Una verruga de tierra y piedra, a nueve millas, en el camino de África. Como un apeadero inmediato que nos reproduce en pequeño, Tabarca, milagro geográfico que ve Alicante en los días claros, cuando se asoma al mar en forma de pequeño relieve de fantasía, interrumpiendo el rigor rectilíneo del horizonte. Es, paradójicamente, una salpicadura de tierra sobre el mar, una mancha emergente entre lo fluido, a equis grados concretos de emoción, aventura y belleza, en el juego de meridianos y paralelos con que escriben su lírica de situación esa clase de poetas de la singladura que llamamos los hombres de la mar. Archivo espacial de geografía política y de historia étnica diferenciada y sucesiva, la remota Planesia griega –isla engañosa en su traducción– y Plumbaria, ya citada por Estrabón, la Alones Ínsula, Planaria también en la viciosa derivación latina de la griega Planesia y por lo llana, luego isla de Santa Pola y San Pablo y, después, desde 1770, Nueva Tabarca, al ser repoblada por Carlos III con los ex cautivos genoveses traídos de la Tabarka tunecina, los Carrosino, Ferrara, Capriata, Buzo, Columbo, Cretadoro, Ferrandi, Sarti, Casteli, Groso, Gie-

ra, Leoni, Marconaro, Marino, Jacopino, Noli, Milelire, Cherra, Pelegrina, etcétera, hasta la Tabarca por fin de nuestros días. Plumbaria porque tiene unas rocas de color verde-gris marengo, Planaria por lo lisa y llana, Alones por el incierto nombre con que se piensa que se conoció Alicante en la antigüedad.

Rincón nuestro al que la tradición ha traído al apóstol San Pablo el de las cartas, aquel viajante de comercio de Cristo que se cayó del caballo para recorrer a pie y por mar todas las orillas del Mediterráneo haciendo al Dios Hombre el mejor marketing epistolar y boca a boca.

Uno no se explica muy bien cómo Carlos III y los pobres tabarkinos de allá, sufridos y agraviados, tuvieron el humor de llamar a la isla de San Pablo de aquí, del mismo modo, sin K, y precedido de la palabra «Nueva». No sabían que con ello presagiaban siglos de abandonos, olvidos y hasta hambrunas, como si sólo hubieran cambiado de porción de África.

La isla, probablemente ibera y cartaginesa, ciertamente romana, mora y española –e italiana por su gente–, además de conocida por los griegos, con su ciudad de tres puertas, la de La Tierra, de Alicante, o de San Miguel, al Norte; la de San Rafael al Este y la de San Gabriel al Oeste, de las tres puertas y de las más gentes, es la ciudad de la puerta de mi ilusión, desde niño, de mi amor y de mi esperanza.

A uno le gustaría contar con las dotes de persuasión de aquel apóstol escribidor y misionero, claro que para ello tendría que ser santo y estar a muchas millas de esa isla íntima y personal del carácter y de la gracia, para evangelizar, en lo civil, político, económico y administrativo, a propósito de las posibilidades de esa isla en la que considera que los alicantinos tenemos un deber casi de reconstrucción del Paraíso.

Pienso que cada peseta metida en esa isla se nos multiplicaría por cien, como convierte la buena semilla un grano en muchas espigas.

Insisto en que ahí está nuestro verdadero palacio pendiente. No en la pendiente de ningún monte local. Un palacio de reales naves arriba e increíbles naves abajo, en las posibilidades inmensas, organizadamente ecológicas, deportivas, científicas, lúdicas y pesqueras de sus riquísimos alrededores marinos. La imaginación, el respeto, la industria y el interés legítimo por lo propio podrían convertir a esta isla del mundo, ahora sólo mínimamente alicantina, en un lugar de atracción universal. Pienso que la Administración que tiene gratis y regalada por el cielo, no sólo disponible sino hasta exigente y satisfecha, una isla increíble con un progreso inscrito incalculable. Recuérdese que el disparatado alcalde de Marbella pretendió construirse una artificial, para aumentar los atractivos turísticos de su ciudad.

Le debemos nuestro amor y atención y hasta ahora no hemos hecho mucho más que tomarle el pelo a esos alicantinos que vinieron de Génova vía la original Tabarka de Túnez. Para Tabarca no hay socialistas ni populares. Hay su isla y el Ayuntamiento de Alicante, que es su Ayuntamiento. Para mí lo que hay es el sueño y la fantasía por un lado, la realidad de una importantísima asignatura pendiente por otro, y por último, la ciega, torpe y tortugueante burocracia de los políticos.

Qué más quisiera yo que poder hablar de Tabarca como lo hacía de Cristo su santo patrón, aquel llamado Saulo antes de pasar a proto-apóstol especializado en propaganda teológica.

No sé si será cierto que anduvo por nuestras costas. Santa Pola se llama así por él y la tradición que le atribuye una

visita a estas tierras y estos mares. Si lo es, a él encomiendo mi sincero interés y devoción por el proyecto y las legítimas pretensiones de mis hermanos isleños, estos señores que cosechaban corales en aguas de Túnez.

Bellísima Tabarca, rodeada de azul por todas partes, desde la bóveda del cielo hasta el zafiro líquido de la mar en torno. Tabarca de las olas y los vientos, de la espuma y el rumor salado, de la eslora y el ancla, de los hombres y las redes y el sol alto y completo y la noche enterísima.

Mini Alicante hermoso, próximo y un tanto olvidado. No puede separarnos de vosotros un pequeño estrecho oficial y político. Desde los despachos no se ve el mar. La moqueta hace olvidar la arena. Y con el papel sólo se pueden hacer barquitos que no navegan. Vivir en una isla es un tanto como estar en la cárcel. Aislados. Con barrotes de agua. Con rejas de límite geográfico. Alicante debe a Tabarca un istmo de cariño y cuidado. Una peninsularización administrativa y social. Tengamos esperanza. Con lo que esté en mi mano, en mi pluma, que es poco, contad, queridos tabarquinos...

Atípico villancico

Alicante entre dos cielos, azul Virgen el de arriba, y azul marino el del suelo... Alicante entre las olas, Alicante entre los montes, sur de mar, norte de rocas, y estrella de los colores... Alicante en el zafiro tan guarnecido de plata, en su azul de los azules y su joyería blanca... Alicante cielo añil con algodones dispersos, Alicante mar azul de nacarados inciertos... Alicante entre palmeras como un camino de salvas, alineadas como espadas para honor de las miradas... Alicante entre jazmines, entre palmeras y algas, mínimo olor estrellado y sabor verde del agua... Y qué buen sitio Alicante para una Navidad extraña, una Navidad sin nieve, casi tropical y blanca, con el olivo y la palma donde el abeto se instala... Alicante flor de espuma que se deshoja y renueva, obstinación de las ondas, repetición de su bruma. Alicante y la palmera como un camino hacia el cielo, adusto el tronco quebrado, verde el manantial de manos, agitadas a lo alto... Alicante en la palabra de la espuma cantarina, entre la voz de las olas como un eco que se achica, susurro arrastrado y terne, que enamora y adormece... Alicante diedro azul plegado en el horizonte, noventa grados de luz en un encuentro de azules, el vertical, el redondo, y el plano en aquel que se mira...

Alicante y la palmera, su mástil roto en lo alto, verde estallido de peines que a la brisa dan tocado, alisadores de vientos entre cuchillos biplanos... Alicante en la embestida de la mar contra la roca y en la caricia del agua cuando muere en sus orillas, toro azul, roca verónica y arrastradas banderillas...

Alicante sin pastores, Alicante sin escarchas, con millares de belenes, donde el Belén de los fríos y la pobreza no encaja. Donde está fija la estrella de una primavera intacta, Alicante doble Pascua, Pascua eterna, pascual Pascua...

Alicante el argumento de la marea empeñada, como un tirón exigente de la luna enamorada querencia de un astro muerto, sobre la carne del agua. Alicante salpicada de sangres altas, saladas, la espuma entre sus heridas, como una cicatriz blanca, sangres antiguas, romanas, cartaginesas, judías, moras, fenicias y griegas. Sangres con sabor a libro, con perfume de oración y arquitecturas sensatas... Que nos trajeron a Dios, caminando nuestras aguas, las aguas del mar que es nuestro, e hizo las gentiles costas de nuestra tierra, cristianas... Alicante, labio seco que espera el beso del agua, ansia de la arena rubia que desespera en la playa, cópula de mar y tierra, telúrica primavera... Alicante amor de ondas, celo de tierra empapada.

Alicante, macho el mar, hembra la bahía redonda, como extendida y dispuesta para una coyunda inmensa... Alicante lucha azul contra la caliza entera, líquido contra la piedra, entre lo albo y la arena... Alicante sueño azul entre vigilias de blanco... Alicante junto al mar, batir de espumas y espejo, arcoiris de colores, transparencia de reflejos, cercanía de lo distante, más propio cuanto más lejos... Alicante, madrugada bajo estrellas, junto al mar. Alicante manos de agua sobre la tierra sequiza, húmeda y tierna caricia, rota en la piel de la roca... Alicante mar de palmas entre palmas de la mar. Navi-

dad de navidades, clamorosa y eficaz. Navidad de sus turrones y sus uvas de la paz, con las que se empiezan años entre copas de champán. Alicante plata hendida, diamante pulverizado, orfebrería de la espuma sobre el azul arrugado, joyel de estrellas caídas sobre el manto salpicado... Alicante de cristal, Alicante vidrio claro, agua mineralizada, silicio, sosa y potasa para el paso de la luz, hecha belleza, aire fósil, domesticada tibieza, físico esplendor portátil...

Alicante azul la brisa, Alicante azul el viento, azul lo alto del cielo, azul la Navidad blanca, azul el pesebre austero, azul María Purísima, azul la Pascua de Dios, azul la esperanza alegre del adviento que promete y el Nacimiento que llega. Azul Navidad azul, azul de Virgen, celeste.

Alicante, plata en la ola con que se riza el zafiro, versos de espuma ondulada ente agitadas estrofas, Alicante, humor azul, batido ritmo del agua, redondez de plata, a tiras, arañazo de la sal. Ira deshecha en espumas, encajes de mar airado, de su añil coraje intenso... Alicante, mujer tensa, pechos de la mar en calma, con su vientre y sus caderas que abrazan fieros los vientos, si no acaricia la brisa, beso suave de la orilla... Alicante sueño azul sin realidad en lo verde, sequedad abrasadora asomada a la bahía en que su ardor se humedece.

Azorín, imagen sepia

Me refiero, cariñosa y nostálgicamente, al último. Azorín estuvo siendo el último, en el sentido en que yo lo entiendo y lo veía caminar por Madrid, con su sombrero enorme, de diplomático, calado hasta los ojos, su bastón y su gabán oscuro, casi a rastras, entre Cibeles y Neptuno, por las librerías de viejo de la Cuesta de Moyano, mucho tiempo. El último Azorín casi espectral. Espiritado, ascético, aperfilado, como ua pequeña parte de la línea de esos mínimos horizontes que tan bien describió, puesta de pie, algo encorvada. Aquel Azorín postrero que tanto se aficionó al cine, que acudía a las salas diurnas de sesión cointinua, como las malos estudiantes, al tiempo que otros escritores se reunían en los cafés, que escribía sobre las películas y los actores aquellas reflexiones minutas, telegramáticas, casi puntos y rayas, que publicaba en ABC, como si hiciera gráficos sus alientos entrecortados. El Azorín de aquellos breves recuadros, todo orden, rigor, aseo y hermosura. A ese Azorín me refiero y a su rostro.

Tenía nuestro gran monovero una efigie exageradamente vertical. Hay caras apaisadas como las de Goya, Bethoven, José Hierro o Azaña. No la de Azorín. El amante de las perspectivas extendidas, tenía una cara particularmente gótica y

alargada. Una cabeza mística y agrecada. Sin carne. Piel y ojillos sobre su estructura craneal, evidentemente más rica de arriba a abajo que de oreja a oreja. Era una de esas caras que te permiten adivinar, en la calavera íntima, la sólida morfología interior del escasísimo gesto. Rostro casi apergaminado en que aún lucían los ojillos expresivos de un observador minutísimo. Era la cara de un espíritu. Una cara sin músculos, casi una radiografía capital de sí mismo. En un cráneo revestido de piel, unos ojitos claros, grises y tristes, casi hundidos por efecto de la excesiva marquesina de los huesos ciliares, que hacían de semi-arcadas prominentes en lo meridional de su frente. Como unos porches calizos para sombrear su mirada.

La frente, alta y limpia, limitaba al sur, como queda dicho, con ese par de relieves protuberantes, forrados por unas cejas sin pelo, como de piel amarillenta y afeitada y el puente, algo hundido, de la nariz larga, estrecha, descarnada y levemente picuda. Al norte, con la bóveda craneana un tanto en forma de huso, a cuyo efecto angular contribuía el ralo cabello que, llevado de la sién derecha a la izquierda, le determinaba, en el alto centro, un cierto elevamiento que todavía contribuía más al efecto agudizador de la zona superior de su pálida persona. Al este y al oeste, bajo unos pómulos salientes, se hundían unas mejillas como chupadas desde dentro, ajadas, lánguidas, acabadas en su parte inferior en unas mínimas papadas laterales, más piel que tejido, y las orejas, de pabellones grandes y transparentes. Sobre éstas, unas sienes hundidas, cóncavas, como vaciadas en su centro, que ni el breve pelo disimulaba en su curvatura y recogimiento hacia el interior. Luego, la boca, sumida, sin labios, una simple cortadura escéptica bajo una zona superlabial alta, buen área para su bigote de cuando joven, luego inexistente. Y debajo, la barbilla, en lo inferior de los labios, alta, con un mentón ca-

si descarado y sorprendentemente salido y curvado, expresivo tal vez de una dulce y apaciguada energía, del que salían, hacia el cuello, los tensos cordones que suplían a la papada o que constituían su peculiar forma de ésta, papada de hombre viejo, blando y flaquísimo.

Los ojos, de párpado superior amplio, alto y caído, inmóviles, inexpresivos, claros, como dos cristales quietamente brillantes, hundidos en una momia viva, ojos de un mirar cansadísimo, tranquilo, sosegado y lejano. Como para descansarse morosamente en los horizontes...

Luego, todo ese conjunto se insertaba en el tronco, a través del cuello duro y amplísimo –seguramente, de tiempos en que don José fue hasta gordo– como por medio de un eje personal dotado de cierta excentricidad, de una camisa blanca, limpia y planchada.

Nunca como en Azorín, la cara fue el espejo del alma. Y el reflejo del estilo, ese aliento del espíritu. Toda su figura se materializaba, lo más levemente, por cierto, en su estilo literario, su sobriedad verbal, su reducción a lo más íntimo de la observación y el objeto. Azorín era como escribía, como una evaporación muy concentrada, elemental, pura esencia exprimida hasta el milagro conceptual. Un destilador de primorosas sencilleces....

Azorín, el alicantino de Madrid, el hombre de marfil, era, como una vieja cigüeña varada sobre una Castilla de piedra recia y levantada. Con sus exaltaciones de lo vulgar y nimio, revestía el maestro toda la dignidad de las pequeñas cosas con la grandeza artística transformadora de su mirada descansadamente recreadora. Dios creó con la palabra. Azorín recreó la obra divina, casi sin palabras. Ahorrando palabras. Como si la expresión fuera un barco, él achicaba agua y lastre. Es-

cribiendo, casi, con observaciones elementales y reducidos sentimientos, convirtiendo la riqueza del idioma en hermosa austeridad, desde la fragilidad sólida de su materialidad atenuada. Tenía el pudor de lo mínimo. El prurito de la administración. Apasionado sosiego, hiératico entusiasmo, motor literario en el punto muerto de la gracia mas controlada.

Aquella verdad erguida, aquel rostro último de Azorín, que cada vez hacía como más hueca la amplitud excesiva de su sombrero, que al final ya le bailaba, que salía del cuello de su camisa como se asoman las tortuguitas fuera del caparazón, es una estampa entrañable en el recuerdo de mi juventud madrileña. El rostro acartonado, amojamado, de mi paisano, poco menos que venerado por el respetuoso muchacho que yo era entonces, estrenando mi interés por la literatura...

Me interesa la cara de la gente. Un rostro es una inversión en vida una metáfora de gestos, un ensayo psicológico. El hombre es un rostro con carnet de identidad. Azorín, para mí, es aquella breve persona apoyada en su bastón, desaparecida en su sombrero, perdida en su gabán, aquella afilada palidez en la que ardía el idioma como un rescoldo depurado. Han pasado treinta y tantos Marzos desde su discreto mutis por el foro del Foro, Con él se calló el castellano más oxigenado, claro y aseado, jamás usado. Se secó la fuente, tan sequita, de aquel agua de las palabras transparentes justas y exactas, cada gota una gema expresiva, una joya conceptual, un reflejo del espíritu, gráfico y sonoro. Cómo recuerdo a aquel Azorín, casi ectoplasmático, prácticamente, física evanescencia. ¿Qué maldita y respetuosa timidez me apartó un día de acercarme a su personita y estrechar, con mucho cuidado y reverencia, su seca mano prodigiosa? «Maestro, soy casi paisano», pude decirle, «de Novelda»... Pero me pareció como profanar un sosiego. No me atreví...Y bien que lo siento ahora...

Renovado bautismo

Llega un momento del año en que el mar vuelve a ser nuestro. Ese momento en que el verde hace amagos de amarillo y en que lo ocre y lo gris van ocupando el azul estridente del estío. El año se hace mayor, entra en su tercera edad y empieza a ajustar sus tonos al sosiego de lo tibio, y al ardor de lo calmado. El momento en que la Iglesia aproxima su liturgia al fin del «tiempo ordinario» y en que se huele ya a Adviento. En ese trance dorado, hacia el cobre y lo vencido, el mar vuelve a ser más nuestro, más nostrum el Mare Nostrum, más privado y más discreto, sin cabañuelas de Agosto con su brusco desconcierto, ni revuelo de turistas, quieto el transistor molesto, el teléfono del cursi o las tetas insolentes, desbordadas, todo suelto. El mar se queda tan solo, tan apacible y sereno, tan amigo del amigo, que hasta habla con su silencio. El mar se torna sociable y uno habla con su esencia, charlando con él a solas, en muchedumbre de dos, inmensa, por parte suya.

Pasear ese mar nuestro, recorrer el mar de uno, no encontrándole a la arena más huellas que las que hicimos en el camino de ida, al revés que el de vuelta, es como hablar con un libro en el que todo está impreso y expresa las voces sa-

bias y exactas, del universo. Es como estar al calor de un fuego húmedo, apaisado, cuyas llamas son las olas, cuyo humo está en la espuma, cuyo crepitar, su estruendo y cuyo interés, lo mismo, consiste, como en la hoguera, en ser igual y diverso. Lumbre acostada que arde horizontal, en que llamean todos los azules de la batida y agitada plata y salpica sus chispas mientras gime, como el leño, el arrullo de las ondas. Mirar el mar como el fuego, siempre distinto e idéntido, un amor para la vista y una inercia tan activa que late como un coraje, que brota como una fuente, que mana como una herida, que vibra como los pulsos de las cosas de la vida.

Como la risa del niño, como el andar de la joven, como tantas cosas bellas que no se cansan los ojos de honrar, de modo continuo, como algo que, no cambiando, varía hasta el infinito. Aún más, entrado el invierno. Robinsón ocasional, con el cemento a la espalda y delante el cielo entero, me apareja cada vez el primor de aquel encuentro, en el suelo de la infancia, los dos ojos como espejos ante la lámina extraña, lo más grande y lo más bello junto al mirar de la madre, hasta el instante concreto. El primer primor del alma, el descubrir de lo eterno, que uno no concebía, chico, pero en cierto modo raro, barruntaba ante lo nuevo.

En el ágora del mar, uno solo, es muchos hombres. Está con todas las gentes que el mar trajo hasta esta costa, con su historia y sus negocios, con sus batallas y credos, sus homéricas sirenas y su Lepanto y estrellas. Con su Roma constructora, latín, derecho, milicia, con su reflexiva Atenas y espiritual Palestina. Oriente de todo oriente y alba del pensamiento, el cálculo y la oración. Con todo lo que uno, cumbre de generaciones, montón de claves genéticas, registro de sangres varias, piensa y siente como suma de antepasada progenie. Uno está, como un resumen de todos los que lo hicieron,

en incontables intentos. Otro, el mar, como argumento del sin fin de circunstancias que también lo construyeron, desde el caldo primigenio, la radiación y el carbono, lo inorgánico, viviendo. Entonces, se hace uno al mar y el mar se le hace a uno dentro, y sabe a eterno regreso lo que siempre es un encuentro, que te parece el primero.

Ese mar nuestro tan mío, salado como mi sangre, sangre de todos mis sueños, que me adormece con olas y me despierta oleando, que me asiste con su ritmo, deslumbra con sus destellos, hace guiños con sus luces y me prende a la riqueza de sus diversos añiles. Ese mar en que me miro, Narciso sin amor propio, todo amor por el espejo y me veo ancho y hondo y me siento, al mismo tiempo, efímero como la ola y, como el oleaje, eterno. Ese mar en que columbro orígenes y destino, al que iré, como ceniza, a fundirme con su arena. Ese mar que soy yo mismo en el intento de serlo. Ese mar nuestro, tan mío, ese mar mío, tan bello...

San Nicolás

Alicante es una ciudad poco monumental. Creo haberlo dicho en distinta ocasión. Alicante es casi, en su clima, en su industriosidad, en su civismo, en su hospitalidad, el monumento de sí mismo. Alicante es la manera de ser y de estar de los alicantinos. Poca decantación por la historia. Mucha decantación por su laboriosidad, acogimiento y apertura al mundo. La España central ha hecho mucho con la piedra. Nuestros moros se dedicaron a la construcción con barro –se sentían efímeros– y la ordenación del agua en redes de acequias que aún perduran para la administración reglada de un tesoro tan escaso y fluyente. Ni barrocos, ni góticos, ni románicos, ni platerescos; arquitectónicamente somos la sobriedad hecha estilo, la austeridad devenida norma.

Uno se ha sobrecogido e impresionado con el aparato ornamental de muchas catedrales españolas y europeas. Con sus tesoros, sus dorados, sus coros labrados, sus artesonados impresionantes, sus vidrieras espectaculares, su profusión de riquísimos altares, cuadros y estatuas de incalculable valor. Sus enterramientos ilustres... Anonadado, aplastado casi por el esplendor a que puede conducir el deseo de honrar al Hijo y la Madre de Dios, para quienes, desde puntos de vista que

uno se siente muy capaz de comprender y hasta compartir, toda magnificencia es poca y toda exaltación insuficiente. Dicho esto, uno se siente a gusto, a escala humana, como cristiano sencillo de a pie, en su concatedral de Alicante, almacén de piedra desnuda, sobrio, escueto, alisado, como en relación con el más sencillo Dios de lo pobre y lo humilde, nave para la más limpia industria litúrgica. Piedra, cemento, elementalidad eclesial, hueso puro del ornamental servicio a Lo Alto. Nuestra catedral es un templo tan descatedralizado que impresiona por su casi rústica simplicidad. Nunca se trabajó la piedra con menor pretensión de perifollo. Sólo, para estar una sobre otra, levantando hacia el cielo un sitio honrado, limpio, desornamentado, sencillo, como una catedral mendiga pidiendo a su propia puerta, que es la puerta de una gloria sin más artificio que su grandeza bíblica. Puerta en la que casi se acompleja de serlo, el más recogido intento de estilo dórico sobre severas fachadas a las calles de Labradores y Bonaire.

A la teología castellana, plegaria de granito, Pentecostés de labra tensa, oración de mármol, incienso mineral, gótico aliento calizo, oponemos el sillar arenisco y la vulgar campana. Al berroqueño festival a cielo abierto, elevada calzada al Paraíso de aquellos monumentos.

Nuestra catedral es un varado y casi desvalido cenáculo punto menos que artesanal, con ascuas en lugar de llamas, más volumen y espacio que prodigio ascendente. Como metiendo a Dios a lo teresiano, más entre pucheros. Todo decoro y casi nada decoración. Catedral a medias, catedral compartida, capítulo simultáneo con canónigos correspondientes, como los socios de los casinos que se relacionan. Es como la hermana pobre de las catedrales castellanas, la más antiguas Palencia y las más modernas Astorga y Burgo de Osma, siglo

VII y XVIII respectivamente. Góticas León, siglo XVII; Ciudad Rodrigo, XII y XVI; Burgos, siglo XII; Ávila, XII y XVII; y Segovia, XVI. Híbridas románico- góticas, Palencia, siglos VII y XVIII; Zamora, XII, XIV y XV; Salamanca, XII y XVII; y Ávila, XII y XVIII. De la herreriana de Valladolid, siglos XVI y XVII y la multiestilada de Burgo de Osma, románica, gótica, plateresca y barroca, siglos XII y XVIII, a cualquiera de las cuales serviría casi de dependencia para el servicio.

Pese a ello, yo, en mi semi o concatedral, catedral compartida, catedral exaequo, en esta basílica antes colegiata, iniciada a principios del XII con piedra de la cantera de San Julián, me siento, como en ninguna otra parte, en la casa de Dios. Del Dios de Belén, la carpintería, los amigos pescadores y la pobre gente de las Bienaventuranzas. Tranquilo, sosegado, sin que nada me aplaste, deslumbre ni distraiga. Bajo unas vidrieras sin pretensiones, simple cristal de colores sin arabescos ni maravillas, en una relación con el Señor y Su Madre casi de a diario, sin magnificencias, brillos, oropeles y arañas de cristal. Me gusta mi catedral que apenas lo es y casi ni quiere parecerlo. Mi concatedral sin maquillajes, con la cara pura y limpia, sin afeites, extramuros de todo entendimiento atesorado, magnificente, lujoso, de Jesús. Mi concatedral, prácticamente pobre de solemnidad. Hecha con piedras recuperadas, como de segunda mano, de obra residual, piedras que fueron antes templarias que del templo levantado al santo de Bari, a cuya construcción ordenó mi señor don Felipe IV la destinación del impuesto de los cuatro dineros que gravaban el comercio de la carne –la carne, para el espíritu–, hasta su culminación. Esto no es abjurar de la riqueza artística absolutamente prodigiosa de la Iglesia, reina y madre de las más bellas manifestaciones del espíritu plasmadas

sobre la materia, mecenas de Leonardo, Miguel Angel, Rafael, Velázquez, el Greco, Goya, Murillo, Berruguete, Cellini, catálogo de la historia hecha belleza, de la hermosura aplicada a la técnica, universal biblioteca de todos los saberes y archivo de la filosofía teológica. Pero insisto, para decirle al Padre lo que me enseñó Jesús, yo, como en mi concatedral de Alicante, en puros cueros de púrpura y pedrería, no me siento en ninguna parte.

Seguro que el bueno de don Federico, ese cura amusolinado y recio de cráneo brillante, fuerte como un Pedro que se hubiera hecho mayor, sin ternurinas, blandenguerías ni fervorines, esa especie de tronco viejo que parroquizó mi pueblo y ahora oficia en San Nicolás, piensa de modo parecido. Nunca me lo ha dicho. Lo imagino. Ese don Federico Sala de una pieza, que tanto hace juego con el escenario de su protagonismo sacerdotal, su y mi concatedral de San Nicolás, quintaesencia de la dignidad en estado puro. «Tú eres Pedro y sobre esta piedra...». Esa piedra, piedra y solo piedra, bendita piedra sin más labra, elaboración, tallado, que el roce como un beso de las oraciones de los Remedios. En las grandiosas catedrales de la Cristiandad, la pared está como encantada de conocerse, engalanada, pura excelencia de perfección casi sofisticada. En la nuestra, el muro, simple elemento de cerramiento y soporte, es una pura resignación de operatividad e indispensable suficiencia. Lo que va del gran cardenal lleno de cadenas, rasos y anillos, al funcional misionero entregado, entre harapos, al pobre de tercera del tercero de los mundos. Piedra blanda, arenisca, descalza, ni siquiera caliza. Pared en que la belleza llora, desvalida y barata. Pared escueta.

Acudo muchas veces a San Nicolás, esa especie de garage de Dios, de nuda nave para el trabajo de la piedad y la

faena de la oración, en horas de poca frecuencia,a meditar entre aquel desierto vertical de piedra. De piedra sola, destrabajada, arenisca, fea, ennegrecida, descuidada y frecuentemnente, de manera un tanto chapucera, saneadas sus lacras y miserias materiales (porque es piedra de varia y derruida procedencia, tambien eclesial), con el sencillo blanco, desentonado, del yeso. En humildes parches que ni siquiera se tiñen con una solución de negro de humo, en un mínimo intento de disimulo de su restauradora misión, llevada a cabo la ortopedia con lo mas a mano, con el más coyuntural amasijo de la obra provisional.

Ni cuadros, ni tapices, ni columnas, ni capiteles, sin mármol, ni siquiera imitado como en tantos templos humildes, con zócalos de quiero y no puedo. Hasta la parroquia de San Pedro en Novelda, tiene el mármol vertical así de falso. Al fondo, San Nicolás, entre un breve marco levemente dorado y arriba, Nuestra Señora, con menos y aparente aurífero revestimiento. El resto, piedra, piedra vieja ennegrecida, casi sucia, como si allí lo importante fuera solo el diálogo con Dios, sin la menor distracción ornamental en el ambiente. El ánimo desnudo en una casa de Dios descarnada. La concatedral de Alicante es lo mas parecido, en el orden piadoso y del recogimiento, a la gruta del eremita. Simplicidad, rigor, economía, humildad; la más rica pobreza decorativa y la mas pobre manifestación de la riqueza en la piedad,sin hierro, sin forjas, sin bronces, telas, oro, madera, monumentalismo, tallado, labra o industria. Sin más arte que la rústica artesanía de la relación con Dios a palo seco, como un banquete de nupcias con pan y cebolla.

Voy y en aquella jaula de piedra como un taller de fe o un tinglado para la plegaria, como una carpa mineral, siento a Dios como en nuevo y tan pobre pesebre, plano, vertical,

utilitario, entre el frío pétreo de aquellos paramentos hijos de la roca, muertos varias veces y vueltos a levantar, con materiales de derribo, vencidos por los años y las vicisitudes. Es, nuevamente, Dios rodeado de lo mínimo. Lo máximo, prácticamente, entre la nada. Y esto cuando, fuera, una lujuria de luz y fuego, de tibieza y claridad, de palmeras y flores, consagra lo mediterráneo de un entorno casi paradisiaco. Allí, casi solo, subo hasta Dios por la piedra sin clase, por el sillar anónimo y ordinario, sin más trabajo que su conversión en cubos parejos, por las paredes que resumen todas las tonalidades del gris, sucias, parcheadas, casi innobles, y me siento como debían hacerlo los anacoretas, como orando entre harapos, porque harapos pétreos son los que constituyen, interiormente, toda la decoración de nuestra catedral, el más limpio, preciso, exacto desasistido y puro piropo que arquitectónicamente, puede expresarse a Dios. Como un madrigal arenisco, vulgarmente material. Al Dios de lo pobre y lo sencillo, que en todo el resto del orbe cristiano se alberga en el aparato barroco, riquisimo, casi aplastantemente plástico, entre museistico y palaciego, de las mas artísticas y pretenciosas catedrales.

San Nicolás, hito de sobriedad, austeridad al límite, matemática elemental del espíritu, ni balbuceo, siquiera, del arte, sequedad en el decoro, orgullo de la piedra en su calidad más baja, relieve de lo liso, lisonja del silencio, aparatosa renuncia al menor brillo, me impresiona hasta el centro de los huesos. Tanta nada me llena mucho de todo. Como si allí Dios estuviese más en su casa que en el propio San Pedro del Vaticano. En la Capilla Sixtina, Miguel Angel es casi más que Dios. En San Nicolás, Dios lo llena todo porque no hay nada más.

Yo llamaría a la concatedral de nuestra ciudad, la sincatedral de Alicante.. Porque no tiene nada de lo que en otras catedrales, la convencionales, emporios de riqueza arquitectónica e interior, oficia como vehículo del espíritu maravillado, hacia lo Alto. Nos asiste la singularidad de honrar al Señor, de catedralizarlo, desde una sincatedral. Toda forma de honrar a Dios es buena. Y precisamente mejor, pienso, la más estilizada. Yo me quedo con la de nuestra sincatedral, la más descarnada, desnuda, antipurpurada, pura, humilde, simple y casi hasta descuidada manifestación de la grandeza del Señor.. Templo de a diario. Donde las otras son parroquias de gala. Desierto en donde suelen los jardines. Las otras aprietan el alma y la encogen. En ésta, el espíritu se afloja el cinturón, acomodándose a la libertad. Allí oro, cristal, arte, ropaje, hasta luz elaborada y oscuridad mistérica. Aquí, solo Dios, convertido en espacio.

Otra cosa es el descuido y la ofensa de sus paredes exteriores laterales y de fondo. Ahí ya no se trata de sobriedad y rigor, sino del desaseo y ataque más viles e indignos de la civilización de nuestra ciudad. Albañales obscenos, llenos de pintadas y grafitis que ninguna autoridad municipal que mereciera ese nombre debería ser capaz de consentir. Los exteriores de nuestra concatedral representan el más sangrante deshonor cultural de la ciudad de Alicante... Lo digo, muerto de vergüenza...

Ramos para Gabriel

Hemos asistido a la presentación de un libro de don Vicente sobre la vida de Miró. Exactamente así se titula, vida, no biografía, de Gabriel Miró. Es una aportación más, la enésima, al mironismo, al universo de Miró, de nuestro más ilustre polígrafo. Miró inventó un mundo moral y estético, prácticamente sin parangón en la literatura española. Un universo absoluto y exclusivamente alicantino. Desde su naturaleza lírica, porque el sentido de lo bello y la capacidad plástica son, en su origen íntimo, como capacidades de la mente, electricidad y química, en definitiva, naturaleza. Miró es una naturaleza personal que se recrea en la naturaleza material, natural, en una suerte de narcisismo en que una sensibilidad absolutamente natural, se complace en el prodigioso efecto de su inundación por lo que la circunda, la deslumbra, la perfuma y le sopla en la frente con la brisa, ese aliento de Dios. Miró es un horizonte de Alicantes finiseculares, de terrazas con macetas desde las que se divisa un puerto chiquito y entrañable, un horizonte que se sale de sus páginas oliendo a jazmín y árbol del paraíso.

A través de sus ojos de estatua se ven olores y se huelen colores y la tierra mojada aroma el aire como el incienso de

un templo universal, oficiado enamoradamente con la liturgia de la palabra. Miró es un modo ético y estético de ver Alicante. Su mar, su cielo, su tierra, su gente, sus hábitos, sus perfumes y sabores. Miró es un modo casi oriental y místico de sumirse en ellos, de asumirlos y asimilarse y ser él mismo, entre y con ellos, como en un nirvana globalizador. Miró es una especie de inmersión en lo natural e íntimo, en lo general y lo más privadamente particular, de un modo, repito, un tanto nirvánico y asiático, paradisiaco casi, propio de alguien que se ve en mil matices que le conciernen y casi le conducen a consistir en ellos. Por eso fue poco reconocido y celebrado entre nosotros, en vida. Se perdía y difuminaba en las cosas, despreocupado de salir en la foto, de marear la perdiz social, feliz en lo gris de su capacidad casi religiosa de ensimismamiento. Fue un hombre en las antípodas del trepador, del hombre que prepara como una hormiguita su instalación en el éxito. Se apreciaba y respetaba lo bastante para brujulear vanidosamente en la propia promoción. Los alicantinos de su tiempo no lo vieron y celebraron. Eso se perdieron y probablemente no sólo por su falta de interés y sensibilidad. Hay quien sabe ponerse en un escaparate y Miró se vendía calladito en el arca. Mal sitio para posibles conocedores, poco curiosos...

Alicante no supo dar a Miró en vida el reconocimiento que merecía. Estas cosas siempre son complejas. ¿Culpa de Alicante por no descubrirle o de Miró por no dejarse descubrir? Lo que sí puede Alicante es distinguir como merece a don Vicente Ramos Pérez, un hombre que prácticamente ha dedicado su vida a la de Gabriel, convirtiéndola casi en una religión profesional y académica. Don Vicente, bautista y apóstol de nuestro mediterráneo demiurgo, nos acaba de ofrecer la Biblia de este arcángel de nuestras letras, de ojos

color de cielo, de palabras con sabor a cielo y de sentimiento y reflexiones como jirón de cielo. No cabría en el espacio de este texto el curriculo de honores, títulos, academias, profesorados y trabajos de este hombre bueno y sensible, de este artista estudioso, creador y recreador, titular de una capacidad de trabajo que roza lo hercúleo. Su última obra, una más en su vastísima producción, sería suficiente ejecutoria para pasar a la mejor historia de la investigación y el documentalismo alicantinos. Ochocientas páginas dedicadas a informar objetivamente sin la menor subjetividad apasionada, que resultaría, por otra parte tan justificada, sobre la vida de Miró y sus circunstancias. Por donde se abra el libro, como en los viejos cuentos de Disney, se ponen de pie, como si fueran figuritas plegadas, Alicante, sus calles, sus tipos, sus usos, su mar, su naturaleza, su cielo y su color. Miles de datos, fotografías, documentos, cartas, enlazados todos, como interioriza un cordón rojo, los cables de la Armada inglesa, por el hilo siempre presente del acendrado amor a Miró.

Debemos a Miró las páginas más bellas escritas sobre Alicante y sus cosas. Miró es como nuestro retrato natural, paisajístico, ciudadano y moral. Y debemos a don Vicente Ramos todo un repertorio de maneras de ver a Miró. Ramos es un profeta del revés, que anuncia las excelencias de algo que fue, pero que gracias a su trabajo también será. Y cada día más. Fue lo que fue, sin gran difusión local contemporánea. Será lo que cabe esperar de los efectos del trabajo inmenso, responsable, riguroso y absolutamente creador, porque investigando y divulgando se puede amar y contagiar el amor, de este guardamarino o guardamarense - que hay dudas semánticas- que nos honra y merece nuestro honor. Yo propondría a las autoridades alicantinas la creación de una medalla provincial al mérito en el trabajo intelectual y que se

destinase en su primera edición a distinguir y premiar la excepcional vida de trabajo investigador y creador de este alicantino ejemplar...

1998: peregrina al cuadrado

Se acercaba el mes de la Virgen. El de las floridas cruces de Mayo. Ya bien instalada la primavera, pese a desorientaciones climáticas coyunturales, entre un estallido de naturaleza. Y Alicante se preparaba para esa suerte de Rocío macho y metropolitano, desde la Concatedral hasta la Iglesia y Monasterio de la Santa Verónica, para resituar la Santa Faz en aquel camarín que le construyeron en 1680. A tiro de días del mes de María, del de mi San Isidro madrileño, festival de verónicas rosadas y amarillas y de cruces de acero en esa otra liturgia española, casi, también, religiosa. El pueblo, mas pueblo. La tradición andando de nuevo. Ese año, acompañada excepcionalmente la Santísima Faz, de su Madre y la nuestra, nuestrísima, de los alicantinos, Nuestra Señora de los Remedios, en conmemoración canónica de su coronación. El binomio hagiográfico que más nos concierne. Íbamos detrás del Hijo, como aquellos primeros cristianos que lo seguían hace dos mil años, por primera vez acompañados de la Madre, que no formaba parte del cortejo discipular, acompañando a la icónica razón movilizadora de nuestros miles de corazones, consagrando patria teológica, haciendo el Reino por el camino de asfalto que el progreso ha dis-

puesto, como una alfombra gris y compacta, para el paso de la tradición.

Por los mismos días se abría en Turín la última exposición de la Sabana Santa por lo que queda de siglo, hasta Junio siguiente. Última ostensión secular y milenaria, de la Sindone. Cuando se vuelva a mostrar a los cristianos, Jesús será un siglo más viejo. Por encima de las dataciones del tejido, con la técnica del carbono 14 o el isótopo Argón 40, y del estudio del polen incorporado a la tela en las distintas ubicaciones de su periplo histórico, aquella será una fotografía de cuerpo entero (180 metros de hombre, mucho para su tiempo), de Cristo y la nuestra, un retrato de solo un rostro, un primer plano, legitimados por la fe y, cada día mas, por la ciencia, aunque no tengan carne de dogma. Tienen, tuvieron, carne de Hombre, de persona humana doliente, con su sangre, sus flujos y humores y, milagrosamente, sus radiaciones fotográficas, lo que las convirtió, en virtud de unas interrelaciones químicas prodigiosas, en auténticos negativos del semblante divino. Tienen la garantía moral de nuestra fe y la legitimidad teológica de nuestro amor. Vamos detrás de una fotocopia de Dios, de un positivado de su angustia y sufrimiento y nos lo enfrentamos, cada año, como lo vio aquella mujer buena que enjugó, para la eternidad, la tragedia facial del más grande de los Hombres y el mas Humano de los Dioses, de los Tres que enriquecen y multiplican nuestra doctrina.

Alicante vive el día de la Peregrina una peregrinación singular. Una romería ciudadana. Como una procesión por las afueras. Por unas afueras sin paisaje, la geografía de los supermercados. Nos falta campo pero nos sobra cielo. Nos rodea un entorno industrial, heterodoxo y funcional. La peregrina es, casi, una manifestación religiosa civil, política y administrativa. Casi como un mitin de Dios. Huele a organi-

zación y provecho público. Tanto funcionario y policía nos sitúan, casi en el ambiente de un Congreso ideológico y partitocrático. Pero está Alicante. Está el pueblo. Está la verdad, poco rural pero muy ciudadana, de un acto de fe en absoluto descafeinado, pese a la parafernalia pública del chupado de cámara, con la blusa y el pañuelito, faltaría más... Cada vez resulta menos popular. O popular de otro modo. Pero siempre estará, arriba el cielo intacto, que con ese alto horizonte no se especula ni se hacen recalificaciones, libre, como está, de cualesquiera planes de urbanización y ambiciones de los inversores. Azul a rabiar, con el color de la Virgen Inmaculada. La ciudadanía acaba con la popularidad. La barniza, la asfalta, la mete en ordenanzas y reglamentaciones. La municipaliza. Pero el corazón del hombre no cambia. Ni el corazón de la ciudad. La Santa Faz será siempre el rostro más digno y entrañable de Alicante. La Santa Faz Divina. Y nos congregará, como a nuestros hijos y nietos, en su seguimiento y veneración. Ese día somos como los apóstoles. Seguimos al Maestro. Y como Magdalena, mi noveldera patrona, la «apóstol de los apóstoles», la primera en recibirlo de vuelta del otro mundo, y en reconocerlo, sin necesidad de verle partir el pan, como los insensibles discípulos que se lo encontraron camino de Emmaus. Por miles, la docena apostolar, el quórum de la Cena. Resucitaremos por Él, que murió por nosotros, con lo horrorosos sufrimientos que proclama esa Faz que adoramos. Por eso iremos siempre detrás de su rostro, que será el único que tiene nuestra esperanza. El rostro que nos garantiza la eternidad, contemplándolo, que es lo que haremos, según la cristiana definición del Paraíso, cuando estemos en el Cielo...Como se reza en el Oficio de difuntos.

La santa faz de la Santa Faz y de la Santa Paz, aquella con la que Jesús saludaba, en cada aparición, a sus amigos,

«la paz con vosotros». Paz con tu rostro, que diría yo. Y esta vez, además, con la figura alicantina, también peregrina, de tu Santa Madre... La procesión de siempre, esta vez, con los dos protagonistas del mismo dolor, la Madre y el Hijo...

Alicante, horfandad otoñal

Otoño, en Alicante, tiene menos de otoño; el mar no tiene hojas que se puedan dorar y la tierra, tan seca, tan ávida de verdes como sedienta de agua, no presenta las llamas del oro castellano, ni los bronces del álamo y la ardiente chopera. Nuestro horizonte azul, violeta por las tardes, no encaja entre los tonos del ocaso del año, es más plano y más real, más calizo y más blanco, menos triste y romántico, sin el color que el frío da a lo viejo y final. El otoño, tan bello, esa estación del fuego en que arde lo apagado en una llama fría de ocres, oros y sangre, no tiene, entre nosotros, su paisaje más propio. Sería tenerlo todo...

El mar no tiene otoño. El mar, lo más que alcanza, es a ponerse gris, a veces, como el plomo, porque solo está hecho para jugar de espejo y mirarse en el cielo, para romper el sol en miles de espejuelos, hijos de la coyunda del sol y de sus aguas y remover sus ondas sin acepción de tiempos ni de climas adversos, como un verano líquido que nunca se hace viejo, que sonríe lo mismo en Junio que en Enero, sin la tristeza intensa de los bosques y prados y los ríos que mojan la planta de los álamos, cubierta por las lágrimas de los árboles yertos.

«Hogar de primaveras» dijo Fernández Flórez, aquel don Wenceslao, fino gallego irónico, hablando muy en serio, de este casal señero, casa primaveral, palacio veraniego y atípico paisaje para alojar otoños y, mucho más, inviernos.

¿Qué sabe la palmera, nuestro árbol, del otoño? ¿Qué, su tronco, igual de áspero, qué su copa estrellada, pirotécnico verde, terne y acuchillado? ¿Quién concibe el otoño, metido entre palmeras, las de las hojas raras, dobles peines elásticos de las púas exactas, en las que frota el viento su melena más clara? La palmera es un grito y el otoño silencio. La palmera una Pascua, de espaldas a otra Pascua, fábrica de la palma que honrará a Cristo muerto, cuando salgan las flores que son ahora recuerdo. Jesús nos va a nacer entre árboles distintos, abetos navideños, coníferas y muérdago, pinos junto al acebo. Ahora no es la palmera protagonista verde, como tampoco el gris del compañero olivo. La palmera y el mar y el cielo levantado, no riman con las cosas del otoño agotado. Vivimos un otoño que es otra primavera, con menos colorines, desvestida y austera...

Otoño y Alicante son criaturas extrañas, solapadas, tangentes, que ha unido mal el tiempo en un espacio hecho para la brisa dulce, para la luz radiante, para el sol más hermoso y el más abierto cielo. Atípica estación, solsticio contrapuesto, universo invertido, contrasentido entero. Alicante no sabe estar triste en el tiempo, concepto que en su tierra es más clima que tiempo, tiempo del aire tibio y el amistoso espacio, en el fúnebre orden, oficial, burocrático, civil, del calendario, un tiempo de papel, de plazos, vencimientos, protocolos y fechas, que no habla al corazón, los sentidos, el alma, como el increíble tiempo, milagro intemporal, del Alicante nuestro, el tiempo de la tierra que hace suyo el sosiego. La eterna primavera de los grados más suaves y el aire que aca-

ricia, apenas, con su aliento, la claridad del cielo más azul y extendido y la gracia infinita de la espuma en la onda, sonriendo en lo alto de una mar que no sabe de tristes otoñadas.

No me suena Alicante a hoja muerta y mantillo, a residuo de flor o dormida semilla. A esos rojos y brunos, a esos cobres y sienas, en que el tiempo parece como cerrando ciclos, olvidado de flores, de perfumes y céfiros, de vuelos y de trinos. No me evoca los suelos, castellanos y recios, ni en la cobriza mancha, rasera, del viñedo, bronceando el ropaje de sus flacos sarmientos. Qué destino tan arduo ser árbol en otoño, en el otoño vario, que no el mediterráneo, con los brazos desnudos clamando al duro cielo, perdidos los recuerdos de la flor y la hoja, sin siquiera unas yemas, pequeñas, que vibrar, con que ceder al viento, aplacando su furia. Qué difícil ser árbol entre la adversidad de esos otoños raros, distinto a los nuestros, en los que hasta el ser árbol es una fiesta viva, perfecta y natural... En el otoño nuestro, el árbol se despista y hasta ignora su savia, que no corre hacia abajo, que sigue cuesta arriba, porque se caen los dedos que hilan la clorofila, porque quedan desnudas sus manos, no ateridas...

Compañero del alma, compañero

Once lustros sin Miguel. Han pasado cincuenta y tantos marzos que tenían que ser cincuenta y tantas primaveras desde el último aliento entre nosotros de Miguel Hernández. El aliento de un poeta no es cualquier cosa. El aliento de un poeta honra el aire. Un poeta cautivo, enfermo y desarbolado, que quiso hacer poesía y vivir en poeta de y entre una guerra incivil de hermanos enfrentados, donde toda la sangre vertida era propia y la misma.

Tuberculoso, triste, perdedor, esposo enamorado, padre amantísimo y continuaba sembrando metáforas, como si en lugar de pastor hubiera sido agricultor, entre los surcos versificados de la tierra poemática. Respiraba versos ensangrentados, como rubíes de bellísima angustia.

Murió como un poeta. Nunca había sido, político mal orientado, pueblo enardecido, pobre alma grande de Dios, otra cosa. Ni soldado, ni activista, ni doctrinario. Sólo un pobre hombre inmenso, tocado por la gracia, a cuyo través se expresaba la vida como tierra, como flor, como sangre y como cebolla. Un hombre como el pan y mejor que el vino, españolito poca cosa, oriolano desclasado, humilde y anónimo, en cuya frente niña puso su beso Apolo y se instaló la gracia.

Contemporáneo de un ripioso «pastor poeta», fue felizmente poeta pastor. Que no es lo mismo. Especie de Neruda atenuado, de arroyuelos en lugar de océanos, de limitadas huertecillas supliendo a las verdes extensiones interminables y montañitas familiares haciendo de inmensos Andes. Pero con una pariente y común vibración telúrica nada academicista, de acoplado asombro ante la creación. Neruda a lo bruto, cósmico casi. Miguel, recogido, como quien cuida los tiestos de un jardincillo pueblerino. Como el Mediterráneo enfrentado al Pacífico. No menos mar, pero distinto. Con brisas en lugar de vientos y el mismo lirismo acogido a una geografía más de casi patio familiar. Y los dos igual de despistadamente políticos, víctimas de una progre demagogia extrapoladora, cínicamente, del amor por el pueblo.

Cabe lamentarse muy profundamente, aparte de por las carencias, incomprensión y padecimientos de aquella frágil criatura en la cárcel, prodigio de sensibilidad a flor de piel casi en estado de naturaleza, por la enormidad posible de futura belleza que se nos hurtó con su muerte prematura. Por nuestro lucro cesante, dicho en términos de los economistas. Miguel era todavía una flor cuyo fruto tenía infinitos futuros. Sólo Dios sabe cuanto más felices y ricos pudo habernos hecho la continuidad en la vida de aquel arcangélico Miguel, de aquel pastor de silbos, también amoroso, roto por la guerra y deshecho por la paz.

Pienso, evocando al más grande de nuestros poetas de todos los tiempos, a este pobre y sencillo alicantino por el que hablaba Dios en lengua castellana, en el miserable aldeanismo, pretendida y legalmente bilingüista, con que se incomoda constantemente a los castellanohablantes. Miguel era uno de ellos de nuestra comunidad, y en lugar de la sensación de fastidio que me suele provocar, siento por él una pena más

que hermana. El más alto lirismo producido en su pequeña patria y muy probablemente en la general española correspondiente al siglo en curso, lo hizo este hombrecito en esa lengua que Cela llamó en Estocolmo «legado de los dioses».

Miguel Hernández podrá ser traducido al valenciano. Faltaría más. Y al sueco y al japonés. Pero sólo en castellano dirá lo que dice y sugerirá lo que sugiere. Y todo, absolutamente todo, sentido, experimentado, sufrido, gozado, hecho carne de su espíritu y flor de su alma, nacido y haciéndose hombre entre nosotros, siendo valenciano de región y español de habla.

Nuestras, todas sus vivencias. Y nuestra, su muerte asumida, el hacha que cortó bruscamente su pluma y emborronó para siempre lo que nos cabía esperar de su inspiración, esa antena especial conectada con lo Alto con la que sintonizábamos con el temblor macho hecho hermosura, rozábamos con la angustia el cielo y participábamos de una rara y excepcional comunicación con las cosas en las que hacía brillar una luz que antes no tenían para nosotros.

Escribo esto a poco más de medio siglo de su muerte. En su descumpleaños. Agradeciendo al cielo lo poco que le permitió darnos y clamando contra el despropósito de huerfanarnos tan pronto de su culminación absoluta en el tiempo. Con Miguel se nos fue mucho. Muchísimo. Pero en lo que nos queda hay hermosura para mucha serenación del espíritu, para mucho recreo y confortación. Dios ganó, porque lo tiene a su lado y, probablemente, él, pero nosotros perdimos muchísimo. Todo lo que habría seguido dando su mata de prodigios, tan bruscamente arrancada de su tierra y la nuestra...

Alicante, metáfora azul

Alicante es la ciudad de los azules. En el teatro geográfico del mundo, Alicante tiene como escenario el mar, como fondo el cielo tal como nace en el horizonte, y como techo la esférica prolongación de aquél, como una carpa envolvente y azul. Alicante es una profusión de azules. La variante gama de los que presenta su mar. Y la de los que el sol convoca sobre el cielo, a veces emparentados con el rosa y el violeta sobre los lomos montañosos del Norte y el Oeste; a veces relacionados con el rojo anaranjado y encendido de los atardeceres preñados de viento anunciado; otras, con el gris azulado de ciertas brumosas amanecidas. Un zafiro polifacético, engastado en el anillo que le conforma el círculo industrioso de la provincia.

Azul es la mitad de su bandera y el veinte por ciento sobre el arpón de las banderillas de Esplá. Azul contenido, continente y circundante, entrañable y entramado. El alicantino está concernido por el azul, el único color que ha procurado emblema cromático y tonal, color teológico, a la concepción de la Virgen, a la Inmaculada Concepción, esa empresa dogmática tan reciente y española.... El color de fondo de la Madre de Dios. El azul purísima de la Purísima.

Los colores tienen carácter. Se adscriben a temperamentos y circunstancias. Se relaciona el rojo con la ira. El verde con la esperanza. El negro con el dolor y el luto. El blanco con la inocencia. El gris con la mediocridad. El rosa con la ternura. El morado, con la pena –el violeta es, al fin, un azul entristecido–. Y el azul, precisamente el azul, con la pureza. El color de los colores. El color del universo tal como lo vemos y del planeta a vista de astronauta.

En realidad, el azul es un color prácticamente inexistente. Una bellísima mentira porque ni el cielo es azul ni el mar, su reflejo, tampoco. Los hace azules la luz, en virtud de caprichos ópticos prodigiosamente hermosos. No hay rocas azules. No hay flores azules. O muy pocas. Casi nada, salvo cierta mínima cantidad de gemas, escasas y valiosas, es azul.

Sin embargo, esta primorosa metáfora cromática, este color falso y abrumadoramente real, lo preside e inunda todo como un dogma plástico, como un lírico acto de fe en la luz. No existe pero está y hace que creamos en él. Ver en la naturaleza el mar como una abundancia azul y el cielo como su redondo e inmenso reflejo en lo alto, del mismo color, constituye un auténtico acto de fe. Fe en lo que no hay como se nos ofrece y deseamos que sea. El azul pues, es un milagro. Una imagen en el sentido literario más que óptico. Una creación/recreación del espíritu. Necesitamos lo azul, nuestro fondo existencial indispensable. La satisfacción inerte de nuestra absoluta precisión de belleza. Yo pienso en azul cuando medito, siento en azul cuando rezo, aliento en azul cuando amo, y lloro en azul cuando sufro. Cuando lloro con lágrimas que en su brevedad líquida y también salada como el mar, no alcanzan, por magnitud, el beneficio del azul. Pero tienen un azul desvaído por dentro, llorado también desde el azul. Son azules mis ilusiones. Son azules mis recuerdos. Es

azul la patria de mi infancia. Es azul la evocación constante de mi madre. Que Alicante sea azul por casi sus cuatro costados, que piense y actúe en azul, me lo hace más incardinado a todos mis fundamentos. Cada día amanece en Alicante a un día azul. Rezo mi Padrenuestro asomado al mar, añadiendo a la relación de cosas pedidas y ofrecidas en la oración del Hijo para el Padre, una mínima expresión de gratitud también azul. Me programo en azul. Hago azul mi actividad. Y a la noche, envuelvo en azul mi fatiga, en la confianza del amanecer, si Dios quiere, a otra mañana azul.

Las ciudades del norte son estallidos de verde con techumbre gris. Las del sur, extensiones de blanco aplastado por el amarillo solar –blanco y amarillo, los colores de todo en Sevilla–. Alicante es la ciudad azul. Azul al costado. Azul en lo alto. Móvil azul gris la gaviota. Vibrante azul plata en los peces. Azul es la sonrisa de la eterna primavera. Azul hasta nuestro clima excepcional donde todo el tiempo es bueno. Azul hasta en la grata libertad de nuestra piel no hostilizada. Alicante es la geografía del azul, junto al mar, templo azul de la vida, transparencia teñida, fantasía del espectro y quinto en el orden de sus colores. Malaquita, cobalto, de Prusia, de Sajonia, turquí, añil, marino, ultramar. Húmedo zafiro nacarado y fluido en la mar, alma del hielo y del cristal, estrofa de la ola con su verso de espuma. Gracia fresca y tensa.

Azul de la brisa dulce como un beso del aire y de la violencia de toro que rompe contra la rosa. Azul la risa del niño y el plan de Dios.

El mar es un texto azul. El cielo, un azul contexto. Y en ese contexto, Alicante, una fantasía real, también hija de la luz y de la bendición especial, azul de azules, del Creador encantado con su obra.

Oración a la Santa Faz

Santísima Faz: nos has convocado a todos, un año más, a las puertas de la concatedral, para salir contigo, como una falange de ángeles vulnerados, de malas imágenes y peores semejanzas de tu Persona Creadora, de peregrinos breves, sólo por unas horas, hasta tu habitual cobijo en las cercanías de San Juan.

Convierte nuestro cordón personal y ruidoso, remedo coyuntural y festivo de las muchedumbres que seguían a Jesús, en una suma de ánimos acumulados en tu fe, cada uno con su cruz individual a cuestas, queriendo encontrar, también, en el tejido que te reproduce, su paño de lágrimas confortador y amigo.

Deletrea muy despacio, de modo que nos penetre hasta los propios huesos del alma, la oración en que se contiene la lección del sufrimiento altruista que nos reproduce tu iconografía, fotografía del dolor, póster litúrgico de la Pasión, impreso para siempre hasta el fin de los tiempos. Autógrafo de sangre sobre la cara de Dios. Santísima Faz doliente, abrumada y humanísima.

Enséñanos a ser buenos alicantinos, hermanos valencianos, a respetar nuestras ideas y compartir nuestros destinos

aunque, aparentemente, no sean los mismos ni parezcan conducir al mismo fin, que no puede ser otro, hoy más que nunca, al menos, que la solidaridad en tu servicio...

Haznos construir el Reino que propugnabas guardando la espada, sacando el pan y el vino, abriendo bien los brazos y ensanchando la sonrisa; conviértenos en especialistas del buen ejemplo, en repartidores de amor y en obreros entusiastas de la paz.

Saca del error a quien permanezca en él, porque no hay peor mal que la ignorancia ni más ciencia auténtica que la bondad. Quien no sabe, o no sabe saber, no puede amar.

Considéranos un pueblo de hombres que pretenden ser justos y aspiran a merecer la llamada de tu Gracia. Disculpa nuestras reservas y diferencias y ayúdanos a superarlas intentando repetir en todos los actos de nuestra vida esta solidaridad entrañable intercambiada de rollitos, mistelas y confraternidad peregrina con la que el jueves te acompañamos.

Ofrece, cada día a nuestra frente, el paño amistoso de tu dulce cuidado. Somos débiles y miserables. Tropezamos y caemos. Y ganamos con esfuerzo cada migaja de seguridad y sosiego. Seca nuestro sudor y enjuga nuestras lágrimas, que no se anda la jornada, competitiva y atroz, sin heridas ni menoscabo.

Hazte cargo, este día, de nuestro acopio innumerable de corazones, que laten al unísono detrás de tu Rostro bendito. Mañana será otro, como siempre, pero su ayer, hoy, Alicante fue una piña cordial enamorada de la Santísima Cara de Dios. Juntos hemos emitido todos eso que llaman «buenas vibraciones». Ese día se establece entre el pueblo entero de Alicante lo mejor de eso que conocemos, impersonalmente, por «química». Hemos estado todos contigo, Santísima Faz.

Nos ha presidido la Gracia y hasta el mar parecía de agua bendita.

Paz, Santa Faz. Procúranos la paz. Danos paz, trabajo, amor y ciudadanía. Si Tú nos ayudas, lo demás intentaremos ponerlo nosotros. Que no será flojo propósito.

Protocolo de la uva

Hasta su propio nombre la entronca con la vida del hombre. La vid es una planta vivaz, trepadora y rastrera, de la familia de las vitáceas (otra vez la vida, rozada semánticamente, vivaz, vitácea) de tronco retorcido, vástagos largos, flexibles y nudosos y hoja peciolada, acabada en cinco lóbulos puntiagudos, el pámpano como una mano, con sus cinco dedos para partir el pan, la otra sustancia transubstancial que se alterna en la liturgia cristiana con el zumo de las bayas maduras de la vid. Planta absolutamente mediterránea, con el olivo y el trigo, fábricas de los tres alimentos bíblicos que han movido nuestra civilización, pan, vino y óleo, tan presentes, sacramentalmente, con el agua, en nuestra vida y en nuestra muerte.

La vid fue siempre planta humilde, de secano, riqueza de las agriculturas pobres, arrastrándose por el suelo con sus frutos en contacto con la tierra, de la que el hombre se ocupaba, a la hora de recolectar, en la vendimia, y, luego, en invierno, de la poda aliviadora, de cara a la renovación del ciclo. El resto, lo hacia el tiempo, en sus dos acepciones de duración y climatología. Hasta que llegaron los novelderos a cambiarle la disposición casi específica, a pasarla de rastrera

a copuda, a convertirla en una suerte, primero, como de rosal de pie alto y luego, emparrándola a mayor nivel, de una manera organizada, simétrica, trocando en vergeles los bancales, en materia de matemáticos bosques enanos de escandalosa uberrimidad. De homologados cármenes, hasta un punto casi cursi de elaborada atención. La uva, en Novelda, es un rito, una religión, como hacer encaje (randa, se dice en Novelda) con lo verde y exactitud y prodigio de lo coyunturalmente vegetal y contingente. Cuelgan de las cepas, limpia y diferenciadamente, los racimos, como ubres botánicas, como si lo verde pudiera ser mamífero, en una ostentación casi erótica que mis paisanos cubren, pudorosamente, metiendo cada teta en una bolsa de papel. Pienso que la uva de Novelda, es el único fruto de la creación que el hombre reviste y aísla de la intemperie, en virtud de una artificiosidad como la que emplea para cubrir su cuerpo, algo que tampoco hace ningún otro animal del planeta. En mi pueblo, la cosecha se vende, muchas veces, a estima, sin pesar. Un especialista, llamado «alfarrasador» la calcula a ojo. Como si cuando vemos a una moza bien pertrechada de proa, pensáramos, «esa, talla 90», alfarrasando maliciosamente, la íntima cazoleta. La uva tiene algo de humano, de femenina, de ostentosamente hembra y la bolsa hace las veces de su ropa interior, veladora, sugestiva y púdica.

Dentro de la bolsa, la uva madura lenta y garantizadamente, a salvo de inclemencias y protegida de plagas, para llegar al milagro del racimo en la mesa, con su color crema pálido, cubierto de un polvillo más fino que el que tiñe las alas de la mariposa y da auténtica pena tocarlo porque allí donde se posa nuestro dedo grosero, se produce un brillo que representa la huella digital de nuestra desconsiderada audacia y la interrupción de aquella impalpable cobertura mate,

de suave color hueso, que respetaron vientos, lluvia, insectos y cualesquiera otra circunstancia hostil.

El racimo es un éxito natural, una constelación arriñonada de redondeces, el símbolo más espléndido de la vida en su más aparatosa exhibición y sensualidad. Un descaro del universo, rotundamente hembra hasta casi el pecado. La uva es un fruto en celo, preñado de teología. Lo cónico, hecho redondo. Pirámide invertida de jugosa carne líquida. Da gusto cachetear una sandía, frotar una manzana u oler una mandarina. Pero tener entre las manos un racimo, apareja sensaciones de una morbidez tensa y turgente, casi transnatural, porque las siente una persona a propósito de un vegetal, como embarullando el mundo de los reinos de la creación. Un animal inteligente, casi enamorado de un vegetal, con los pies en la tierra, que ofrece la tercera dimensión de la naturaleza, en nombre del orden mineral. Siempre se representaron las bacanales como llenas de personajes gordinflones y medio desnudos, mordisqueando racimos, como en la actitud más lubricamente nutricia y alimentaria, en virtud de una como especie de rijo por lo verde. Baco coronado de pámpanos. Nerón, con la mano arracimada. La uva ofrece los senos de la tierra, los pechos del campo, el gran escote del horizonte lleno de ubres para la leche morada, color sangre de toro. El busto vegetal por excelencia. La mama múltiple del universo. Porque el racimo es alegría y la vendimia es fiesta. Y porque su jugo es vida, se transforma en la sangre de Dios, dispuesto para la consagración, sustancia de milagro, desde el templo previo del agro. Misterio y sacramento.

En Julio, todo el Vinalopó, Novelda, Aspe, Monforte, Agost y los dos Hondones, cuando se desvisten los santos para sacarlos en procesión, se dedica a vestir a la uva, a meter en sujetadores de papel los pechos de la vid. Como en una

casta y delicada ceremonia que cubre las apariencias y recata y rescata la intimidad de un fruto cuyas nupcias definitivas tendrán lugar en Diciembre, cuando el mercado rompa el envoltorio y desflore el misterio de su fecundo interior.

El viñedo, en Novelda, cobra la artificiosidad de lo más extremadamente natural. Vencida y transformada la naturaleza por el arte, se produce el prodigio que atribuimos, en la misa, «a la vid y el trabajo del hombre». En nuestro caso, habría que añadir, detrás de la palabra trabajo, la expresión, «y el celoso buen gusto del hombre». Y, para ser justos, de la mujer. Que hay mucha mano femenina en esta industria, en el vestido de las glándulas frutales de la flaca novia y en la final y definitiva limpieza del envasado de tanto primor...

Huele la vida

Huele la tierra. Huele el agua. El agua y la tierra son la patria de lo verde. Y lo verde, la fabrica del oxigeno que ventila nuestros pulmones, la colada feliz de nuestra sangre, la higiene y el aseo de nuestro fluido hierro interior. ¡Como huelen la tierra y el agua combinadas, el beso del humus y el agua, convertidos en humedad telúrica, la tierra fecundada por el liquido! Ese olor que empieza por el polvo mojado, arranque de una copia de perfumes que son el primor de la lluvia. Huele el horizonte, entonces, a tiempo primigenio, a momento inaugural, a natural estreno. Huele el paisaje a ecuación de vida en el verde bañado, a clorofila aseada, a madera que se esponja y, aun muerta, se hinche y renueva, como visitada nuevamente por el prodigio de la vida. Huelen la hoja y la rama, huele el tronco, agrietado y envejecido, huele el suelo, huele el planeta. La lluvia es inodora pero se perfuma al bendecir la tierra. El agua y la tierra tan complementarias...

Cuando la tierra y el agua huelen, a cielo y a suelo, el aire como el cristal sutil que posibilita la difusión de su olor, libre estuche del espacio, le ofrece su amplio volumen sin límites. Huele el aire. Huele el aire a tierra y agua. A naturale-

za mojada. A obra limpia de Dios. A Creación lavada. Un aire alto y fino. Como el aire de Diciembre, el más claro del año.

Huele el campo. Huele la huerta. Y el bosque y la selva. Y huele el monte, además, a hierbas y a pueblo próximo. Los olores de la tierra son copiosamente suscitadores. Pero todos, absolutamente todos, hijos del primer olor del mundo, el de la tierra fecundada por el agua.

La vida es una biografía de olores. Conservo intacto el olor de la madre. El de su piel y la mía, cuando una era la continuidad de la otra, en aquella comunicación que parecia prolongar, por fuera, un culminado embarazo, yo un apéndice suyo envuelto en tejidos que olían a su perfume, a mi colonia y a leche agriada, residual producto de aquellos pequeños eructos sobre su hombro, favorecidos por sus golpecillos en mi espalda de juguete. Y el del cole primero, a madera de pupitre, papel, tinta y lápiz mordido. El de la iglesia, mezcla de aliento de beata, cera e incienso. Los del primer hijo, repetidores de aquellos maternales tan lejanos y próximos. Tan, todavía, inmediatos... Y también recuerdo como olia aquella noche del primer amor, y aquella ciudad del episodio irrepetible, y tantos libros, sabiduría vieja y rancia, y los guisos inimitables de la abuela, en cazuelitas como para muñecas... Hasta su hogarcito, su fueguecillo, olía especial, a carbon de encina encendido con tiras secas de cáscara de naranja. Entonces, todo valía y se aprovechaba... Y luego, el mundo de tantas flores, ese barroquismo de perfumes. El lirismo gótico del jazmín, breve e intenso. La fragancia sutil de la rosa. Sensaciones casi demasiado elaboradas, para la humildad del sentido y la elementalidad del gusto. Como si Dios se hubiera pasado un pelín. Olores biográficos. Olores históricos. Resumen de la existencia. Olores antropológicos. Los olores de

nuestra varia circunstancia. Pero los del agua y la tierra son de otro linaje. En el agua y la tierra olemos a principio, a anterioridad, a origen, a continuidad. A antes y después. Por eso me suscitan tanto y emocionan hasta magnitudes de sensación difícilmente expresables...

Como creer es conocer con dudas, oler es repensar con la sensación. Te convierte el mundo en una suerte de vaso destilando fragancias. Ese mundo que, todo, todo, huele a Dios. El perfume es la metafísica del olfato. Como el estilo del escritor es el olor de sus palabras, el estilo de Dios es el olor de todas las cosas. Hay momentos en que la vida huele como el atardecer de un pastor, que diría Ramón. Como si se difundiese el incienso natural de la liturgia del planeta.

La memoria es un archivo de perfumes. Y el olor, con la música, una metáfora del aire. Una intimidad continua. Si será importante el olor que el mejor amigo del hombre tiene su inteligencia en la nariz...Yo creo que lo peor de los muertos es que no pueden seguir oliendo...

Y entre nosotros, los alicantinos, la vida huele a azul. Estamos inmersos en azul. Nos concierne el azul. El mar, el cielo, el aire y hasta la tibieza nuestra, son azules. No hay nada azul en el mundo. Muy pocas, rarísimas, flores. Ninguna rosa. El cielo es fálsamente azul. La mar, no menos mentido color. Son caprichos de la luz, que se escribe, casi, con las mismas letras que azul...Y, sin embargo, por lo menos a mí, todo en Alicante se me tiñe de azul, se me viste de azul, se me recuerda en azul. Así se me representaba en mi cuarto de siglo de ausencia, nostálgicamente azul y así lo encontraba, cuando retornaba, ilusionado, a visitarlo... Alicante azul... Azulalicante...Me toca la memoria, al respecto, el felicísimo palíndromo «luz azul», esa expresión capicúa que parece concebida para nosotros.

La luz

Soy mediterráneo. La luz es mi atmósfera. Esa materia, esa sustancia, esa criatura, que tiene cuerpo porque se curva con la gravedad, que nace en el sol y nos alcanza a los 8 minutos, cuya naturaleza ignoramos, que si corpuscular u ondulatoria, con carne de fotones. Ese invento de Dios sin cuya realidad no sería estudiable su obra, traducida a ecuaciones. Una realidad que, en concepto de velocidad, sirvió a Einstein para formular su teoría de la relatividad general, esa que sirve para explicarlo todo, y, retrocediendo, hasta llegar, casi al segundo de precisión, hasta el Big Bang.

Y el caso es que el Creador, para hacerlo todo, empezó a oscuras. Hizo el cielo y la tierra, según el Génesis y «la encontró vacía, «con las tinieblas cubriendo el abismo mientras el espíritu de Dios se movía sobre las aguas.» Y ya en su primera jornada, para trabajar a gusto, necesitó la luz y la hizo, encontrando que era buena y le servia para separarla de las tinieblas estableciendo el dia y la noche... Tardó muy poco Dios en darse cuenta de su indispensabilidad. Pero lo cierto es que comenzó a tientas. Como cuando creó al hombre y la cosa anduvo incompleta hasta el episodio de la costilla de Adán mientras dormía. Y es que cuesta estar en todo, aunque

se sea Dios y se tenga la solución tan a mano... Desde entonces, la luz está presente en la claridad de las visiones, en la posibilidad de ver el cielo, de distinguir las tonalidades, de que crezca lo verde para fabricar oxigeno y alimentar la vida que, en definitiva, consiste en una forma de combustión. A la luz de la luz, cabe la claridad, cabe el calor, cabe la ciencia, caben los colores, (el cuerpo de la luz, decompuesto por el prisma, es un haz cromático), cabe el saber astronómico, la investigación en el laboratorio, el diagnostico médico, los tratamientos con rayos y hasta el arte representativo y la información mediática. La luz ilumina todas las actividades de los hombres. Y un hombre sin luz, es ciego para todo lo no inmediato a sus dedos. Lo más positivo que ve el ciego es que no ve. La luz es un injerto de Dios en la materia. El brillo de la energía.

Nosotros mismos somos luz. Venimos de partículas que ardieron a millones de grados, todo luz, hace 15.000 millones de años. Ya estábamos allí... Y éramos calor y energía y materia y luz. Sobre todo, luz. Desde un proceso hijo de la luz, antes energía pura, somos hoy cerebro, alma, fe y amor, como el fulgor apagado de una ocasión estelar. Mi madre era y sigue siendo, luz. La noche estrellada es un millón de luces. La luz, el espíritu de la materia. La luz es el sitio de Dios, la mirada de Dios, el aliento de Dios, su oración sin palabras, su teológica medida de todas las cosas...

Las ondas de lo que vemos, dicen que vibran 18 veces por segundo ante los conos y los bastones de la retina, en lo que llaman nuestro «signo moméntico». Y todo ese episodio científico, se llama, simplemente, luz. Dicen que la música es la poesía del sonido. De igual forma, la belleza formal, la armonía en los colores, el horizonte infinito, el paisaje soñado, el rostro de la amada, la sonrisa y los ojos de la madre, son

poesía de la luz. Generalizando casi hasta lo absoluto, la luz es el buen gusto de Dios. La luz, una de las manifestaciones resultantes de la gran reducción a que los científicos conducen el cosmos, dos partículas, quarks y leptones, trabadas por una sola fuerza, la electromagnética de la que ella, la luz, es uno de los resultados. El más hermoso.

La luz es una herramienta, un factor racional, un instrumento de valoración, el conocimiento de cuya velocidad de desplazamiento nos puede llevar, marcha atrás, a 300.000 kilómetros por segundo, hasta el instante concreto en que Dios dijo «Fiat». Sin la luz, ese viaje intelectual, seria imposible. Sin las luces que procura la luz. Esa «virtud para obrar», como traducen los griegos la palabra energía...

Gusta pensar en la luz. De momento, una cosa real, que existe, que se da, que se propaga a una velocidad fija conocida, no tiene bordes. Se mete en nuestra conciencia como una sucursal de Dios. Y decimos del sabio, que tiene luces. No tiene bordes pero tiene forma y si le opones un obstáculo opaco, choca y se refleja y, detrás, se pone a yacer su cadáver, la sombra. La sombra es un tropiezo de la luz. «Yo soy dos», decía San Agustín. Pienso que se refería a él y su luz. A eso que Unamuno decía que «esculpía en la niebla». Eso que Velázquez metió en sus lienzos, para siempre. Eso que Cristo hizo sinónimo de cruz, claridad del más allá, inmortalidad iluminada. En la luz, llueve Dios y esa lluvia, en la fotografía, se hace fósil.

La luz es la gracia del universo. Como el agua su sonrisa y la brisa su aliento. Lo peor del Infierno, si lo hay, será la falta de luz. Exactamente, ya lo ha dicho el Papa poeta. No lo hay. No es un sitio. Es una situación, la del hombre que se niega a la luz de Dios...

Valenciano y honor del diminutivo

No soy un entusiasta del valenciano. Lo siento. La morriña tribal nunca me afectó (pasé, por circunstancias que nos afectaron a muchos, de la infancia a la madurez, lejos de mi paisaje) y me considero muy poco folclórico. Amo a mi tierra con toda al alma. Eso es todo. Y cada vez más. No lo he sabido hablar nunca y dista mucho de enfervorizarme. No me atrae cómo suena. Será un defecto de mi oído. Y creo que lo tengo para las lenguas. Pero ese es otro asunto. Ello no es óbice para que me maravillen algunas de sus peculiaridades. Por ejemplo, su exquisita capacidad para el diminutivo, sin perjuicio de la dignidad enteriza del término disminuido. El diminutivo, generalmente, rebaja, resta, quita relieve, cuando no afemina o cursiliza. Fuera del ámbito familiar, cariñoso, casi no hay derecho al diminutivo. Hay cosas que no admiten diminutivo sin merma de su integridad conceptual, sin menoscabo de su esencia irreductible. Pues bien, el valenciano, que no es cantarín y deslizante como el catalán, afrancesado tonalmente y en sus variaciones vocales simples y combinativas (ese Pedro, Pere, Pera no se lo salta cualquiera, así como la bona tarda) sino, más bien, rudo y seco, (probablemente, con el castellano, el menos suavizado de todos los ro-

mances), tiene, paradigmáticamente, una singular disposición para el diminutivo afortunado, noble, hermoso y a veces casi una obra de arte, en absoluto afectado, dignamente tocado por la gracia. En valenciano se puede aludir, diminutivamente, a infinidad de conceptos y situaciones que no admitirían el mismo trato correspondiente, en castellano. «A poqueta nit», por ejemplo. Es una bellísima manera de referirse al atardecer, popularmente poética y exacta, y en modo alguno devaluada sino, muy al contrario, elevada a primor expresivo de alta naturaleza. Digamos, en español, «a poquita noche» y nos sale una cursilería como un ocaso. Y que, además, suena mal. Nosotros podemos decir «de mañanita» por el «de bon de matí» valenciano (tambien me parece forma superior a la castellana), sin que nada se resienta. Pero, «a poquita noche», de ninguna manera. Hay que ser mejicano para decir «ahorita» y que no suene monflorita.

En Novelda hay un paraje denominado «dels Garroferets», hacia el noroeste del término municipal. ¿Se imagina alguien a algún cristiano diciéndole a otro, «vivo por los Algarrobitos»? ¿Y qué decir del «almorsaret»? ¿Qué castellano sería capaz de decir estamos «de almuercito», sin que sonara, por lo menos, a medio marica?

El diminutivo valenciano es un tratamiento poético del habla en que el amor no degenera en ternurina o ñonería. Y se puede referir a lugares, «La Serreta» en Novelda, donde vive un hermano mío (¡Qué horror la sierrecita!), La Albufereta, El Barranquet, La Sangueta, como un paraje de Alicante... y hasta a la Virgen de los Desamparados, la que llaman «cheperudeta» porque está inclinada hacia delante, como buscándonos para recibirnos en abrazo. Y ¿qué me dicen ustedes de la fórmula religiosa, eminentemente popular que más me llega a los fondos del alma, en relación con el habla

de los valencianos, «la Maredeueta», título, todo hay que decirlo, de un himno a la Virgen valenciana de mi abuelo político Manuel Penella? No encuentro modo más familiar, entrañable, cariñoso y dulce de referirse a la Madre de Dios, a la que estrenó ese título dogmático en el Concilio de Éfeso el año 431 de nuestra Era. La «Maredeueta» es un portento expresivo sólo posibilitado por el valenciano. Un lujo teológico. Una gala mística en que el idioma reza con la sola vocalización de cinco sílabas, diez letras, en las que se ha residenciado la gracia.

Diga usted la Madrecita de Dios, o la Madrediosecita, o la Madrediosita y no sólo no es lo mismo, sino que resulta, y esto es lo que llena el ánimo de tristeza, tratándose de una referencia a la Llena de Gracia y en español, un desastre. Yo no creo que exista en todo el mundo cristiano una manera más sencilla, humilde, más como brotada de las más profundas honduras del corazón, y más afortunadamente homologada con nuestra pequeñez y su grandeza, que esta que han elaborado los valencianos para designar a la Virgen, a esa realidad máxima de nuestra fe, mínimamente elevada por la vía del diminutivo vernáculo, a dimensiones teológico-populares de inusitada magnificencia. «La Maredeueta» es una delicadeza léxica, una joya de la expresión, un encanto verbal, un piropo a la Virgen, dicho como haciéndose uno niño. Más hijo de Ella. La fina sutileza de un pueblo eminentemente dotado para lo bello...

El español tiene «Virgencita», que está bien, que no disuena. Los diminutivos femeninos, tienen un superior grado de tolerencia. Pero no puede compararse a la elegancia popular, al primor familiar, a la sutileza humilde y delicada de la «Maredeueta», que hace próximos y entrañables a los dos conceptos concernidos, Dios y su Madre. Aunque sólo fuera

por este hallazgo casi sublime, el valenciano sería un venero de maravillas...

Miró, solo

Miró no fue profeta en su tierra. Se usa la expresión, generalmente, para todo el que no triunfó en su lugar de nacimiento. En el caso de nuestro Gabriel, tan consustanciado con su tierra, tan tierra de su tierra, tan hijo de su cielo que hasta tenía en los ojos su mismo color, tal vez de tanto mirarlo, tan resultado y resultante humano de una comunión con el paisaje transfiguradora casi, resulta más paradigmática. Hay que decirlo bien claro. Los alicantinos de su tiempo no vieron a Miró. No lo advirtieron. Alicante, en lo ciudadano y vecino, no miró a Miró. Ignoró casi miserablemente, con la impiedad de una indiferencia rayana en el desprecio, a uno de sus más preclaros hijos. Y cuando digo preclaro, lo digo a conciencia, consciente de la claridad y clarividencia del artista de la palabra clara, luminosa, deslumbrante casi, como para ser leida con los ojos semi entornados, porque la luz de su capacidad de ideación hermosa era como demasiado resplandeciente.

Escuchamos una vez, en la presentación de una Biografía del autor, de la voz autorizadisima de un ilustre amigo, don Vicente Ramos, máximo especialista en Miró, albacea de su legado de belleza y precisión, gran sacerdote del culto a

este arcángel de la palabra, el grado de mezquindad (él, tan discreto y ponderado no calificaba, casi, la actitud, que uno seria capaz de adjetivar como cruel e incluso ruin, fábrica del dolido sentir de aquel espíritu delicado, desde su naturaleza exquisitamente sensible), de la sociedad de su tiempo, de los alicantinos de su contemporaneidad. Se lo negaron todo, atención, calle, medalla, distinción honorifica, mínimo reconocimiento cualesquiera... Con el añadido de la burla sañuda a la ni curiosa comprensión.

¿Es el alicantino tan individualista e insolidario, tan reacio al reconocimiento de la excelencia, se duele tanto con el valor del prójimo próximo y propio? ¿Tendrá algo que ver el fenómeno con esa apatía y desinterés que suelen llamar, ellos mismos, los alicantinos, «menfotismo»? En tal caso, Vicente Ramos sería un alicantino atípico. Ha dedicado al estudio de Miró, gran parte de su vida de intenso y apasionado (no se si le cuadra el adjetivo, a él, tan sosegádamente moderado) amor por la investigación. Y a él se debe, en copiosa porción, el conocimiento y reconocimiento actual del aquel orfebre verbal de los ojos azules. Aquellos ojos de observador enamorado...

Ramos nos definió a un Miró retraído y tal vez poco sociable. Un tanto introvertido. Desde luego, se llega a más cosas en la vida teniendo bien desarrollado eso que llaman don de gentes. Y no digamos, con una buena condición de trepa. De cara al éxito social, por lo menos. Lo que no buscaba Gabriel. Pero estamos contemplando otro éxito, el aunque fuese minoritario y restringido, de las capillitas ilustradas locales, de la cultureta del momento. Ahí sí que debió alcanzar aunque fuese un mínimo de eco, una resonancia siquiera reducida el prodigioso artista. Y los alicantinos se las negaron. Como si les molestase su magnitud, tacaños de reconoci-

miento, o envidiosos de su callada gloria. Mejor, de su callado derecho a ella.

Tuvo que irse a Barcelona primero, luego a Madrid, donde siguió luchando contra la incomprensión y el desinterés, pese a los reiterados esfuerzos de Azorín por proponerlo a una Real Academia igualmente cerrada a los primores del estilo de un escritor excepcionalmente irrepetible.

Miró le quedó grande incluso a Ortega y Gasset, que ya es decir, una mente tan clara y tan fina, que hizo una crítica absolutamente desafortunada del más afortunado de los libros de Gabriel. Nada menos que «la masa gris», como le llamaban los deslumbrados por la capacidad intelectual del don José de «España Invertebrada». Como se ve, para el pobre Miró, toda España estaba llena de alicantinos, de verdad y nación, u honorarios. ¿Salva esta consideración la responsabilidad de los auténticos, sus paisanos contemporáneos? Yo creo que no. Si ellos lo hubieran sabido ver y apreciar, Miró no habría tenido necesidad de irse a empezar otra vez de cero, a tierras que no eran la suya, de desarraigarse, como decía don Vicente Ramos, en una feliz metáfora muy relacionada con su tierrismo, su alicantinismo terrenal, campestre, solar y telúrico. Aquí estaba su raigambre y tuvo que marcharse a otros paisajes con las raíces al aire, episodio que no tolera sin grave quebranto o muerte, planta alguna. Luego vinieron los desagravios post mortem. Esos que sólo sirven al lucimiento de los prohombres que los proponen, cortan las cintas y salen en la foto. Una miserabilidad añadida a las inferidas en vida, que sería contemplada desde el cielo por Gabriel con una triste sonrisa...

A lo mejor, no se supo hacer un sitio. No basta con valer. Hay que trabajarse el producto. Y Gabriel no tenía alma de comerciante. Él había venido a crear belleza y a repartir-

la. No a imponerla y ponerle precio. Alicante fue duro de oído. Y se lo perdió... Ya nunca tendrá ocasión de deshacer aquel entuerto...

La paella

La humanidad se ha nutrido, continentalmente, a lo largo de la historia, a partir de tres granos vegetales, tres gramíneas, que le procuraron el aporte energético indispensable para el devenir de la especie. Los tres alimentos fundamentales de todas las civilizaciones. Arroz en Asia, maiz en América y trigo en Europa y el Mediterráneo. Para los amarillos, la monocotiledónea blanca. Para los blancos, la morena o bronceada y para los cobrizos, la amarilla. Colores invertidos, sin proporcionada correspondencia entre estómagos y cosechas. Y en África, triste geografía de la hambruna, como dice Campmany que hablan los huertanos murcianos, «lo que dé la mata».

Chinos, japoneses, hindúes, han hecho del arroz, la mas pálida de las farináceas, norma y estilo de su nutrición. El cuenco de arroz cocido, en todas las cuencas con agua. Simple, poco elaborado, como corresponde a un complemento elementalmente fundamental. Como si fuera su pan, esa indispensabilidad de nuestra dieta, que no pasa de ser una combinación, tambien muy simple, de harina, agua, sal y fuego. Si los chinos tuviesen su Padrenuestro, pedirían a la deidad correspondiente, con más o menos brazos y más o menos

vientre, el arroz suyo de cada día. El valenciano, imaginativo, creador, tomó el arroz y lo convirtió en una falla gastronómica, prodigio de inteligencia y cultura. Alimentación es a gastronomía como nutrición a erotismo del hambre, según proclama Valencia en su obra de arte culinario. Resumen de tratamientos, sabores, ingredientes, condimentos, colores y olores,que culminan en la obra terminada, redonda, nunca mejor dicho, ofrecida en la paellera como el cuadro en su marco. Resultado final que hasta da pena cursar por el tracto digestivo. Plato de domingo familiar y fiesta nacional. Festival domestico-alimentario que congrega a varias generaciones en torno a la mesa. Un universo de cosas en torno al arroz. De las cosas bellas y perfumadas y sabrosas, que Dios dispone. Mascletá de la cocina. La paella es un girasol impresionista en que parece que han metido la mano Van Gohg, Toulouse Lautrec y hasta el Miró mallorquín, tocados de gorros blancos, como setas gigantes, de cocinero.

Galaxia de mínimos topacios entreverados de rubíes, efecto del maravilloso azafrán, ese bendito sexo seco de una iridácea nazarena, de la ñora, del tomate y el pimiento. Resulta increible que se llegue a tanto a partir de un granito tan sencillo. Del mínimo, blancuzco, prismático casi, cuarcito vegetal criado entre el agua, anegado, como planta, hasta su siega. A un oriental la paella le parecerá una exagerada parafernalia. Un sacrilegio. Un desmadre. Y a un indio, que es, tambien, un oriental, no amarillo sino moreno y hasta negro, y con los ojos enormes en lugar de cerradamente apaisados, el joyero de una maharaní.

La paella es lirismo de la cocina, religión de la mesa, liturgia del color, el sabor y el olor. Como una condensación de Valencia. Valencia hecha yantar. Flores trabajos, canciones, hermosuras, imaginación, fantasía. Su fuego y sus true-

nos, su pólvora y su luz, alrededor del arroz. Barroca, como tantas cosas nuestras, espléndida, generosa, como una perfección hecha a mano. Mediterráneo, luz, sabiduría (sabor y saber), fe y cultura... En el resto del mundo, el arroz se come para alimentarse. En mucho mundo, para no morir de hambre. En Valencia, para ser feliz. La paella se convierte en un disfrute hijo de la afortunada combinación de la industria del hombre y los bienes de la naturaleza. Exaltación cumbre de las posibilidades de ese granito blanco, involucrado en una receta para dioses. Crisol de conocimientos. Ocurrencia digestiva. Ingenio del paladar. Fiesta mayor, encaje, floritura y ornato. Belleza redonda, sólida, popular, natural y acumulada. Olimpiada del fogón. Gloria en reposo.

La paella es como una primavera comestible. Un mediodía alimenticio. La liturgia aparatosa de una nutrición espectacular. Arte, religión, ciencia, cultura, imaginación, sensibilidad y buen gusto.

Valencia comestible. Nuestro plato regional es el sol de Valencia metido en un estuche de hierro, circular. Borrachera de poesía, de música, de virtud, como aconsejaba Baudelaire, que no sé qué habría terminando añadiendo, de haberla conocido. Medalla insigne, honor de nuestro hogar, condecoración sabrosa en el pecho de España... Nuestro arroz guisado vale como un dije comestible, un camafeo, camabonito o comebonito. Milagro de los fogones. La paella se cocina sonriendo. Y se come como en un rito religioso que congrega y religa. Pienso que nadie, para comerla solo, a solas, se haría una paella. La paella es una concelebración. El estómago se dispone, para recibirla, como el ágora griega o el foro romano. Social, amistoso y casi, aunque parezca un disparate, individualmente gregario...

A mi, que soy alicantino, no me importa llamarla por su nombre, «paella». Politizar este yantar me parece una paletería anticentralista. Pero vean nuestros restaurantes. Lean sus cartas. Todo son «arroces alicantinos» de esto o de aquello. En lugar de poner el acento de amor local en que las hacemos mucho mejor que los valencianos, constancia al alcance de cualquier sensato paladar... ¿Por qué no, paella, si ya no es solo valenciana sino, nacional? Hay gente que sería capaz de reivindicar políticamente hasta la tortilla de patatas...

Atardecer en Novelda

Uno de los prodigios y primores que puede ofrecer la vida, es asistir, enterándose, de una manera consciente, valorándolo, viviéndolo en su atenuada gradualidad decadente, a un atardecer de verano en mi pueblo. La luz va despidiéndose de puntillas. El azul del cielo pasa de un raro lila desvaído a un gris extraño, color de agua lavada. Un gris que va deslizándose hacia la oscuridad a un ritmo que, si te empeñas, llegas a percibir. El día se desangra por la arteria de la tarde, como en un suicidio luminoso sosegadamente dulce. Se cierran unas flores y se abren otras, la primera, el jazmín, que inaugura su mínimo papel de estrella antes de que acudan a la falda del cielo los lunares, dispuestos en triángulos, de las otras, aquellas cuya contemplación, distraídamente intensa, durante la noche estival, constituye una de las más sugerentes situaciones que puede deparar la existencia. Mirar el cielo estrellado es como leer a Dios con ojos asombrados. Interpretar sus claves más arcanas. Preguntarse por Él y por uno mismo, por la singularisima relación que nos hace próximos y de la misma sustancia intelectual, salvadas todas las distancias, siderales estas, que hablamos de estrellas..Y de Dios.

Pero no nos precipitemos. La tarde se ha ido y la noche aun no ha llegado. Es el momento en que las montañas son azules y el ocaso arde, suavemente, rosa. Las cigarras fatigan sus últimos rasgueos. Se abren los jazmines rizando, al principio, sus cinco pétalillos que luego fingirán una pequeña estrella desplegada, como la rosa de los vientos o el cristal de la nieve, tan intensos en su humildad como en su perfume. Nunca hubo tanto olor en menos flor. Entrecruzan los murciélagos sus ciegos viajes sobre la piscina, recogidos los pájaros y extendido el silencio, porque tambien anochece el ruido. Todo va entrando en una paz de tonos marengos, acallada la brisa, suicidado el viento, las hojas fijas, mate el agua y común el verde, en una desaparición paulatina de matices. Ninguna luz, ninguna sombra, el gris ennegreciéndose como en una hemorragia de colores hacia el medio luto,con vocación de negro, casi inmediato. Los perfiles se pierden, como cansados de sus aristas o fatigados morfológicamente. Como si las cosas, en cierto modo, quisieran dejar de ser, descansar de haber sido cada una lo suyo, radiantemente claras, exactas y perfectas. Relajar su meridiana precisión.

Un gran bostezo telúrico adormece los sentidos. Tu estás alerta, quieres vivirlo y cada vez te van fallando más los medios. Todo se confunde, unifica, ablanda, callado, tranquilo, manso, como no queriendo seguir siendo y haciendo realidad. Sientes el sosiego. Palpas la paz. Percibes, envuelto en el bienestar, lo bien hecho. Te dejas seducir por una sensación de plenitud no perfecta del todo, indefiniblemente incompleta. Armonizas con lo que hay. Sintonizas con el medio. Y el medio es el universo que se cierra en torno a ti, envolviéndote en su misterio. Es un lujo respirar. No hace falta abrir los ojos. El aire es una realidad inconcreta que no siente la piel, ni frío ni calor, únicamente afectada por la

temperatura atípica e irreal de la ventura física y la armonía espiritual.

En Novelda, durante el verano, anochece mágicamente. En la tierra de la luz, se hace la oscuridad de una manera del orden de lo sublime. Nuestro atardecer es una experiencia casi teológica, una obra de misericordia de la naturaleza. Una virtud meteorológica inefable. Nada relumbra. Los ojos, absolutamente libres, cuando, aparentemente menos hay que ver. Cuando hay que ver, sin estridencias, el forro de la vida, la parte de atrás de la existencia, lo que no ciega ni deslumbra, a la satinada luz de la luna, albacea de las estrellas y el fondo de la noche. A la espalda feliz de la intemperancia. El dia tiene en mi pueblo un morir hermosisimo. Yo lo vivo, casi religiosamente, todos los veranos. En esta vacación de secano, todo queda en la noche concernido por un éxtasis de penumbra, la huerta y el jardín, bajo un orden de estrellas que hace al ciprés hermano sombrío de la palmera y a esta del ficus, compartiendo masa, perfil, volumen e indefinición. Huelo, sensualmente, a jazmín, cuando la noche consagra la omisión del paisaje, en una meditación sin pretensiones, auténtica mística de manual. Huelo a jazmín, transmutado el aire en atmósfera, el tiempo en duración y el instante en eternidad. El día, el espacio, ásperamente macho, ardoroso y hostil en su plenitud, lánguidamente transfigurado ahora en hembra, tendida y acogedora, de terciopelo y marfil, dando asiento a mi disposición moral, mientras oran mis ojos tomando cuenta del despilfarrado estrellerío. Se me esponja el alma, llena de una bienaventurada sensación de presencia de Dios. Si el cielo no es esto, tampoco será mucho mejor. Pensar en el Creador y en uno mismo, mirando el cielo estrellado de la noche veraniega de Novelda y oliendo a jazmín, es como escapar, desde este rincón concreto del valle del Vinalopó, por

lo menos de momento, del de lágrimas al que nos referimos en la Salve. Y con alguien amado a la vera, apretada su mano como para constatar que no se está soñando, sencillamente, un milagro...

No creo que sea chauvinismo. Posiblemente, todo el mundo tiene su atardecer especial, en su pueblo distinto y lo encuentra inigualable. Todo Papa tiene su «fiumata bianca» y su sor Pascualina. Pero yo he tenido y vivido mucha existencia, bajo otros cielo, no menos querido. Creo que no me ciñe al atardecer noveldero ningún morriñismo folclórico. Me parece una experiencia, emocionante pero objetiva. La hora exacta, sin reloj. Como una soledad llenisima de amigos...

Los italianos del siglo XVI decían «Dios se ha hecho español». Pues yo digo, en el atardecer veraniego de mi pueblo, «Dios se ha hecho noveldero». Tambien se dice, «más a gusto que Dios en Francia». Pues no, si acaso, tan a gusto como Dios en la «poqueta nit» (¡qué belleza expresiva, con lo poco que me gusta el valenciano!) del paisaje noveldero...

Pienso que el Señor, en la anochecida veraniega novelense, acude como a rondar a la que fue su novia bíblica, Maria Magdalena, patrona de mis paisanos y uno lo percibe, como de cerca, en aquel ambiente horaciano tan propio del maestro salmantino. La que más lo amó, después de la Madre. Rara complicidad teológica vertida sobre el anochecerse de Novelda...Uno piensa en los líricos de nuestro segundo Renacimiento, Fernando de Herrera, Fray Luis de León y San Juan de la Cruz. La naturaleza de Herrera es el cielo estrellado, el concierto de los astros. La de Fray Luis, el cielo de noche, orden y armonía, «música acordada», «cielo morada de grandeza, «templo de caridad» y la tierra, «valle hondo y oscuro». Para San Juan, que vuela hacia el Cielo, Dios está en las criaturas. Sube al Cielo y baja a los hombres. Y

Garcilaso, todo montes, valles, ríos, aves, prados... Novelda, de noche, suena y huele a todos ellos...

La noche de Novelda, en Agosto, no pasa. Ni pesa. Está ahí. Se vive como otra vez el claustro materno. Te dejas estar en ella. Te abandonas a su bienestar. Miras a lo alto y no te sientes, o te sientes nada, una mínima circunstancia en el vasto plan del Creador... Una brizna de ninguna cosa, ilusionada y feliz... Y para la que, sin embargo, está hecho todo aquello... Repito que es cosa que hay que disfrutar dándose cuenta de ello, inconscientemente muy consciente, matizando cada sutileza, sabiéndose eje de tanta grandeza...

Olimpo de la habanera

Cuba es y fue, como nuestro helado provincial, el «nacional», blanca y negra. A través, paradójicamente, del calor de nuestra confraternidad, en lo musical, lo negro dio el son, el ritmo, el mambo, la rumba y tantas otras gracias sonoras afroamericanas, presididas por la cadencia sensual y el lirismo erótico de la gente oscura y su sentido, casi corporal, de la euritmia, y la parte blanca, es decir, nosotros allí, o nuestros descendientes, los de los conquistadores, la habanera, esa metabolización criolla de lo civilizado, armónico, románticamente blando, suave y educado, como un mínimo oleaje musical junto al mar. La habanera devino europea, española, alicantina y se afirmó, como una especialidad exclusiva, en la ciudad de Torrevieja, mini Habana de acá para la acogida de esa solemnidad delicada, dulce, adormecida, de un amaneramiento casi sublime, y una afectación cultural apacible y deliciosa...

La habanera es el modo de cantar de la gente de la tierra, por la noche, al mar tranquilo del verano, como en una traducción de la languidez de sus ondas, que mueven el camino de plata de los cristalitos lunares, dibujando sobre la

piel de las aguas una Vía Láctea vibrada, oscilante y temblorosa...

Torrevieja ha llegado a ser relacionada con la habanera, por sistema, como Nueva Orleáns con el blus, Chicago con el jazz, Viena con el vals, Buenos Aires con el tango o Madrid con esa tonada escocesa que llamamos chotis... El vals, nuestro pariente próximo, tan rubio él y tan morena la habanera, engalanado, palaciego y un tanto cursi, pero no mas gentil que nuestra humilde y popular habanera, social, colectiva, coral, eminentemente coral, como lo que cantarían los griego en el ágora. La habanera para la garganta y el sentimiento, como el vals para los pies y las gráciles cinturas. El vals obedece a un compás circular, curvilíneo, es una sinfonía de giros y vueltas, sobre el doble eje de los bailarines. La habanera es lineal, paralela, se estira y afloja, va y vuelve, como una insistencia melódica, un contínuo retorno. Como el tango es un desafío chulo, matón, porteño y perdonavidas, en que una mitad del eje, la mujer, es manejada despectiva y elásticamente como un complemento de menor entidad. El tango es eminentemente machista. Y el chotis, tambien una sucesión de giros, más estrechos y cerrados, de menor diámetro, ejercidos todos «sobre un mismo ladrillo». El chotis es un vals apretado y manchego, popular, callejero y castizo...

En la habanera parece que se llora la perdida del imperio. No se canta en la Habana. Se canta en la España que perdió a la Habana. Es como una nostalgia llorada junto al mar. Como un madrigal húmedo y salado. Habla de amores y episodios humanos que se nos revisten de resonancias históricas y virreinales. Cuba, que ignora a la habanera, que no la usa y desarrolla pese a sus enormes capacidades musicales, las de la habanera y las de Cuba, no sabe que en ella se contiene nuestro modo de seguir siendo sus enamorados, expresándo-

lo desde esta Cádiz alicantina y ultramarina, desde Torrevieja, nuestro último malecón.

En la habanera no hay nada de antillano, mas allá del nombre. Es como la ponderación magnificada y depuradísima de lo criollo, sentida desde únicamente la parte blanca del binomio genético, cantada por los cubanos de aquí, los pescadores de una Torrevieja sin caña de azúcar, coco o plataneras, desde el reino de la sal, frente a aquel en que todo era dulce, desde la caña al ron, aquella geografía que según Foxá, «inventó la sobremesa», (café, azúcar, puro y ron). Una Habana, Torrevieja, donde todo es blanco como el nombre de su costa, su sal, su luna y sus espumas. La habanera es la voz de Torrevieja para el mundo. La voz de unos paisanos que en parte descienden de gentes venidas del meridión italiano, tan dado al arte de la canción. La voz de una pequeña Habana nuestra sin dengues, vudú, turbantes, sin bocas frutales ni caderas imponentes mecidas en el juego itinerante. La habanera es una suerte de laico gregoriano del mar, recogido, aritmético, solemne, como una oración secular hecha a las deidades de las aguas y la noche.

Me alcanza en lo personal, por la vía de la familia política, el parentesco de una habanera deliciosa, «Todas las mañanitas...» de la ópera «Don Gil de Alcalá». Cuando la escucho, pienso que el padre de la madre de mi mujer, escribió, para las noches de su natal país valenciano, un legado de buen gusto que hablará, por los tiempos, de su talento y amor por nuestras cosas. Pasarán las generaciones y «todas las mañanitas saldrá la aurora», como escribió y musicó el maestro...

Cuba, tan musicalmente sensible y creadora, una selva de sones, la Cuba del ritmo en la sangre, la del carisma candongo, no ha hecho suya la habanera. ¿Tal vez por un pruri-

to de independencia, de resistencia, de libertad? Pero la habanera ha hecho que Cuba, para siempre, sea algo que circula por la nuestra. Y estas noches alicantinas, cuando la evocamos, tienen algo de caribeño y montero, como un eco de aquello que perdimos hace alrededor de un siglo, pero conservamos en el corazón. El Certamen, que nació oficialmente en 1955, ha hecho de Torrevieja un hito y de sus Eras de la Sal, el Salzburgo de la habanera, el burgo de la sal, una Atenas de la polifonía, una Viena de la canción marinera, como un faro cultural iluminando los más cálidos sonidos de la noche veraniega. Y ha metido toda la melodía de la marea, porque la marea es sumamente acordada, acompasada, armoniosa y métrica, casi, en la concertada voz y el sentimiento homologado de unos hombres y unas mujeres que bajo el auditorio del cielo y la lámpara de las estrellas, ante la platea infinita del Mediterráneo, expresan cosas que comenzaron a ser sentidas pensando en Cuba, en la Cádiz de allá, de aquella Habana. La habanera es el resultado de la comunión de los hombres y las mujeres en el empeño de hacer belleza y darla al viento, irrepetible y nueva. Piropo marinero, madrigal salado, serenata a los cielos que están, tambien, al otro lado. Tristeza no vencida. Nostalgia sin morriña. Saudade recia y fuerte. Sensacional hombría, delicada y gentil, honda y vigorosa. Torrevieja, garganta de nuestra tierra. Su oleaje, la música. Su espuma, la letra. Su amor, el alma arrullada. Y su Certamen, la fecha, el certificado de origen y las señas de identidad. El código de barras de la canción más marinera...

¿Hogueras?

Vaya por delante mi introito: Soy un alicantino valenciano y me siento un valenciano alicantino. Y se lo que me juego. Aquí, hablar de fallas refiriéndose a las festividades de San Juan, parece que pudiera costarte arder como un ninot. En vera efigie y todo. Y pienso que no debía ser así. Imagino que hay algo de anti-centralismo levantino e independentismo casi visceral, en esa exacerbación local de, prácticamente, la misma fiesta, con distinto santo. La extrañeza se hace más patente para el no involucrado, como yo, porque he residido mucho fuera de mi tierra, en ningún forofismo indígena, si se tiene en cuenta que la tradición data de unos setenta años, que empezó casi ayer mismo. ¿Por qué tanto horror, digo yo, a llamar fallas a los mismos montajes, erigidos de la misma manera y para tener el mismo fin? E inspirados en ellas, entiendo que sin motivo para ninguna vergüenza ni prurito papanatas, servil y dependiente ni preocupación mimetista. Los carnavales se llaman igual aquí que en Murcia o en Tenerife o en Río. Las fiestas de moros y cristianos tienen el mismo nombre en los cientos de pueblos levantinos que las celebran. Las Ferias taurinas son Ferias en todas las ciudades

que las organizan. La Semana Santa es Semana Santa en todas partes...

Hogueras es la fase final de lo que se hace con las citadas construcciones. Lo que tiene lugar el último dia de las Fiestas. Con Hogueras se acaba lo que empezó con Plantá, y continuó por visitas, examen para premio, exoneración del ninot indultado y dió lugar, durante los días en que permaneció en pie, admirado, interpretado y vivido en tono festivo, al caracter medio y general de la celebración. La hoguera es una cosa que se hace con la falla. La última. La hoguera es una circunstancia de la creación en madera y cartón. Su última circunstancia, pero no su total esencia a lo largo de todo el proceso lúdico y conmemorativo. Al llamar a nuestras Fiestas, Hogueras, tomamos la parte, la parte final, por el todo, ese todo que es, primero, ilusión, proyecto, luego, financiación, después, trabajo de taller, más tarde plantá, seguida de exposición popular y visiteo ciudadano, premio e indulto parcial consiguiente y, como remate, ardimiento final. El fuego purificador y mítico, la ascesis de las llamas, pone un apoteosis final al episodio total. Todo se consume en esa danza de lo rojo y lo amarillo que extiende los brazos al cielo estrellado. Lamentaría molestar a alguien. Pero las cosas, en orden, quedan mejor. Nuestras Fiestas de San Chuan no son solo Hogueras. Son mucho más. Hogueras puede llamarse a su culminación aparatósamente gratuita, bella, consunción generosa de inversión, trabajo, talento e ilusión. Estoy dispuesto, porque, además, es la pura verdad, a considerar que la hoguera es la parte cumbre y definitiva, la culminación grandiosa de nuestras Fiestas, pero tambien de las de Valencia, que se llaman Fallas. Ambas fiestas que parecen concebidas solo, para entregar al fuego, luego de bien disfrutados, las invenciones levantadas en su honor, representativos de las

inquietudes y vivencias del pueblo, convirtiendo en cenizas el trabajo ilusionado de todo un año, vivido casi día a día por cada comisión correspondiente.

Dios me libre de llamar Fallas a lo que en 1929 inició José María Py, parece que ya con el nombre de Fogueres de Sant Chuan. Para mí la Fiesta es verdaderamente de Hogueras solo y exclusivamente a partir de las doce de la noche del 24 de Junio, cuando todo Alicante se poner a arder. Antes preferiría llamarlas Fiestas de San Juan, o los sanjuanes, como dicen en Pamplona de los días dedicados a San Fermín o en Irún sanmarciales a los de su conmemoración de una victoria sobre los franceses, metiendo en la pluralidad denominativa la extensión a varios días del hecho de la celebración. Para no molestar a quienes se sentirían, entiendo que sin motivo, apéndices de Valencia, y no fallar en lo fallero, que es, en definitiva, lo mollar y esencial en el espíritu de nuestro modo de honrar a San Juan y festejar el solsticio de verano, yo metería más Santo donde sólo hay, casi, Hoguera..

Hace poco he oído hablar de que se va a repetir cierta «hoguera» de 1932. ¡Si aquella hoguera ya ardió...! Y exponer que se va a premiar especialmente, al más innovador «monumento fogueril» (¡serán cursis!). El caso es huir de la palabra «falla». ¿Por qué? ¿Quién ha visto jamás monumentalismo de madera o cartón? Sé lo que me juego, pero sin ningún servilismo a lo valenciano o levantino de la fiesta, que ni me preocupa ni me honra en lo que considero su justo reconocimiento, las hogueras dan nombre al epílogo de nuestra celebración, que tiene prólogo y desarrollo previo y central. Se acaba en las hogueras pero antes hay un ciclo lleno de cosas, que no arde hasta el último día, y que no se denomina, con toda corrección, llamándolo, desde el primer momento, Hogueras. Es mi opinión. Como sé que es aconsejable, pido

perdón, si es menester, por ella, si molesto a quienes llevan su legítimo amor por lo suyo, que yo comparto porque es también mío y no lo quiero vulnerar, hasta casi el fanatismo. No he querido ofender a nadie sino poner a salvo el sentido común y la propiedad de las cosas. Y además, como no me anima ningún tribalismo radicalmente indigenista, si hacemos lo que hacía Valencia antes que nosotros, me parece la mar de natural que nos inspiremos, incluso nominalmente, ¿por qué no? en el modelo. No hay por qué experimentar pudor alguno ni tiene sentido nigún síndrome de imitación. Yo donde pondría el énfasis diferencial sería en hacerlo mejor que en la propia capital del Reino, donde parece que nació el invento. Por ahí, sin límite alguno, hasta el infinito si hace falta, alicantino a rabiar. Resumiendo, la hoguera es algo que ocurre en nuestras Fiestas, pero estas son mucho más que aquella, aunque la incluyan como epílogo luminoso, simbólico y casi sacrificial. Que no me quemen aunque me haya metido (¿quién me manda?), en un avispero, en un jardín de llamas... Válgame la buena fe...

Nos ocurre algo parecido en lo gastronómico. Ni a tiros llamamos paella a lo que lo es. «Arroz alicantino». Pues miren ustedes, yo he residido, durante muchos años, en Madrid, y lo que nos hacía nuestra madre los domingos, se llamaba, en casa, una casa de alicantinos, paella, no arroz madrileño. Y así la llaman en toda España, cuando se guisa el arroz a nuestro levantino modo...

Sólo la rica sensibilidad de Luis Berasaluce, su agudeza de olfato, y hasta su fino oído, pueden permitirle esta sucesión de estampas que cultiva en su huerto neomodernista y mediterráneo.

La intensidad de una vida viajera, múltiple y diversa ha encontrado en este libro su remanso y su solaz, porque sólo «entre azules» es posible el milagro de esa felicidad cotidiana que el autor canta y asume desde estas páginas.

«Alicante es la ciudad azul. Azul al costado. Azul en lo alto. Móvil azul gris la gaviota. Vibrante azul plata en los peces. Azul en la sonrisa de la eterna primavera. Azul hasta nuestro clima excepcional donde todo el tiempo es bueno. Azul hasta en la grata libertad de nuestra piel no hostilizada. Alicante es la geografía del azul... El mar es un texto azul. El cielo, un azul contexto. Y, en ese contexto, Alicante, una fantasía real, también hija de la luz y de la bendición especial, azul de azules, del Creador encantado con su obra».

INSTITUTO ALICANTINO DE CULTURA JUAN GIL-ALBERT
DIPUTACION PROVINCIAL DE ALICANTE